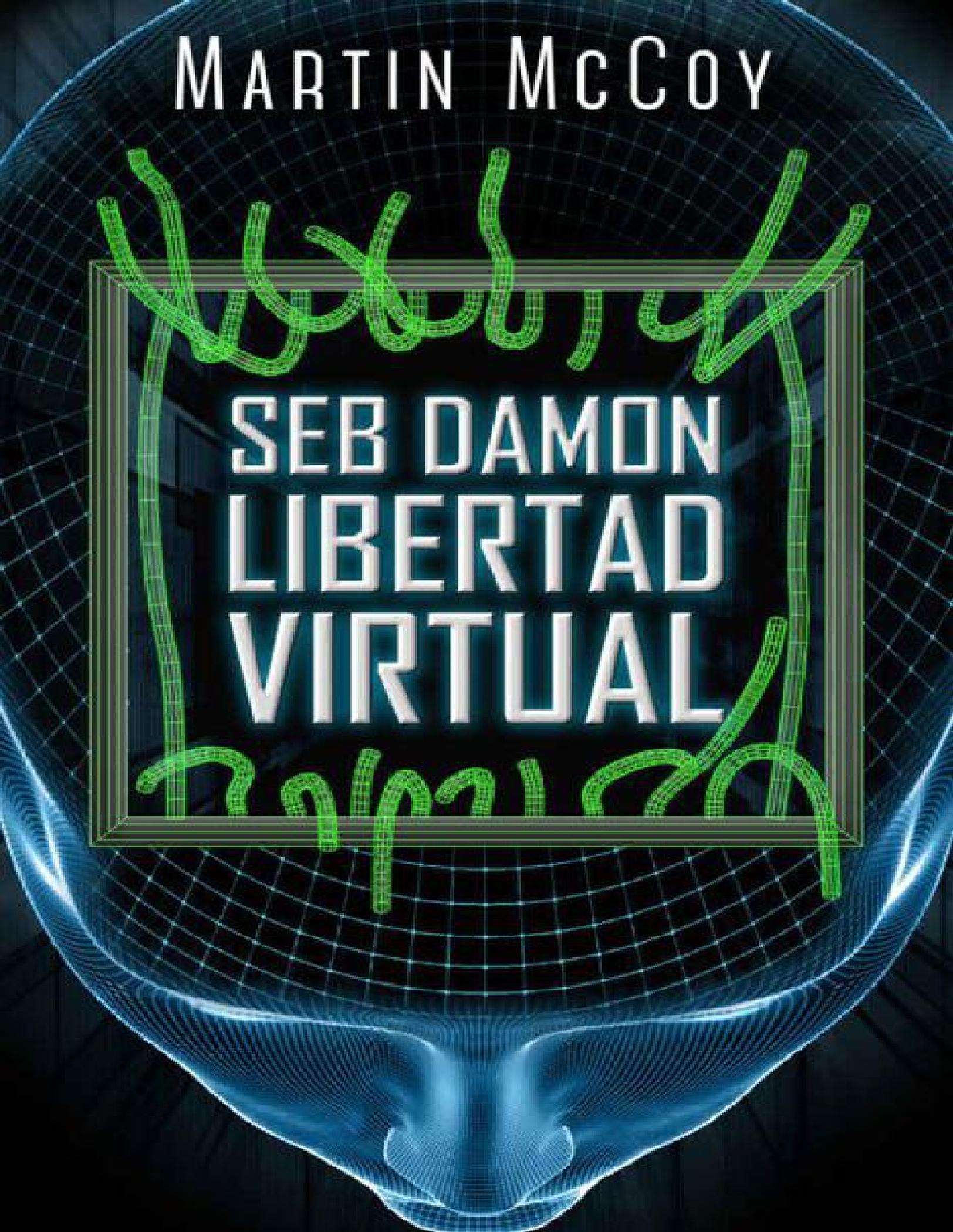


MARTIN MCCOY

SEB DAMON
LIBERTAD
VIRTUAL



SEB DAMON
LIBERTAD VIRTUAL

Martin McCoy

Prólogo de Samir Dabian Guerra

Copyright © 2019 Martin McCoy

Título: Seb Damon Libertad Virtual

Autor: Martin McCoy

Diseño de portada: Tomás Auchterlonie / diseñolibros.com

Consejera de tildes, comas y cosas de trama: Gemma Herrero Virto

Asesora de comportamiento y vocabulario femenino: Sara Halley

Prólogo y aliento incondicional: Samir Dabian Guerra

Facebook: <https://www.facebook.com/martin.mccoy.3323>

e-mail: martinmccoy1810@gmail.com

Copyright de la presente edición: © 2019 Martin McCoy

Fecha de publicación: 11 de abril de 2019

Código de registro Safe Creative: 1904100612578

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y... Y estáis todos esperando un chiste,

¿verdad? Ahí va. Si un día vas a Kansas City, llévate una silla. ¿Por qué? Por City Kansas.
Qué malo, leñe. A lo que iba, que no me plagies y no me copies, por favor. Ale, ya está.

A ama, por darme la vida
A Laurana, por darle sentido
A Sir Terry Pratchett, por la literatura

A las chicas de Mick's, la mejor comunidad
virtual del planeta

ÍNDICE

Aclaraciones previas

Prólogo

- 1- De dónde venimos
- 2- El hogar es ese sitio donde el pelo del perro se pega a todo menos al perro
- 3- A veces un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer
- 4- Donde tengas la olla, no metas la polla
- 5- Little Jalisco no te rajes
- 5- Tenemos chico nuevo en la oficina
- 7- ¿Quién dejó salir a los perros?
- 3- Las gallinas que entran, por las que salen
- 2- Trabajos forzados
- 10- ¿Qué hace un chico como tú en una cárcel como esta?
- 1- Enséñame de qué estás hecho
- 2- El hombre que no puede ser movido
- 3- Como el perro y el perro
- 4- Puedes correr y puedes esconderte
- 5- La cabra tira al monte
- 6- Revolución en el gallinero
- 7- Un paseo por el lado salvaje
- 8- El síndrome de China
- 9- Chick to Check
- 10- De nueve a cinco
- 11- Háblame de ti
- 12- El día de todo al revés

- 13-[A falta de pan, buenas son tortas](#)
- 14-[Un viejo amigo](#)
- 15-[Donde las dan, las toman](#)
- 16-[El lado oscuro de la carretera](#)
- 17-[Dos vidas por una galleta](#)
- 18-[De vuelta a dónde pertenecemos](#)
- 19-[El valor de una mujer](#)
- 20-[¿Qué clase de hombre eres?](#)
- 21-[Girar y gritar](#)
- 22-[No volveré a mirarte a los ojos otra vez](#)
- 23-[Pequeña chica de China](#)
- 24-[Lo tomas o lo dejas](#)
- 25-[Una breve explicación de la existencia de una ciudad en la Luna](#)
- 26-[Agradecimiento](#)

ACLARACIONES PREVIAS

Esta es la segunda entrega de las aventuras de Seb Damon. Se hacen muchas referencias a lo sucedido en la primera y, si no sigues el orden correcto, vas a tener media trama destripada. Avisado quedas. Deberías leer primero Seb Damon 3 14 y luego Seb Damon Libertad virtual.

Esta no es una novela familiar. No es para todos los públicos. Es novela negra, por lo que tiene lenguaje soez y situaciones crudas y desagradables. Tampoco es gore, pero puede herir algunas sensibilidades. También hay escenas de sexo explícito.

Esta no es una novela de ciencia ficción dura. Se van explicando la mayor parte de los elementos que puedan resultar desconocidos para el lector, pero no me detengo a dar una explicación detallada de cada avance tecnológico que no exista en 2019. He creado un resumen de los aspectos más importantes por si sientes la necesidad de informarte un poco antes de meterte de lleno en la historia. Está al final del libro. Puedes ir directamente pinchando [aquí](#).

Pongo todo esto al principio con la esperanza de que lo leas antes de adquirir el libro. Si no te va a gustar, mejor que no te gastes el dinero en él.

PRÓLOGO

Por Samir Dabian Guerra

Dos minutos. Ese es el tiempo que tardé en aceptar escribir este prólogo. Lo he comprobado. Tengo guardada la conversación en el teléfono como oro en paño. Estaba de camino a un encuentro de escritores, metido en un vagón de metro atestado de gente, cuando Martin me mandó un mensaje. Quería pedírmelo en persona, pero no íbamos a poder coincidir esa tarde. Dudé unos instantes. Nunca había escrito un prólogo y el de *Seb Damon 3 14* lo había hecho nada más y nada menos que Gemma Herrero Virto. Dije que sí. Es lo que consigue Martin McCoy: que todos queramos ser un poco más como Seb Damon y afrontemos los retos con un par.

Lo primero que me gustaría destacar a los lectores es la originalidad de hacer una novela de género negro en un ambiente de ciencia ficción. «Pero ahí tenemos *elciberpunk*», podéis decir. Es verdad que el marco en el que nos movemos es el mismo: una sociedad ambientada en un futuro no muy lejano donde la tecnología supone un freno muy importante al desarrollo social de la población; una sociedad dominada por grandes corporaciones que rigen el destino del mundo. Sin embargo, en mi opinión, el *ciberpunk* se centra más en cómo afecta la evolución tecnológica al ser humano, cómo va perdiendo la humanidad en un proceso de alienación continuo. Por otro lado, en *Seb Damon* la tecnología no es más que una herramienta que ha sacado lo mejor y lo peor del hombre, no es el objeto principal de la trama. Esta sigue los cánones de la novela negra tradicional: una atmósfera de miedo, violencia, injusticia, inseguridad y corrupción política, solo que lleva esas miserias al satélite de la Tierra y las envuelve en una fina capa de ciencia ficción; aunque quizá, teniendo en cuenta la extrema violencia y el sexo explícito que hace gala en

algunas páginas, la novela se podría enmarcar mejor en el *hardboiled* de autores como Joseph T. Shaw, Dashiell Hammett o Erle Stanley Gardner.

Después de este rollo que os acabo de soltar, ¿qué os vais a encontrar en *Seb Damon. Libertad Virtual?* Presupongo que ya habéis gozado del primer libro de este detective. Si no es así ¿qué coño estáis haciendo? Compradlo de inmediato. Os estáis perdiendo una de las novelas más refrescantes y divertidas de los últimos años, y la mejor valorada por los lectores dentro de las que se presentaron al Premio Literario 2018 organizado por Amazon.

Como buena secuela, McCoy ha cogido todo lo que funcionó de la anterior novela y lo ha supervitaminado y mineralizado (como diría Superratón). Pero no se ha conformado con una secuela al uso. No, ha introducido nuevos elementos narrativos y se ha arriesgado a experimentar con ellos. El resultado: una novela que supera todas las expectativas.

Si hablamos de la trama, esta es más compleja y enrevesada y está repleta de sorpresas. Llevará al bueno de Seb a la caza de un peligroso terrorista que se hace llamar Jäger (no Jagger que si no se cabrea) que se ha fugado de prisión y pretende organizar una masacre en Ilarki. Para ello tendrá que internarse en el distrito de Check, los muy bajos fondos de la ciudad lunar. Y todo eso mientras trata de compatibilizarlo con su nueva situación familiar: el de complaciente marido de Bianca y padre de su pastora alemana Lucy.

Respecto a los personajes de la novela, estos ganan en número y profundidad. Martin les dota a todos ellos de una personalidad tridimensional, haciendo creíble hasta el secundario más efímero. Aumenta el peso de Bianca en la historia y eso se agradece mucho. Es un gran personaje y demuestra ser mucho más que una rubia buenorra que baila en un club de *striptease*. Cada conversación que tiene con Seb es digna de relectura y disfrute y demuestra que McCoy ha creado un personaje a la altura del protagonista. Además tenemos nuevas incorporaciones: Héctor Lozano, el nuevo ayudante del

detective; el agente de policía Chick Sullivan, un refuerzo no querido para la caza del hombre; Yuk Chu, una compañera de trabajo de Bianca que se acopla de forma temporal en su casa, y Fumbe Ife, una mujer de armas tomar que bien merece su propio *spinoff*.

Y todo con un lenguaje directo, sin tapujos ni cortapisas (creo que debe tener el récord Guinness a la cantidad de palabrotas en una sola página), que te permitirá transitar por los distintos distritos de la ciudad lunar, olfatear sus aromas, paladear sus sabores y sentir los golpes en tus costillas cuando te den una paliza en un callejón oscuro y maloliente.

No quiero dejaros sin antes recalcar el sentido del humor que puedes encontrar a lo largo de todo el libro, y que es uno de los rasgos distintivos del personaje de Seb Damon. Un humor negro, cáustico, inteligente y con crítica social, al estilo del maestro Terry Pratchett, que te hará soltar una carcajada en algunas ocasiones, sonreír en muchas más y darte cuenta del mensaje subyacente que hay entre líneas.

Parafraseando a Gemma: «La lanzadera que te llevará a Ilarki está a punto de partir. ¿Estás preparado?». Sube las solapas de tu gabardina, cala bien el sombrero y guarda la pipa en su funda porque la vas a necesitar.

Disfruta del viaje.

Samir Dabian Guerra



DE DÓNDE VENIMOS

Me siento como si hubiera contado esta historia miles de veces. La verdad es que, cada vez que bebo un par de copas de más, me pongo a largar la puñetera historia de mi vida. En fin, antes de empezar con lo que quiero soltar realmente, debo decir quién soy y de dónde vengo.

Mi nombre es Sebastian Arnold Damon. Seb, mejor. Tengo veintinueve años y vivo en la Luna. En la jodida Luna. Nací en la Tierra, claro. Soy un orgulloso hijo de Brooklyn y lo llevo a mucha honra. Mi padre era uno de los mandamases de la policía de Nueva York cuando yo era un crío. Un día salieron a la luz unos videos de mi madre en pleno bukkake y la imagen de mi padre se fue al traste. Perdió a su mujer y su reputación. Intentó empezar de nuevo en otro sitio. Cuanto más lejos, mejor. Lo más lejos fue la Luna. Movié los hilos que todavía podía mover y consiguió un trabajo en el departamento de policía de Ilarki, la ciudad más poblada del satélite. Yo, como hijo de policía, entré a la academia tras ver que no había absolutamente nada que se me diera bien. Empecé la instrucción en la Tierra y acabé en Ilarki. Al graduarme, ingresé en la policía de aquí. Lo sé. Es una jodienda trabajar para tu padre, pero la verdad es que me caía de puta madre y nos llevábamos de perlas. Todo pintaba de lujo salvo por el hecho de que, a los veintiocho, seguía viviendo en casa de papá. Como las cosas iban bien, vino alguien y lo jodió. Un tipo de la central descubrió los videos de mi puta madre y los sacó a la luz. Toda la comisaría pudo verlos. Mi padre, que creía haber escapado del

pasado, vio cómo se convertía en futuro. No pudo soportarlo y se quitó de en medio.

Cuando descubrí quién había sido el responsable, le di una paliza que lo dejó paralítico. Me echaron del cuerpo y pasé dos meses en prisión virtual. Esto significa que, para mí, fueron casi tres años. Al salir, no tenía oficio ni beneficio. Tan solo sabía ser policía, pero aquel camino estaba cerrado para mí. Al estar sin un token, me casé con una *stripper* llamada Bianca que no tenía derecho de habitabilidad en Ilarki. Casándose conmigo, podría vivir legalmente en mi casa. El alquiler que me pagaba era todo lo que entraba en mi cuenta del banco. Llegados a este punto, hice lo que todo expoli: me establecí como detective privado.

Mi primer caso fue una encerrona. Habían matado a una niña llamada Christine Jordan y la policía era incapaz de encontrar al asesino. Lo jugoso del caso estaba en que aquella niña era hija de Richard L. Jordan: uno de los tipos más ricos de la ciudad y magnate del turismo lunar. Yo había pasado un recuerdo ilegalmente con un conocido de Bianca. Algo salió mal y acabé recibiendo un recuerdo que, curiosamente, era del asesinato de la cría. Sabía cómo había sucedido el crimen, pero tenía que encontrar pruebas. Ahí empezaron mis problemas.

La investigación me llevó a descubrir que la asesina, como en los viejos cuentos, era Stella Jordan: la madrastra de la niña. Para darle más morbo, la mató a puñetazos mientras Roger Hightower, el abogado de la familia, la estaba violando cuando la tenía atada y drogada. Encargaron a un tal Lars, el hombre para todo de la madrastra, que se deshiciera del cuerpo. Cuando avancé lo suficiente en la investigación, Lars vino a mi casa e intentó matarme a mí, a Bianca y a mi único amigo en la Luna, el policía y antiguo compañero de academia Kurt Bronsky.

Nos libramos por los pelos. En realidad, nos libramos por una silla. Una silla

que Bianca estampó en la cabeza de Lars salvándonos la vida a todos. Le detuvieron, pero, antes de ser juzgado, se fugó y fue imposible dar con su paradero. Acabé entregando las pruebas al padre y este denunció. Aquello me quitó muchos quebraderos de cabeza. Condenaron al abogado a una prisión virtual tan larga que, cuando salga por fin, será un desecho mental. A la madrastra la condenaron a exilio. Esto suele significar la muerte si no tienes dinero para pagarte la vuelta a la Tierra o un contacto muy bueno que te pueda conseguir sitio en otro de los asentamientos lunares. Stella no tenía lo uno ni lo otro, pero consiguió la pasta. Supongo que el hijo de las mil putas de Lars tuvo algo que ver. Cuando la madrastra iba a coger la lanzadera, apareció el padre. Le pegó tres tiros con una pistola que supongo que conseguiría en Check, el barrio más chungo de la ciudad, y luego se voló la tapa de los sesos. Un cuento de hadas, vamos.

Yo conseguí cierta fama, pero me dejaron claro que no podían decir que yo era el que había resuelto el caso o la policía quedaría como un hatajo de inútiles. No me dieron a elegir. Sencillamente, me informaron de que iba a aparecer como un colaborador fundamental en la resolución del caso. Para mearse y no echar ni gota. Al menos, aquello me sirvió para conseguir cierto nombre y los clientes empezaron a llegar. También conseguí un permiso de habitabilidad para Bianca, de tal manera que pudiese quedarse en Ilarki si me mandaba a tomar por culo. No parece gran cosa teniendo en cuenta el caso tan importante que resolví, lo sé. Sin embargo, cuando no tienes nada, a poco que te den parece la hostia.

Todo esto me lo ofreció la que yo pensaba que era la mujer del alcalde. En nuestra conversación descubrí que, realmente, era ella, Rose Mary Reginald, la que manejaba el cotarro en Ilarki. Su marido daba la cara, pero ella tomaba las decisiones. El tipo de persona que quieres tener de tu lado y no enfrente. Creo que le caí en gracia, porque sigo vivo. Entre lo que saqué de ella y el

dineral que el padre de Christine me pagó por resolver el caso, pude continuar con mi carrera como detective privado sin muchas preocupaciones.

Se me olvidaba... También le pedí a la señora Reginald que me consiguiese un permiso de mascotas. Quería tener un perro.



EL HOGAR ES ESE SITIO DONDE EL PELO DEL PERRO SE PEGA A TODO MENOS AL PERRO

He de reconocer que me sentía ridículo. Estaba plantado delante de la verja de entrada a la casa de los Jordan con una correa en la mano. ¿Qué cojones me llevaba allí? Los Jordan tenían una perra que me había caído de cine. Era una pastora alemana de unos cincuenta kilos llena de amor y ganas de jugar. Christine Jordan, la hija del magnate, se empeñó en tener perro y su padre le trajo a Lucy desde la tierra cuando era cachorra. Seguro que no imaginó que crecería tanto. Ahora toda la familia Jordan estaba muerta: padre, hija y madrastra asesina. Mi única esperanza era que Patricia, la criada de la familia, siguiese allí.

Estaba a punto de llamar al portero cuando un ladrido tan potente como el motor de una lanzadera lunar sonó a dos metros de mí. Allí estaba Lucy, corriendo como un saco de pelo lanzado a la velocidad del rayo, y venía hacia mí. En cuanto llegó a la verja, empezó a saltar y lloriquear. Soy un tipo duro, pero no se debe hacer sufrir a una dama. Asomé la mano entre los barrotes y ella me la llenó de babas en tres segundos. Conseguí acariciarle la cabeza justo antes de que Patricia apareciese por la puerta de la casa para ver a qué se debía aquel escándalo.

—Señor Damon, qué sorpresa —dijo Patricia cuando llegó hasta nosotros—. No esperaba volver a verle.

—Llámame Seb, por favor —repliqué de inmediato. Aquello de “señor Damon” me sonaba fatal—. Hola, Patricia. No estaba seguro de que quedase alguien aquí después de lo que pasó.

—Están acabando los trámites para poder volver a la Tierra —explicó ella—. La señora Jordan se ha ofrecido a costearme el viaje y darme trabajo. Es una mujer maravillosa. ¿Por qué lleva una correa?

Miré el trozo de cuero que colgaba de mi mano como si no hubiese sabido que estaba allí.

—La verdad es que es difícil de explicar —empecé—. Como los Jordan ya no están, había pensado que Lucy necesitaría de alguien que la cuide. Ahora que vuelves a la Tierra, se queda sin ningún humano al que lamer.

—Oh, había pensado sacrificarla —soltó Patricia—. Yo no soy muy de perros y devolverla a la Tierra sale carísimo.

Toda la simpatía que había sentido por aquella mujer en el pasado se esfumó de golpe. Me habría gustado saltar la valla y reventarle la cabeza a puñetazos, pero no podía hacerlo. Necesitaba que me dejase llevarme a la perra.

—No hace falta sacrificar a nadie —dije intentando ocultar las ganas de matar—. Yo puedo quedármela.

—Necesitarías un permiso de mascotas y son muy caros.

La mirada que me lanzó fue la que la gente no tan pobre dedica a los muertos de hambre que no son conscientes de su lugar en el mundo. Saqué del bolsillo la tarjeta con forma de hueso que me había dado la señora Reginald y se la mostré con una amplia sonrisa de dientes apretados. Se quedó pasmada la muy zorra.

—Tengo el permiso de mascotas, la perra me cae genial, yo le gusto a ella y usted no la quiere —dije hurgando en la grieta—. ¿Tenemos un trato?

Patricia pareció reflexionar unos segundos. No le gustaba que un pringado como yo hubiese quedado por encima de ella. Por otro lado, quería librarse de la perra. Me firmó un consentimiento en menos que canta un gallo y me dio una bolsa con cuencos y juguetes. Fui al ayuntamiento a formalizar mi relación con Lucy a los ojos de la sociedad mientras pensaba en lo egoísta que podía ser la gente.

Yo había vivido muchos años rodeado de perros. Mi padre los adoraba. Mi madre era otro cantar, pero nunca la tuvimos en cuenta en el tema perruno. Un perro te demuestra más amor en un día que mucha de tu familia en toda su vida. Tan solo con entrar por la puerta de casa empiezan a mover la cola de felicidad y te miran con esos ojos llorosos que te dicen que son la cosa más feliz del mundo. Solo por verte. A ver qué persona hace eso y lo hace todos los días de su vida. Aún así, para algunos son mascotas, cosas, bichos... Los compran, los venden y los sacrifican como si fueran sofás. Son familia, joder. Son parte de nuestra familia.

Aquella perra no había salido a pasear en la puta vida, estaba claro. Tiraba como loca, olfateaba cada centímetro de suelo y, si veía aparecer algo extraño, intentaba correr para investigar. Soy un tipo fuerte, pero me estaba dejando el brazo izquierdo descojonado. Ya en el ayuntamiento, la cosa no mejoró. Los de seguridad parecían tener claro que no se podían meter animales en el edificio, pero tampoco tenían ninguna norma que les diera la razón. Hicimos cola ante una ventanilla mientras Lucy intentaba lamer a cualquiera que estuviera a cinco metros de nosotros. Si hubiera dicho que tenía lepra, no me hubieran hecho hueco tan fácilmente.

—He adoptado a esta perra y vengo a hacer los papeles —dije al pobre funcionario que se había echado hacia atrás para evitar que Lucy se lanzase sobre él—. Tengo aquí la licencia, el permiso para cambio de dueño... ¿Necesita algo más?

Estaba claro que el tipo necesitaba algo menos. Una perra menos para ser exactos. Lucy seguía intentando subirse al mostrador mientras aquel pobre hombre tecleaba en un pad sin quitarnos ojo. Esperaba que me dijera que tenía que ir a otra ventanilla, que me faltaba un papel o que estaba fuera de horario. El papeleo es así. Sin embargo, las ganas de no volver a vernos hicieron que en menos de diez minutos Lucy y yo fuéramos a casa por primera vez como una familia.

Abrí la puerta temiendo el encuentro con Bianca. Ella había dicho que le gustaban los perros. Había dejado caer que iba a ir a por Lucy, pero no sabía si me había oído siquiera. No me atrevía a tener una charla seria al respecto con ella. Estaba esperando para ver si se le pasaba el enfado que tenía desde la noche en que fuimos a celebrar que había cerrado mi primer caso, pero no tenía pinta de que aquello fuese a suceder en breve. Tal vez Lucy ablandase su helado corazón ruso y volviese a tratarme bien. Tal vez.

Bianca no estaba en casa. La busqué por todas partes, pero ni en su baño había rastro de ella. Ninguna nota, ningún mensaje en el pad diciéndome que había salido... Aquella situación estaba empezando a girarme la cabeza. ¡No había sido para tanto, joder! Ni que le hubiera matado a la madre. Fui siguiendo a Lucy mientras inspeccionaba cada rincón de la casa. La cuarta vez que pasó por la habitación de Bianca, decidió que aquel era su cuarto. Se subió a la cama y se convirtió en bola de pelo. Solamente asomaba los ojos para vigilarme por si se me ocurría decirle que no podía estar allí. Mientras tiraba inútilmente de su collar, oí cómo la puerta se abría y me quise morir. Lucy levantó la cabeza, puso las orejas tías y soltó un ladrido que me heló el corazón. Antes de que pudiera contenerla, salió corriendo a devorar a mi esposa dejando la cama llena de pelo.

Salí a la carrera detrás del monstruo devorador de rusas. Cuando la encontré,

estaba lamiendo la cara de Bianca, que se había puesto en cuclillas, mientras recibía una dosis de mimos mayor que cualquiera que yo hubiera recibido en mi vida.

—Pero qué chica más guapa tenemos en casa —decía Bianca con una voz tan aguda que podría romper vasos—. Tú y yo nos vamos a llevar muy bien, ya verás. Solo tienes que aprender a morderle las pelotas a ese señor malo y yo te daré todas las chuches que quieras.

—Estoy aquí —dije haciéndome notar.

—Si te meas en su ropa, ración doble —añadió Bianca ignorándome.

—¡Que estoy aquí!

—Vamos a ver qué quiere el pesado de Seb —dijo restregando su nariz con el hocico de Lucy—. Estás aquí. Bien. ¿Qué quieres?

—¿Dónde te habías metido? —pregunté con los brazos en jarras y cara de mosqueo.

—He ido a comprarle cositas a Lucy —contestó tan ufana que me eché a temblar—. Y también he comprado una Polka para limpiar todo el pelo que va a ir dejando.

Las Polka son unas máquinas limpiadoras que recorren la casa barriendo el suelo, recogiendo ropa sucia para meterla en la lavadora, quitando polvo de las estanterías... Son tremendamente caras. Por eso no teníamos una.

—Ya tenemos todo lo que necesita Lucy en esa bolsa —tercié señalando los trastos que me había dado Patricia—. Tampoco necesitamos una jodida Polka. Son carísimas.

—¿Y quién se supone que va a limpiar el pelo que vaya dejando la niña por ahí? —preguntó mirándome con la intensidad con la que un gato mira a una mosca.

—Ahora que no trabajas había pensado que tú te ibas a encargar de...

Y hasta ahí pude decir. Bianca se levantó, se acercó mucho a mi cara antes de

dejar escapar un “imbécil” entre dientes y se fue pisando fuerte por el pasillo. Yo no había conseguido cerrar la boca cuando vi a Lucy trotar detrás de ella y meterse en la habitación. Juro que me esperaba una hostia con la mano abierta. Al menos de aquello me había librado. Las cosas no solo no mejoraban, sino que iban a peor. Todo desde aquella maldita noche en que fuimos a celebrar que había resuelto mi primer caso. Creo que no puedo escaquearme. Voy a tener que contarlo.



A VECES UN HOMBRE TIENE QUE HACER LO QUE TIENE QUE HACER

Cuando resolví mi primer caso, llevé a Bianca a cenar al sitio más caro de Ilarki, como los niños ricos que nunca hemos sido. Aquella noche le di a mi mujer el permiso de residencia que le había sacado a la alcaldesa para ella y se quedó de piedra. Había acordado con el *maitre* que sonase *Moondance* de Van Morrison a una señal mía. Cuando Bianca vino a darme las gracias y todos pensaban que le había pedido matrimonio y me había dicho que sí, bailamos en medio del restaurante entre los aplausos de los peces gordos de la ciudad. Supongo que de no haberme hecho famosillo al esclarecer el asesinato de Christine Jordan, no me lo habrían permitido. La cosa es que me dio igual. Disfruté como hacía años que no disfrutaba, bebí más vino del que debería y un par de copazos de whisky tras la cena. Bianca también tenía buenas tragaderas para el alcohol, pero ella eligió vodka.

Al salir del restaurante, estábamos los dos demasiado achispados como para tomar buenas decisiones.

—¿Dónde podemos ir ahora? —preguntó Bianca agarrada a mi brazo con ambas manos para mantenerse erguida sobre sus tacones.

—Yo me muero por echar un pitillo —contesté—. Lo malo es que solo se puede fumar en Check o en el despacho de la alcaldesa, y ni de broma nos va a dejar entrar a estas horas.

—Para un día que no trabajo y me haces ir allí —dijo Bianca frunciendo los labios. Me agarró de la pechera antes de continuar con tono mucho más suave—. Espero que me lo compenses cuando volvamos a casa.

No voy a mentir. Tuve una erección solo con aquellas palabras, con aquel tono dulce y provocador y aquellos ojos azules mirándome con picardía. Mucho se tenía que torcer la cosa para que no consumásemos nuestro matrimonio por fin. Ir a Check vestido de pingüino no es buena idea. Me planté en los bajos fondos de la ciudad con corbata y zapatos. Solo me faltaba un cartel que dijese “atrácame” colgado al cuello. La cosa es que iba con una mujer cogida de mi brazo que trabajaba en el barrio. Costaba reconocerla con aquel vestido caro y un peinado que desafiaba la gravedad, pero la cara de Bianca era el mejor seguro de vida por allí. Respetaban a los suyos sobre todas las cosas. Tal vez pensasen que se había ligado a un rico y lo llevaba para limpiarle la cartera. Es posible que incluso quisiesen esperar turno para llevarse lo que se le olvidara a la rubia.

De un modo u otro, llegamos al Colors sanos y salvos. Este era el club de *striptease* donde mi mujer se desnudaba por unos tokens seis días a la semana, así que conocía a todo el mundo allí dentro.

—Qué poco lista eres para venir en tu día libre, cariño —dijo una mujer negra como el carbón que no llevaba puesto más que un tanga brillante y unas pezoneras plateadas—. Al menos voy a poder felicitar al héroe del momento.

Dicho esto, se me tiró al cuello y me soltó dos sonoros besos en las mejillas.

—¡Oye, que es mío! —dijo Bianca fingiendo enfado, pero sin poder evitar una carcajada al ver mi cara de pasmo—. Los tokens de Seb tienen mi nombre. Vete a buscar a otro al que limpiar.

Me quitó el carmín de la cara, pero fue una estupidez. Todas las compañeras de Bianca se fueron acercando a besarme. Incluso el jefe, un tipo rechoncho al que no había visto jamás llamado Mr. Sacks, se acercó a estrecharme la mano.

Me sentía de puta madre siendo el centro de atención, no lo voy a negar. Pagué una ronda a todo el local antes de que Bianca pudiera evitarlo. Luego el jefe me invitó a mí. Seguí bebiendo y, llegados a un punto, aquello no parecía un club de *striptease* sino un *pub* irlandés tras ganarle a Inglaterra un partido de rugby.

—Sube ahí y baila para nosotros, cariño —le solté a Bianca antes de poder pensar en lo que estaba diciendo.

Inmediatamente me di cuenta de la cagada, pero Bianca no se enfadó.

—Hoy es mi día libre, Seb —explicó cogiéndome de la corbata y arrastrándome al escenario—. Sube tú y baila para nosotras.

Tal vez fue el alcohol. Tal vez fueron los gritos de clientes y trabajadoras insistiéndome para que bailase. Tal vez fue que soy un gilipollas integral, no lo sé. El caso es que me pusieron música y yo me agarré a la barra como si me fuera la vida en ello. Casi me iba, porque estuve a punto de caerme dos veces por el camino. Bailé hasta quedarme en calzoncillos mientras arrojaba la ropa al público. Las chicas gritaban y silbaban. Los hombres se descojonaban agarrándose la panza y dando golpes en las mesas. Jamás en mi vida he recibido tal ovación como la que me dieron al apagarse la música. Me llevó un buen rato recoger mi ropa. Los pantalones, sin ir más lejos, los tuvo que recuperar Bianca, porque los tenía una bailarina y se negaba a devolverlos si no le daba un beso en la boca. Se lo dio mi esposa y se llevó los pantalones antes de que la mujer pudiera reaccionar, ganándose una nueva ovación. La corbata no la he vuelto a ver.

Volvimos a casa dando tumbos con un par de matones del Colors detrás para guardarnos el culo y que no acabásemos muertos y desplumados en una esquina. Al llegar, Bianca me estampó contra la puerta, se colgó de mi cuello y me besó con la pasión que solo dan la abstinencia de sexo y el alcohol. Empecé a levantarle el vestido y ella me dio un manotazo. Se rió y,

cogiéndome de la mano, me llevó a mi habitación. Necesitaba besarla con toda la fuerza de mi ser, así que la agarré de la cintura y la atraje hacia mí. Mientras nos besábamos, ella fue girándome hasta ponerme de espaldas a la cama y me dio un empujón. Caí de culo y ella rompió a reír de nuevo ante mi cara de mareo. Empezó a contonearse muy despacio.

—Voy a bailar, pero solo para ti —dijo con cara de niña mala.

Soy imbécil. Como todo buen imbécil, me puse a hacer imbecilidades. Empecé a hacer una ridícula música de saxo con la boca mientras ella se llevaba las manos a la cabeza y seguía serpenteando. Se giró y me dejó ver la espalda que su vestido dejaba al descubierto. Llevó las manos al cierre de la nuca y, con un movimiento rápido, lo abrió manteniéndolo sujeto con los dedos. Balanceó las caderas una vez más abajo y arriba y, al extender las piernas del todo, soltó el vestido. Cayó como a cámara lenta. Se quedó unos segundos muy quieta dejándome contemplarla a gusto. Tenía un pie delante del otro, lo que daba a sus caderas una redondez aún más apetecible. El pequeño tanga negro tenía tres tiras a los costados a diferentes alturas que iban marcando la curva de su cintura. Luego la espalda se empezaba a ensanchar muy despacio. Por los laterales se intuían los pechos desnudos. Todo en ella parecía suave. Me moría de ganas de tocarla, aunque solo fuera con la punta de los dedos. No sabía en qué momento había dejado de imitar el saxo con la boca.

Con un movimiento tan sutil que ni siquiera distinguí, soltó su larga melena rubia y esta cayó hasta acariciar sus nalgas. En aquel momento, deseé ser pelo. Entonces se giró hacia mí y pude ver la cara oculta de mi Luna particular. Ella también estaba excitada, porque sus pequeños pezones rosas estaban duros. A pesar de haberme asegurado que no se había operado, aquellos pechos tan llenos y tan firmes desafiaban todas las leyes físicas. Fue bajando las manos por su cuerpo, acariciándose durante todo el recorrido. Me miraba fijamente

con una media sonrisa que me dejaba ver que sabía perfectamente que estaba haciendo lo que yo me moría de ganas de hacer. Cuando llegó a sus pies, no pude seguir callado.

—Déjate los tacones puestos —supliqué.

Ella me miró y se le entrecortó la respiración por un momento. Cayó de rodillas y vino gateando hasta mí. Su cabeza rubia apareció entre mis piernas y vi que no sonreía. Aquella preciosidad parecía hambrienta más que divertida. Llevó sus dientes a mi pene, todavía tapado por el pantalón, y empezó a mordisquearlo lentamente. Sobra decir que pocas veces en mi vida he tenido una erección como aquella. No conseguía entender cómo era posible que los botones no hubiesen saltado por los aires. Sin usar las manos, solo con los dientes, Bianca fue soltando botón a botón muy despacio. El cinturón se le resistió, así que tuvo que ayudarse con ellas por fin. Dio un tirón a la ropa para dejar mi sexo al descubierto y este apareció como una catapulta para detenerse a unos pocos centímetros de la boca de Bianca. Tal vez su cara de sorpresa fuera fingida, pero no me dio esa impresión. Esperaba algún comentario gracioso cuando abrió la boca, pero, sencillamente, hundió mi miembro entre sus labios y soltó un gemido de placer. Quería seguir mirando, pero mi espalda se estiró involuntariamente con aquella maravillosa sensación hasta que golpeé con la cabeza en la cama.

No me había casado con ninguna mojigata. Bianca tenía experiencia de sobra con la boca y con las manos. Lo dejó muy claro. Fui soltándome los botones de la camisa tan rápido como pude, pero tardé una eternidad. Me temblaban las manos como si tuviera Parkinson. Aquella mujer me estaba volviendo loco. Tan pronto paseaba su lengua arriba y abajo como se metía casi la mitad en la boca. Cuando hacía eso, su lengua se convertía en un remolino de placer y ella clavaba su mirada en mí. Yo la miraba, hechizado, sin poder apartar los ojos de los suyos. Con un último lametón que acabó en la punta, se puso en pie. Yo

maldije en silencio. Se subió a horcajadas encima de mí y me acarició el pene con su sexo todavía cubierto por el tanga. Se aplastaba muy fuerte y gemía mientras se restregaba. Cuando llevó las manos a su pelo, los pechos subieron como empujados por una fuerza invisible. Aquella imagen me ha acompañado siempre. Habría sido suficiente verla así para correrme, pero el alcohol fue mi aliado y pude aguantar. Aparte del alcohol, también empezaba a sentir un cansancio intenso que quedaba olvidado por las oleadas de placer y volvía justo detrás. Ella puso las manos en mi pecho tras una tremenda sacudida que no sabría decir si fue un orgasmo, ya que mis sentidos estaban embotados. El cansancio se hizo más intenso cuando se detuvo. Ella fue deslizándose por mi pecho hasta dejar su vagina delante de mi cara. Retiró el tanga a un lado y pude ver que sus labios estaban húmedos e hinchados.

—Ahora me toca a mí, cariño —dijo apretándose contra mi cara.

Empecé a lamer con ansia, pero ella no me dejó. Su posición le permitía elegir el ritmo y la intensidad. Me dejé llevar y fui sintiéndome cada vez más mareado.

No sé cómo siguió la cosa porque, en un momento que no consigo recordar, me quedé dormido.



DONDE TENGAS LA OLLA, NO METAS LA POLLA

Desde aquél día, Bianca estaba de uñas conmigo. Yo había intentado calmar un poco el ambiente. La saludaba con una sonrisa, le hacía café, le propuse ir a cenar e, incluso, en un arranque de optimismo, intenté darle un beso de buenos días en los morros. Ahí descubrí que una mujer como Bianca no te hace una cobra. Te muerde el labio y aprieta hasta que intentas gritar. Me dije lo que todo hombre tonto del culo se dice en estas situaciones: ya se le pasará. Desde luego que no se le pasó. Tampoco fue a más. Sencillamente, me ninguneaba y, si le hablaba directamente, contestaba con tono cortante y una mirada que me hacía comprobar si mis pelotas seguían en su sitio cuando se iba.

Si hubiera tenido alguna amiga, le habría preguntado qué cojones debía hacer. Como no tenía ninguna, se lo comenté a Kurt. Haciendo gala de su conocimiento en mujeres, me dijo que ya se le pasaría y seguimos bebiendo. Después de que fallara el plan A, esperar a que todo volviese a la normalidad por sí mismo, tuve que pasar al plan B: preguntarle a ver qué coño le pasaba. Tampoco lo recomiendo.

Bianca se había encerrado en su cuarto con Lucy, pero yo tenía acceso a todas las habitaciones de la casa al ser el propietario. Me acerqué y pulsé la apertura para encontrarme a mis dos chicas tiradas en la cama, cubriéndose de mimos y lametones. Más felices que un chulo con chica nueva. No era

exactamente la imagen que tenía de cómo me gustaría encontrarme a dos chicas en la cama en mi casa, pero era lo que me había tocado. Pocos segundos después de abrirse la puerta, las dos giraron sus cabezas hacia mí. Ninguna parecía contenta de verme.

—¿Qué demonios haces en mi habitación? —preguntó mi esposa mientras Lucy saltaba de la cama y se plantaba delante de mí. Me acojoné.

—Esto no puede seguir así, Bianca —dije con tono calmado, pero sin quitar la mirada de Lucy—. Tenemos que hablar.

—Oh, ¿así que ahora quieres hablar?—sacudió la cabeza y resopló antes de murmurar un “idiota”. Debía pensar que idiota era un insulto salvaje por como lo pronunció.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunté extendiendo los brazos para dejarle claro que no tenía ni idea—. Estábamos de puta madre y, de repente, no hay quién te mire a la cara.

La boca de Bianca había dibujado una o perfecta. Una o mayúscula. Sus ojos, sin embargo, se habían entrecerrado. Se fue poniendo en pie según yo hablaba. Se acercó hasta mí y clavó sus helados ojos en los míos.

—¿Que qué me pasa? —escupió más que preguntó—. Tienes que estar bromeando. —No sabía que contestar, así que no contesté—. ¿¡En serio!?

No lo vi venir, lo reconozco. El guantazo me llegó mientras intentaba decirle que sí, que aquello era lo que le estaba preguntando. Me dio en la oreja y empecé a oír un pitido mientras Bianca me iba dando con un dedo en el pecho. Yo retrocedía por la habitación poco a poco.

—¿Me dejas tirada en medio de un polvo y luego preguntas que qué me pasa? —preguntó mientras me seguía, gritándome a la cara. Lucy ladraba alegre uniéndose al bando femenino.

—¡Joder, lo siento! —conseguí decir entre su retahíla—. No me quedé dormido adrede.

La segunda tampoco la vi venir. Esta vez fue con la izquierda y me dio en la otra oreja. Conseguí ver que Bianca, antes de soltar el brazo, se mordía el labio inferior y ponía cara de asesina. La tercera no me pillaría de improviso.

—¿Lo sientes? —murmuró antes de gritar—. ¿¡Tú lo sientes!?! —Se puso de puntillas para gritarme aún más de cerca—. Yo sí que lo siento, joder. Me paso un día entero preparándome. ¡Un día! Te bailo, me desnudo para ti e incluso te hago la mejor mamada de la historia y, cuando me toca a mí, te quedas dormido. ¡Eres un hijo de puta! Y ni siquiera fuiste capaz de disculparte al día siguiente.

—Lo estoy haciendo ahora —contesté volviendo a extender los brazos para indicarle que no podía hacer nada más.

Bianca se mordió el labio. Aquella era la señal. Puse las manos para atrapar su muñeca y hacer así que dejase de comportarse como una histérica. Una pena que lo que soltó, en lugar de bofetada, fue un puñetazo al estomago que me comí entero. Me doblé por la mitad buscando aire. Ella aprovechó la ventaja para empujarme por los hombros. Caí de culo en su cama y ella se lanzó encima de mí. Se puso a horcajadas sobre mi vientre y empezó a darme puñetazos en el pecho mientras yo intentaba recuperar la respiración.

Es muy raro, lo sé, pero me recordó a la última vez que la había tenido encima y me resultó excitante. Deje que siguiera dándome palos mientras notaba que cada vez llegaban con menos fuerza. Ya no estaba tan enfadada como quería hacer ver. Fue fácil agarrarla por las muñecas.

—Lo siento, de verdad —dije mientras ella forcejeaba para soltarse—. Lo siento muchísimo. No lo hice queriendo, pero fue una putada.

—Me importa una mierda —replicó Bianca enfurruñada. Había dejado de forcejear.

—Pero a mí sí que me importa pedirte perdón —dije sin tener muy claro de dónde salían aquellas palabras—. Me importas tú. Me importa que estemos

bien. Lo siento muchísimo. He sido un cafre. Intentaré que no vuelva a suceder. Dicho esto, solté sus muñecas. Bianca no me miraba. Lucy había dejado de ladrar. Era como si todo se hubiera detenido esperando la siguiente palabra de mi mujer.

—Prométemelo —dijo mirándome a los ojos por fin—. Me trataste como cualquier otro cliente del club, como si no fuese más que una puta barata. —Se mordió el labio—. Prométeme que no volverás a hacerme sentir así. Tú no.

—Te lo prometo, Bianca —dije al punto—. Prometo intentar hacerte ver cuánto me importas.

Ella siguió mirándome y, de pronto, se lanzó a mi boca. Me besó con fuerza, con rabia, con hambre... Mientras me besaba, tiraba de mi pelo salvajemente y se restregaba contra mi cuerpo. Intenté igualar su entusiasmo, pero estaba demasiado descolocado. Ella se separó un momento de mí para sacarme la camiseta por la cabeza a tirones. Yo estaba luchando con los botones de su camisa cuando algo en su expresión cambió. Arrugó la nariz.

—¿A qué huele? —preguntó dejando ver el asco en cada sílaba.

Entonces yo también lo noté. Olía a mierda. No es que oliese mal, es que alguien acababa de cagarse. Mi mente por fin sumó dos y dos. Yo no me he cagado. Bianca no se ha cagado. Tenemos perro.

—Joder... Creo que Lucy se ha cagado en casa —dije tapándome la nariz.

Bianca me miró expectante. Al no notar en mí ningún gesto de ir a solucionar el desastre, cerró los ojos, se dejó caer a mi lado y empezó a roncar como un oso ruso.

—No me jodas, cariño —dije mirando su torpe pantomima—. Yo me dormí de verdad. Échame una mano.

Bianca siguió fingiendo que dormía, pero su mano derecha empezó a acercarse a mi cara. Cuando estaba a pocos centímetros, extendió el dedo corazón y siguió roncando mientras luchaba por no reírse a carcajadas.

—Está bien. Te la debo —dije recogiendo mi camiseta—. Pero no puedes seguir enfadada después de esto.

Oí la carcajada que salía entre sus labios cerrados mientras me vestía y seguía el fétido rastro que me condujo al salón. Allí estaba Lucy mirándome con cara de buena chica y moviendo la cola.

—Me acabas de joder un polvo, hija de perra —le dije mientras observaba el tremendo tamaño del problema y me planteaba si era mejor limpiar o deshacerme de la casa. Lucy metió el hocico en la bolsa que habíamos traído y se me acercó con el jodido cerdo rosa de plástico entre los dientes—. Dile a Bianca. Yo tengo que limpiar.

El que haya limpiado mierda de perro sabrá por lo que pasé. Estuve a punto de vomitar varias veces, pero conseguí eliminar todo rastro del regalo de Lucy sin echar el desayuno. No me atreví a soltar la Polka. Habría sido demasiado para ella.

—Sigue oliendo fatal —dijo Bianca desde la puerta. Lucy estaba pegada a su rodilla recibiendo mimos. Mimos que deberían haber sido para mí.

—Viene un cliente en media hora, joder —apunté pensando en alguna manera de sacar aquel olor.

—Deberías buscarte una oficina para el trabajo —contestó Bianca—. Ahora te lo puedes permitir.

Típico de ella. Tienes un problema y te suelta cómo podrías haberlo evitado. Aquello no me valía de nada. Encender cerillas estaba descartado si no quería acabar detenido. Cogí el pad a toda pastilla para encargarme un ambientador mientras me planteaba que Bianca tenía razón. Con la cantidad de clientes que me estaban llegando, debía alquilar un despacho. Como suelen decir, nunca comas donde cagas. O donde caga un perro. Vamos, que no mezcles el trabajo y la vida personal. Tenía que alquilar una oficina. Y debía contratar un ayudante.



LITTLE JALISCO NO TE RAJES

No es difícil encontrar oficinas en alquiler en Ilarki. Hay mucha gente con ideas supuestamente geniales que se van al garete al poco tiempo de abrir. La ley de Ilarki sobre desahucios es muy sencilla: si te retrasas tres días en los pagos, viene la pasma y tira tus cosas por la ventana. Cuando el casero da parte de que llevas retraso en el alquiler, estás jodido. Se acabó la vieja costumbre de esquivarle para conseguir más tiempo.

La verdad era que estaba ganando bastante dinero y tenía un flujo de clientes muy bueno. No hay nada como un poco de fama para que los primeros empiecen a entrar por la puerta. Si no la cagas, estos te recomiendan a sus amigos y es como una bola de nieve cayendo por una ladera. Por desgracia, también pasa al contrario y, la primera vez que metes la pata, puedes irte a la mierda sin darte ni cuenta. Es por esto que decidí bajar un poco mis expectativas y, en lugar de alquilar una oficina en el barrio de Ritz, me conformé con hacerlo en Little Jalisco o, como lo llamábamos en Ilarki, Lisco. Con este nombre es fácil suponer que estaba lleno de mexicanos. Bueno, eso era lo que el resto de barrios pensábamos, pero no era así en absoluto. Allí había mexicanos, sí, pero también había argentinos, bolivianos, peruanos, ecuatorianos, guatemaltecos... Sin embargo, como a los estadounidenses nos gusta generalizar, les llamábamos hispanos y asumíamos que todos venían de México. Recuerdo que una vez un español estuvo explicándome que él era de Europa, no de México. Incluso me dijo que el idioma venía de allí, del otro

lado del Atlántico. Creí que me estaba tomando el pelo hasta que lo comprobé en Internet y vi que era cierto. ¿Quién lo iba a decir?

Como ya he explicado, la gente fue juntándose por su cultura, su idioma y su raza. En Little Jalisco teníamos a casi todos los sudamericanos de Ilarki. Con esto es fácil suponer que era un sitio bullicioso. No les gustaba quedarse en casa y salían a las calles para charlar, intercambiar chismes o, sencillamente, ver la vida pasar. Los bares y tascas de la zona también asomaban a la calle con sus terrazas y mostradores. Pasar por Lisco y no comer algo debería ser delito. En otros barrios había restaurantes que te cobraban un riñón por una comida que se suponía que era la puta polla en vinagre, pero salías con hambre. Yo, que soy un tipo de gustos más normales, elegía Lisco para ponerme hasta arriba de comer. En ningún lugar del mundo se comía tanto y tan bien como de México hacia el sur. En ningún lugar de la Luna se comía tanto y tan bien como en Lisco.

En medio de aquel jaleo y aquel olor a comida no se podía instalar una oficina si quería llamar clientela entre la gente rica de la ciudad. Sin embargo, Lisco limitaba con el barrio de Ritz y con Brooks. Los barrios tenían forma cuadrada y, cerca de la esquina que hacía frontera con ambos barrios, estaba la calle La Dorada. Más bien era un callejón, pero tenía incluso una placa con el nombre que el ayuntamiento había consentido. Su nombre oficial era Rojo 127: La calle 127 del distrito rojo. Nadie de la zona ha usado jamás ese nombre. Siempre La Dorada, la calle de mi nueva oficina.

No era gran cosa, la verdad. Un pequeño recibidor con un escritorio y una silla como todo mobiliario daba a un espacio un poco más grande, con un escritorio más grande y tres sillas, una de las cuales era mayor que la de la entrada. Por una discreta puerta accedías a un baño con ducha. Joder, podías vivir allí si instalabas un catre plegable. Estaba totalmente limpio. Además, el precio del alquiler incluía la limpieza de la oficina dos veces por semana. Me

senté en mi nuevo puesto de trabajo y abrí las cortinas para sentirme un tipo importante. Como mi oficina estaba en el primer piso y las calles en Ilarki son estrechas, todo lo que veía era el piso de enfrente. En aquellos momentos podía observar a un hombre muy gordo en calzoncillos sudando a mares mientras hacía pesas con unas mancuernas ridículamente pequeñas. Decidí cerrar las cortinas y ponerme a pensar en el siguiente dilema.

La mayor parte del trabajo que me llegaba era pura rutina. Vigilancia, seguimientos... Todo lo que un detective odia, pero que compone el noventa y cinco por ciento de su trabajo. Empezaba a ir un poco justo para poder vigilar tantos sitios y seguir a tantas parejas supuestamente infieles. Necesitaba a alguien que pudiera echarme una mano con la parte más fácil y aburrida del oficio. Puse el pad en mi nuevo escritorio y publiqué un anuncio buscando ayudantes de detective. No se me ocurría qué cojones pedir, así que lo dejé tal cual. Perfecto. Ya estaba en mi nueva oficina, ya había puesto un anuncio y, hasta las diez de la noche, hora en que la señora Ferris iba supuestamente a quedar con su amante, no tenía nada que hacer. Llamé a Bianca.

—Dime, Seb —contestó sin activar el video. Cariñosa como siempre.

—¡Hola, cariño! —exclamé para seguir resquebrajando el hielo—. Estoy en mi nueva oficina y había pensado en invitarte a comer en Lisco, así luego puedes verla. ¿Qué me dices?

—Sería una tonta si dijese que no, cielo —contestó algo más animada—. Para una vez que invitas, tengo que aprovechar. Ah, y deja de llamarme cariño.

Ella acababa de llamarme cielo, lo sé. Sin embargo, desde su desquiciada lógica, aquello no quería decir que yo la pudiese llamar cariño.

—Te espero en la Posta dentro de un cuarto de hora —dije para salir de aquel hilo de pensamiento—. ¿Sabes dónde está?

—Tengo pad, cielo. Él sí que lo sabe. Que sea media hora. Necesito un tiempo para prepararme.

Fueron cincuenta minutos. Debí haberlo imaginado, pero soy de esa clase de idiotas que siguen manteniendo la esperanza de que la gente deje de ser como es. Comimos charlando sobre Lucy, que no había vuelto a liarla en casa, sobre la nueva oficina y sobre la comida de Lisco.

—¿Cómo dices que se llama esto? —preguntó Bianca con la boca llena.

—Bollitos pelones —contesté disfrutando del espectáculo de ver a Bianca comiendo algo que le gusta. Con ella debieron inventar la expresión “comer a dos carrillos”. Parecía una tía fina hasta que tenía delante una comida especialmente rica.

—Están buenísimos —dijo evitando que la comida saliese de su boca al hablar. Tragó con esfuerzo—. Oh, Dios mío... Están deliciosos.

—Cuando te los acabes, podemos ir a ver la nueva oficina —apunté mientras ella seguía metiéndose comida en la boca. Me recordó al famoso coche en el que entraban más payasos de lo que parecía posible y luché para no descojonarme—. Eso si no quieres pedir otro plato.

Bianca abrió mucho los ojos y, tras varios segundos bregando por masticar, tragó por fin.

—¿Puedo? —preguntó con voz de niña buena—. Mejor no. Podría pasarme días comiendo esto.

Conseguí separarla del restaurante no sin antes verla comer su postre y la mitad del mío. ¿Dónde cojones metía tanta comida? A pesar de ir vestida bastante normal para su estilo, unos vaqueros y una blusa, se ganó un par de piropos en los cinco minutos que tardamos en llegar a La Dorada. Fiel a sí misma, sonreía y seguía caminando moviendo un poco más las caderas cada vez que les oía. Hay mujeres a las que les molestan los piropos. Otras, sin embargo, se preocupan si no les dicen nada por la calle. Me resultaba imposible de entender. Las pocas veces que alguna mujer me había dicho algo

de aquel estilo, me había puesto rojo como un tomate y había apretado el paso.
—Esta es la recepción —dije señalándole el pequeño recibidor como si hiciera falta—. No es gran cosa, pero seguro que puedes ponerlo más a tu gusto.

—¿Por qué iba a ponerlo a mi gusto, cielo? —preguntó mirándome con intensidad.

—Tú eres mi secretaria... —contesté sin entender muy bien a dónde quería ir a parar.

—Te he hecho el favor de ser tu secretaria hasta que contratases una —contestó ella entrando al despacho—. Tendrás que buscarte otra, porque no pienso trabajar para mi marido.

—Pero yo había pensado que...

—Ese es tu problema, cielo —contestó girándose hacia mí con la diversión bailando en sus ojos—. Piensas poco, tarde y mal. —Me palmeó la mejilla—. Tengo una entrevista para camarera en una cafetería esta tarde.

Me descolocó. Ella siempre me descolocaba. Como habíamos estado de morros, no me había contado nada del asunto. Desde que consiguió el permiso de habitabilidad, había dejado de trabajar en el Colors. Nadie contrataba a una persona que solo podía quedarse en Ilarki mientras su pareja le soportase. Ahora volvía a estar en el mercado laboral.

—Esta mesa es enorme —exclamó acercándose al escritorio—. Me valdría de cama.

Subió a la mesa y se tumbó doblando una pierna para que la estampa fuese perfecta.

»¿Alguna vez has echado un polvo en el trabajo? —preguntó mirándome con los ojos entrecerrados.

No contesté. Tan solo sacudí la cabeza despacio mientras me acercaba a ella. Subí a la mesa rezando para que aguantase el peso de los dos y me tumbé

encima mientras ella separaba las piernas y me rodeaba el cuello con los brazos.

»Eso se puede arreglar, cariño —susurró mientras mis labios se acercaban a los suyos.

—¿Señor Damon? —dijo una voz con inconfundible acento hispano desde la puerta—. ¿Está usted en la oficina?

Miramos los dos en aquella dirección. Nos miramos el uno al otro. De nuevo a la puerta y, a una velocidad de la que no nos habría creído capaces, estábamos de pie, formales y mirando al recibidor. Al menos la mesa no se había partido. Habría sido la guinda a que mi casero hubiera estado a punto de pillarme echando un polvo con mi mujer.



TENEMOS CHICO NUEVO EN LA OFICINA

Después de hablar con Salvador Rodríguez, mi nuevo casero, y que me enseñase la oficina que ya había visto por mi cuenta, Bianca y él marcharon dejándome solo. Para quitarme el calentón de los dos encontronazos chafados con Bianca, me dediqué a ir actualizando mi bandeja de entrada hasta que llegase algún mensaje de los cientos de candidatos que esperaba. Llegaron once mensajes. Seis eran de publicidad. Cité a los candidatos para el día siguiente a intervalos de media hora. No creía que necesitase mucho más para poder saber si alguien me interesaba o no.

—Así que no tienes ninguna experiencia en el campo ¿verdad? —pregunté al cuarto candidato de la mañana. Era un tipo condenadamente pálido, con *piercings* en las orejas y la nariz y una cresta de palmo y medio de color rojo chillón. Lo ideal para seguir a alguien sin llamar la atención.

—No tengo experiencia, capi, pero aprendo la hostia de rápido —contestó él usando aquel “capi” que era como los jóvenes llamaban a los viejos por aquel entonces. Era siete años mayor que él, joder. Yo todavía era un chaval.

—Para poder hacer seguimientos, tendrás que quitarte esa cresta y los *piercings* —dije para forzar que se fuese él sin tener que mandarle yo a la mierda—. No se puede llamar la atención.

—Si no te gustan mis pintas, no te gusto yo —dijo poniéndose en pie y desplegando su metro ochenta y sus escasos sesenta kilos de peso—. No voy a renunciar a mi *escencia* por un puto curro.

—Esencia —apostille. ¿En qué momento me había vuelto un jodido maestro de escuela? A lo mejor sí que me estaba haciendo viejo.

Me miró sin comprender. Uno, dos, tres... Conté hasta siete antes de ver la chispa de la comprensión en sus ojos. Rápido, lo que se dice rápido, no era. Me enseñó que tenía la uña del dedo corazón pintada de negro y se largó dejándome mucho más tranquilo. Me recosté en la silla y resoplé mirando al techo. Solo cinco candidatos y los primeros cuatro habían sido a cual más idiota. Estaba planteándome que, si el quinto era igual, debería llamar a la señora Yoon, una mujer de unos cincuenta años que había sido la segunda candidata. Hablaba mal el idioma y no tenía experiencia, pero era lo más normal que había pasado por la oficina en toda la mañana. Unos golpes en la puerta me sacaron de mis pensamientos.

—Adelante —dije volviendo a sentarme bien. En el umbral había un hombre de alrededor de metro setenta, ancho de hombros y muy moreno de piel. Su pelo negro estaba cortado a cepillo para coronar una cabeza ancha, de mandíbula cuadrada. Sus ojos, igualmente negros, miraban impasibles. Entró y se quedó muy tieso delante de mí con las manos a la espalda—. Héctor Lozano, supongo.

—Así es, señor —contestó con una violenta sacudida de cabeza.

—Siéntate, hombre —dije viendo que se quedaba de pie. El tipo se sentó, puso las manos en los brazos de la silla y siguió mirándome muy serio—. He estado echando un vistazo a tu currículum. Nacido en Aguascalientes, México. Veintisiete años de edad, cuatro años como militar, tres años viviendo en Ilarki, experiencia como camarero, cocinero, guardia de seguridad...

El tipo no movía un musculo mientras yo repasaba su currículum. Podía

deberse a su pasado militar, pero yo diría que aquel hombre se sentía incomodo.

—Antes de que siga usted, hay algo que no está en mi currículum y debería saber —dijo sin apartar sus ojos de mí. Joder, ni siquiera le había visto pestañear. Si me hubiese dicho que era un robot, me lo habría creído. Se quedó callado.

—Dime, Héctor —aporté para animarle a seguir. Sus nudillos estaban blancos de tanto apretar los brazos de la silla.

—Soy homosexual —soltó en un tono de voz tan bajo que me costó entenderle. Me recliné en la silla y crucé los brazos. Le iba a tocar seguir hablando a él. Le costó medio minuto—. Prefiero que lo sepa antes de contratarme.

—A mí me gusta el *funk* —apunté sin descruzar los brazos—. No suelo escucharlo mucho, pero esa música me vuelve loco aunque sea un tipo blanco sin gracia para bailar. Adoro el puto *funk*.

—No entiendo —dijo Héctor por fin tras unos segundos de abrir y cerrar la boca.

—El hecho de que me guste el *funk* dice más sobre mí que el hecho de con quién te acuestes o te enamores tú dice de ti —expliqué echándome hacia adelante y apoyando los codos en la mesa—. No me importa quién te guste, Héctor. Siempre que no sea yo, claro.

Pasaron unos segundos que, por lo que pude ver, a Héctor se le hicieron muy largos. Por fin esbozó media sonrisa que acabé descubriendo que era su sello personal. Solo sonreía con la mitad derecha de la cara, como si la izquierda no encontrase la gracia al puto chiste.

—No es usted mi tipo, señor Damon —dijo relajándose al fin y dejando de intentar destruir los brazos de la silla—. Me gustan más bajitos y finos.

—Recuérdame que algún día te presente a Carlo Fenucci —añadí para seguir quitando la presión que aquel pobre hombre había traído a cuestas—. Te va a

encantar. Muy bien, no tienes experiencia en investigación, trabajo policial ni nada por el estilo, ¿verdad?

—Ninguna en absoluto —contestó negando con la cabeza.

—Pero seguro que me vas a decir que aprendes rápido —apostillé con sorna.

—Tengo un cociente intelectual de ciento treinta y seis —contestó con total naturalidad—. Por supuesto que aprendo rápido. Soy un hombre muy listo.

No tenía ni puta idea de si aquella cifra era alta o baja, pero la respuesta me había dejado de piedra. Aquel tipo me gustaba cada vez más.

—¿Cargas familiares? —pregunté para no dejarle ver que el trabajo era suyo.

—Vivo con mi madre y dos hermanos —contestó envarándose de nuevo—. Como hijo mayor, intento encargarme de que no les falte de nada.

—Una última pregunta, Héctor —añadí antes de darle la noticia—. ¿Te importaría hacer el trabajo de secretaría cuando estés en la oficina?

Soltó una carcajada que me pilló por sorpresa. Dijo que sí, pero que se negaba a llevar minifalda. Acordamos su salario, le advertí de que el horario iba a ser lo más caótico del mundo y le informé un poco sobre el tipo de trabajo que le iba a tocar realizar. Hizo algunas preguntas. Todas importantes. Todas de esas que te dejan pensando que deberías haberlo explicado tú antes de que tuviesen que preguntártelo. Era un tipo jodidamente listo. Estábamos tan concentrados en formalizar los trámites para su contratación que ninguno se dio cuenta de que había alguien en la puerta hasta que carraspeó. Héctor se giró como un resorte y yo vi la última cara que quería ver. La blanca cara de Alexander White, el ayudante personal de la alcaldesa.

—Disculpen, caballeros, pero la puerta estaba abierta —dijo juntando las manos frente al estomago.

—Hola, señor White —saludé mientras en mis adentros maldecía en tantos idiomas como sabía—. Le presento a Héctor Lozano, mi ayudante. ¿A qué debemos este placer?

—Encantado, señor Lozano —dijo White con una ligerísima inclinación de cabeza—. Me alegro de que el negocio vaya tan bien como para contratar ayudantes.

—Gracias, White —reliqué sintiendo cómo la mecha de la bomba era cada vez más corta—. Insisto: ¿a qué debemos este placer?

—Tenemos un caso peliagudo, señor Damon —dijo sonriendo como un niño bueno—. Necesitaríamos que nos echase una mano para resolverlo lo antes posible.

—Estoy hasta arriba de trabajo —dije abriendo los brazos como si mi mesa estuviese repleta de papeles—. No puedo permitirme más casos.

—Seguro que su nuevo ayudante puede encargarse de todo eso mientras usted echa un vistazo al caso que la señora Reginald le ha encargado.

Boom. La bomba explotó. La señora Reginald. Rose Mary Reginald. Para todo Ilarki, la esposa del alcalde. Para los que estábamos bien informados, la que realmente partía el bacalao en la ciudad. Resolví un caso por un puto golpe de suerte y ahora se debía pensar que era una especie de Sherlock Holmes lunar. Maldita fuera mi perra suerte. Supe que había perdido.

—Deme diez minutos para poner a Héctor al corriente de los casos y estoy con usted —dije hundiendo los hombros.

—Le espero abajo, señor Damon —dijo girándose—. No tarde. A la señora Reginald no le gusta esperar.



¿QUIEN DEJÓ SALIR A LOS PERROS?

A diferencia de la última vez, White se montó en el maglev conmigo. Le hice preguntas todo el camino para intentar averiguar a dónde demonios nos dirigiáramos, pero él las esquivaba o, sencillamente, sonreía. No tuve ni idea de que íbamos a coger uno de los ascensores que llevan al núcleo de Ilarki hasta que estuvimos delante.

Estos ascensores llevan al centro de la estructura que contiene la ciudad. Allí no hay más gravedad que la lunar, que es una sexta parte de la terrestre, ya que no está girando como el resto del complejo. De esta manera, se pueden realizar alunizajes de lanzaderas con personas y carga. Para entrar y salir hay que meterse en unos pequeños vehículos que van ganando o perdiendo velocidad de giro hasta igualarse a la de la ciudad en rotación o detenerse por completo. Ese paso es lo que más me gusta de entrar o salir a mi ciudad. Es casi como estar en un parque de atracciones.

Estaba impaciente por sentir el subidón de adrenalina que siempre me daba al montarme en los intercambiadores cuando el ascensor se detuvo mucho antes de llegar a ellos y entonces recordé que, por encima de las pantallas que llamábamos cielo, había una ciudad oculta. Todo lo que no se quiere que esté a la vista, se pone ahí arriba. Es algo así como esos jerséis horribles que te han regalado y no puedes tirar, así que los guardas en lo alto del armario para no tener que verlos cuando te planteas qué ponerte. Conocía bien aquella zona ya que pasé unos meses encerrado en ella. Unos meses que se me hicieron años

porque, para mí, fueron años. Pasé tres meses en la cárcel virtual de Ilarki. En un entorno virtual, el tiempo transcurre quince veces más rápido. Si pasas dos meses, equivale a treinta. Dos años y medio.

Como me temía, allí es a donde me llevaba el estirado de White. Un transporte a tracción mecánica nos condujo por la oscura estructura de la Ilarki oculta y pudimos disfrutar de un paisaje lleno de tubos, cables y andamiaje. Canela en rama. Reconocí la mole gris que era la prisión a pesar de que no había ningún cartel que indicase a qué se dedicaba aquel edificio. Ni puta falta que hacía. El que iba sabía a dónde iba. No te podías perder por allí y acabar en el talego por error.

Ya dentro de la prisión, nos encontramos con un grupo de gente hablando en círculo. En realidad, solamente una persona hablaba en el centro mientras los demás escuchaban. Para describirlo con mayor precisión, una persona gritaba a voz en cuello en el centro del círculo mientras los demás aguantaban el chaparrón y se encogían cuando la mala bestia en la que se había convertido la alcaldesa posaba su mirada en ellos.

Me quedé al margen. No quería que alguno de los puñales que estaban volando me diese en la cara por error. Conocía a Rose Mary Reginald y había tenido con ella una conversación de la que salí muy bien parado. Era la mujer del alcalde. En teoría, era su marido quien mandaba en Ilarki, pero el poder estaba sobre los hombros de aquella mujer menuda y con un carácter de mil demonios. No mucha gente sabía aquello, pero, por lo visto, los funcionarios de prisiones estaban al tanto.

—Por fin llegas, Alexander —dijo la alcaldesa cuando vio la pálida cara de su ayudante personal entre la muchedumbre—. Vayan a hacer lo que les he dicho y esta vez más les vale hacerlo bien.

Hay pocas cosas capaces de disolver un grupo de personas sin que se formen corrillos, salgan preguntas de última hora o alguien se quede remoloneando.

La voz de la señora Reginald era una de esas cosas. En pocos segundos solo quedábamos allí Alexander, la señora Reginald, yo y un pobre hombre al que la alcaldesa agarraba del brazo.

—Tú te quedas, Vincent —gruñó la alcaldesa al hombre que retenía—. Alguien nos tiene que enseñar todo esto.

Aquel tipo era Vincent Van Hort, el director de la prisión. Antiguamente se les llamaba alcaides, pero en Ilarki se había pensado que la palabra director era más amable. Siempre tenía cara de llevar tres días sin cagar, pero, en aquel momento, daba la impresión de que por fin iba a soltar la carga.

—Señor Damon —saludó la alcaldesa acercándose a mí sin soltar la presa en el brazo de Van Hort—. Gracias por acudir tan rápido.

—Un placer, señora Reginald —contesté sin mencionar que no había tenido más opción. Con ella, aquel tipo de sandeces sobraban.

—¿Le ha informado el señor White de nuestro problema? —preguntó mirándonos alternativamente al ayudante y a mí.

—No me ha dicho ni una palabra —contesté con una sonrisa—. Como de costumbre.

—Bien, bien —asintió Rose Mary—. Me alegra escuchar eso. Ahora, director, explíqueme a este hombre lo que les ha pasado.

—Señora Reginald, le aseguro que la policía y el servicio de prisiones pueden encargarse de esto sin ayuda externa —terció Van Hort.

—Vincent... —Empezó la alcaldesa apretando su presa en el brazo del pobre hombre—. No estoy pidiendo permiso y tampoco me importa tu opinión. Este hombre solucionó él solo un caso cuando mis chicos de la policía llevaban tiempo dando palos de ciego. Tenemos un problema muy grave y necesitamos al mejor para arreglarlo.

Me puse pálido. Era cierto que había resuelto un caso prácticamente imposible, pero había sido por pura suerte. Estaba sin un token y me ofrecí a

vender un recuerdo acostándome con dos chavalas. Algo salió mal y el recuerdo del receptor acabó en mi cabeza. Ese recuerdo era, precisamente, el asesinato de la cría que luego me encargarían resolver. Una carambola de aquel calibre sucedía una vez en la vida. Sin embargo, todo el mundo pensaba que era una especie de superdetective. Aquel todo el mundo incluía a la alcaldesa.

—Lo sé. Recuerdo el caso —dijo Van Hort posando una mirada de asco infinito en mí—. También recuerdo al señor Damon de cuando estuvo encerrado aquí.

—Razón de más para confiar en él —apuntó Rose Mary—. No solo es el mejor detective de la ciudad sino que también conoce la cárcel.

Van Hort se dio por vencido y nos condujo por los pasillos mientras señalaba las diferentes partes del complejo. Finalmente llegamos a la gran sala de celdas. En una prisión virtual no existen celdas como tal. Hay gente tumbada en sillones enormes con cables y electrodos por todas las partes del cuerpo. Sí, por todas. En virtual también hay que mear y cagar. Hay monitores con las constantes vitales del recluso y medidores que, supongo, ayudan a mantenerle sano. También usan electro-estimulación en los músculos para que no te atrofies antes de quedar libre. Todo muy bien pensado para joderte la vida y que no puedas denunciar a nadie. Van Hort acabó sus explicaciones delante de un sillón. En él había un preso delgaducho, pálido y con perilla. No debía tener más de veinticinco años, aunque era difícil decirlo con tanto cable y manguera enchufado a su raquíptico cuerpo.

—Este es Desmond Krieg —dijo Van Hort señalando el despojo humano—. Lleva internado dos años y todavía le quedan otros dos.

—No parece muy problemático —apunté con sorna mirando de reojo al director—. ¿Qué hizo para ganarse cuatro años de cárcel virtual?

—Terrorismo —contestó el director escuetamente.

—Siempre imaginé a los terroristas altos, fuertes y con cicatrices —añadí.

—Terrorismo informático para ser exactos —explicó Van Hort.

—Aún así, no parece muy problemático ahí tumbado —solté diciendo lo que todos estábamos pensando—. ¿Qué clase de problema puede causar este tipejo?

Van Hort se quedó mirando con odio al preso durante unos segundos antes de clavar su mirada en mí.

—Se ha escapado.



LAS GALLINAS QUE ENTRAN, POR LAS QUE SALEN

No tenía muy claro qué clase de broma era aquella. Seguí mirando a Van Hort. Luego, paseé la mirada por la señora Reginald, por White y por el pingajo humano que era Krieg. Debía estar poniendo mi mejor cara de idiota, porque la alcaldesa tenía una mano delante de la cara para evitar descojonarse allí mismo. Con lo mosqueada que estaba un momento antes, verme tenía que ser un poema. En lugar de entrar al trapo, me quedé mirando al director de la prisión.

—Caso resuelto —exclamé al ver que seguía callado—. Aquí tienen a su hombre. Son veinte mil tokens. Un placer hacer negocios con ustedes.

—Me temo que usted no lo entiende —dijo el director muy serio.

—Claro que no lo entiendo, director —solté acercándome a él hasta tenerle a un palmo de mi cara—. ¿Cómo cojones voy a entenderlo si a usted no le da la gana de explicármelo?

Me sostuvo la mirada durante tres segundos. La gente con poder siempre es así. Cuando tienen delante a alguien con veinte centímetros más de estatura, veinte kilos más de músculo y veinte años menos, se cagan por la pata abajo. En lugar de bajar la vista al suelo, la posó en Krieg.

—Este tipo es un *hacker*. Uno de los mejores —dijo al fin Van Hort—. Está encerrado por intentar colarse en el sistema de soporte vital de la ciudad. Su

plan era hacer que lloviese hasta que faltase el agua.

Nueva pausa. Seguí sin picar y me quedé callado.

»Le cogieron a tiempo porque tiene un ego desmesurado —siguió—. Antes de soltar el agua, quería reproducir un video suyo en todos los pads de la ciudad diciendo lo que iba a hacer y por qué. El video generó tanto tráfico de datos que le detectamos y pudimos evitar la catástrofe.

—Un angelito, sin duda —añadí para darle un poco de cancha.

—Le cayeron cuatro años en prisión, sesenta en virtual —añadió el director—. Con lo que no contábamos era con que el sistema fuese vulnerable desde dentro.

—¿Quiere decir que su mente se ha escapado a la red aunque su cuerpo siga aquí? —pregunté.

—No tenemos la más mínima idea —aclaró el director—. Lo que sabemos es que hoy nos ha llegado un mensaje suyo.

Me pasó un pad y pude ver en él un mensaje de texto. En el mensaje tan solo ponía “Voy a comprar un burrito en la calle 113 a las 13:00. Pagaré en efectivo y dejaré caer un token al suelo. Jäger”. Miré al director esperando más explicaciones. Pulsó un par de veces en el pad y se empezó a reproducir un vídeo. En él se veía a un tipo con sudadera negra y la capucha calada hasta los ojos. Se acercaba a un puesto callejero, compraba un taco, lo pagaba en efectivo y, al marchar, dejaba caer un token al suelo mientras sonreía a la cámara sin mostrar más que su boca.

—Puede ser algo que tuviese acordado con algún amigo antes de que le cazasen —dije haciéndome el entendido—. Ya sabe, para volverles un poco locos.

—Una patrulla acudió a la zona y recogió el token —agregó el director—. No es un token cualquiera. Es su token de la suerte. Lo llevaba encima cuando le cogimos. Tiene un ciervo grabado con láser.

Me tendió la moneda y la observé. Tenía un ciervo grabado que ocupaba todo la cruz de la moneda.

—Digo lo mismo —seguí—. Podría tener varias monedas iguales y habéroslo jugado.

—Cuando ingresó aquí, teniendo en cuenta lo importante que era el preso, yo mismo me encargue de los trámites —dijo Van Hort negando con la cabeza—. Yo metí en una caja todas sus pertenencias personales. Ese token tiene mis huellas dactilares.

Me quedé sin argumentos. ¿Cómo coño iba a hacer aquello un tipo que estaba vegetal delante de mí? Era de locos. Tenía que haber una explicación lógica para todo aquello, pero era incapaz de encontrarla. Debía llevar mucho tiempo atontado, porque la alcaldesa me tocó en el brazo antes de empezar a hablar.

—No sabemos cómo lo ha hecho, pero se ha escapado —dijo en tono serio—. Tengo a media policía buscando al tipo de la capucha, pero no consiguen nada. Es otro callejón sin salida como lo de la niña Jordan.

—Tiene que haber una explicación lógica —apunté como si a nadie se le hubiera ocurrido.

—Esa moneda ha sido robada de nuestro depósito por alguien que ha salido de aquí —añadió el director más tranquilo ahora que no toda la atención recaía sobre él—. Hemos revisado las grabaciones y lo único que hay fuera de lo normal es que diez minutos han sido borrados en todas las cámaras del edificio. Diez minutos en los que, probablemente, alguien ha entrado en la consigna de pruebas, ha cogido la moneda y ha vuelto a salir.

—¿En esas grabaciones no se ve entrar o salir a alguien ajeno al edificio? —pregunté en un último intento por ventilarme el caso rápido.

—No se ve nada extraño —contestó Van Hort—. Tampoco hay constancia de entradas o salidas fuera de lo normal. Antes de que lo pregunte, los guardias de la entrada aseguran que ni ese día, ni el anterior ni el siguiente hubo

ingresos o visitas. Nada de nada.

—No tiene sentido —dije para dejar claro que lo obvio, al menos, lo había pillado.

Seguía mirando a Krieg mientras mi cerebro intentaba girar a mil revoluciones por minuto, pero no llegaba a tres. Miré al resto y vi la expectación en los ojos de la alcaldesa, como si esperase que sacase un jodido conejo de la chistera y resolviese el caso en un momento. Van Hort, en cambio, parecía disfrutar al verme más perdido que un calcetín en una orgía.

—¿Qué era eso de Jäger? —pregunté para ganar tiempo.

—Es el alias que usaba Krieg como *hacker* —apuntó White. Se notaba que había hecho los deberes—. Significa cazador en alemán.

—Vaya. Creía que lo hacía por el cantante de los Stones —añadí dejando una perla de mi legendaria chispa. No cuajó. Ni una puta sonrisa.

—Déjese de chistes, Damon —dijo el director—. Si es cierto que está en libertad, tenemos un problema muy grande.

—No lo creo —sentencié como si fuera un entendido en la materia—. Si ha estado dos años ahí metido, ahora mismo está comiendo comida de verdad, bebiendo como si no hubiera un mañana y follando todo lo que le dejen.

—Eso nos deja un par de días para encontrarle antes de que empiece a buscar la manera de destruir Ilarki de nuevo —apuntó la alcaldesa.

—No sabemos si va a intentarlo otra vez, señora Reginald —contesté.

—Por supuesto que va a intentarlo. Escapó tres veces antes de que consiguiéramos cazarlo—dijo Rose Mary dejándome como un gilipollas—. Está obsesionado con destruir esta ciudad, matar a todos los que estamos dentro o, al menos, dañar tanto la reputación de Ilarki como para que todo el mundo la abandone. No sabemos de dónde viene esa fijación, pero, tras lo sucedido, está claro que no descansará hasta conseguirlo.

Seguía sin ver por dónde cojones podía tirar para encontrar siquiera una

miserable pista. Era un caso tan absurdo que me tenía paralizado. ¿Como pretendían que encontrase al tipo que teníamos delante?

—Supongo que ya han buscado más huellas en la moneda y no han encontrado nada o me lo habrían dicho, ¿verdad? —pregunté. Negaron todos con la cabeza—. Pues, si les soy sincero, no veo por dónde hincarle el diente a esto.

—Tan solo tenemos un hilo del que tirar hasta que sepamos algo más del hombre de la capucha —dijo la alcaldesa tomando el control de la situación. Se quedó mirando a Krieg—. Hay que entrar a ver qué o quién está ahí dentro. Los sistemas muestran actividad y los guardias declaran que el recluso está dando muchos problemas.

—Interrogadle —señalé.

—No dirá nada —apuntó la señora Reginald—. El único modo de sonsacarle, es hablando con alguien en quien pueda confiar: con un preso. Tienes que infiltrarte ahí y sacarle todo lo que puedas cuando salga de aislamiento.

—No —dije como toda argumentación.

—Sí —repuso la alcaldesa—. Vas a entrar ahí como un preso, vas a hablar con esa escoria y vas a volver para contárnoslo todo. Es nuestra única opción.

—Ya estuve encerrado una vez —solté con odio mirando a Van Hort—. No voy a entrar por voluntad propia.

—Claro que vas a entrar, Seb —dijo la alcaldesa—. Precisamente porque conoces la cárcel, puedes comportarte como uno de ellos. Puedes camuflarte y hacerles confiar en ti. Te daremos un cuerpo virtual diferente para que ninguno de tus antiguos compañeros te reconozca. Estarás ahí dentro una semana. Aquí será medio día. Si hubiera otra opción, no te lo estaría pidiendo.

—Es que no me lo está pidiendo, señora Reginald —contesté sabiéndome jodido.

—Cierto —concedió ella—. Vas a entrar ahí y vas a traernos esa información. No hay otra salida.

En aquel momento me planteé mandarlo todo y a todos a la mierda. Pasar tres años en chirona es duro. Si eres un expolicía, es más duro. Aquellos habían sido los peores momentos de mi historia y no tenía ninguna intención de repetirlos. Por otro lado, me iba realmente bien, mi relación con Bianca parecía estar arreglándose y el trabajo no paraba de llegar y, con él, el dinero. Y tenía un perro del que cuidar. Era la mejor racha de mi vida. No podía joderla.

—Está bien —dije al fin—. Entraré. Que alguien llame a mi mujer y le diga que no iré a cenar esta noche por un tema oficial. Que no se crea que estoy con otra o me echará de mi propia casa.



TRABAJOS FORZADOS

Me juré a mí mismo que me tiraría de una azotea antes que volver al talego. Lo malo es que en Ilarki los edificios son tan bajos que difícilmente me mataría. Sin embargo, ahí estaba: otra vez en la cárcel y por mi puta voluntad. Me dieron un cuerpo que no se parecía en nada al mío. Misma altura, misma complexión, pero negro como el carbón. La idea era que nadie me reconociese y que adaptarme a llevar aquel avatar no me costase demasiado. Me asignaron a la celda de Krieg con la idea de sacarle de aislamiento pronto y que pudiésemos intimar. Intimar, sí. Aquellos gilipollas igual pensaban que me iba a tirar al jodido terrorista.

Hasta el día siguiente no iban a llevar a Jäger a la celda, por lo que tenía que pasarme veinticuatro horas haciendo vida social en la cárcel. Cojonudo. No hay nada más divertido que relacionarte con presos desquiciados para pasar el rato. La prisión de Ilarki era como cualquier otra cárcel física del mundo. Tenía sus galerías llenas de celdas, su patio para tomar el aire, sus muros altos de cojones para darte la sensación de estar encerrado... Una estupidez. Si conseguías pasar el muro, no había nada. Vamos, que tu avatar aparecía en una celda de castigo directamente. Lo jodido es que la sensación era tan real que algunos intentaban escapar. Conocí a un tipo que lo había conseguido tres veces. ¿Qué hace falta para que un cabrón como ese se dé cuenta de que no hay salida? Seguramente un cerebro más grande que el que él tenía.

La simulación era tan realista que incluso sentías hambre, dolor, ganas de

cagar... Cien por cien jodido. Gracias, programadores sádicos. Me metieron poco antes de la hora de dormir para armar el menor revuelo posible. Estaba solo en la celda, así que no me costó dormir. Ignoré el desayuno para no tener que tratar con mucha gente y decidí quedarme en mi celda hasta que sonó la llamada de la hora de la comida. Resoplé para coger fuerzas y me dirigí al que fue mi comedor durante tres putos años. Estaba todo tal y como lo recordaba. Las mesas con bancos corridos, las pasarelas de metal con guardas armados y la gente. Una masa hecha a base de lo peor de la sociedad y un poco de inocencia para darle sabor. Sí. Había inocentes allí dentro. Vamos, que todos decían ser inocentes, pero a algunos se les veía a la legua que eran incapaces de sisar las vueltas de la compra. Sin embargo, estaban allí metidos con el resto de chusma. Cuando salían, muchos se ahorcaban. El resto se convertía en aquello por lo que se les había condenado. En la fila había un par de ellos, esperando su turno para comer aquella basura tan bien recreada que tenía el aspecto de comida carcelaria, pero sabía aún peor. Mejor evitarlos. Si te juntas con una presa, los chacales pensarán que tú también lo eres.

—Déjame pasar, hijo —dijo el tipo que estaba detrás de mí.

—Mucha prisa tienes tú por comer esta mierda —contesté girándome. Aquel “hijo” había sonado muy familiar. Muy de Brooklyn.

—Tengo prisa por sentarme, capullo —replicó acercando su cara a la mía y chocando nuestras bandejas vacías—. Mueve tu culo y déjame pasar.

—Puedes apostar tokens por donuts a que no me voy a mover de aquí, joputa —solté en su cara. Si era de Brooklyn, tenía que reconocer la expresión. Pasaron un par de segundos antes de que sus ojos se abriesen como platos.

—¡Joder! —dijo soltando una enorme carcajada—. Hacía años que no oía a nadie decir eso, hijo.

Siguió riendo y noté cómo la fila avanzaba, así que avancé yo también. Cuando pusieron aquel mejunje en mi bandeja, busqué una mesa vacía. No quería

intimar. No merecía la pena si solo iba a pasar semana allí. No podía traerme más que problemas.

—Tú te vienes conmigo —dijo el tipo que iba detrás de mí en la cola—. Los de Brooklyn nos cuidamos unos a otros en el puto Gotham^[1] o en la Luna. Me llamo Roggs.

—Jameson —respondí estrechando su mano—. ¿No hay más gente de casa por aquí?

—Ni uno solo, hijo —contestó dirigiéndose a una mesa y dejándose caer en el banco. No se partió de milagro. Bueno, no se partió porque estaba programado para ser duro, claro—. Hubo un tipo hace algunos años, pero le soltaron. Un puto poli que había dejado a otro paralítico de una paliza o algo así. No llegué a tratar con él. Ya sabes cómo son.

Estaba hablando de mí. Aquella mole calva estaba hablando de la temporada que pasé a la sombra. Yo ni le recordaba. De aquellos años lo tenía todo borroso.

—Me han metido en el chabolo de un tal Krieg que debe estar en aislamiento —solté entre bocado y bocado—. ¿Sabes algo de él?

—Un pardillo muy blandito, sí —contestó Roggs—. Hizo algo informático que mosqueó mucho a la pasma y le han caído sesenta años, o eso me han dicho. Ha comido hostias como panes día sí y día también. Con los pads será muy duro, pero en el talego es comida.

Así es la vida en la cárcel. Comes o te comen. Si te dejas pisar un día, eres comida para el resto de la condena.

—No entiendo por qué le han metido en aislamiento —dije extrañado. Un tipo como aquel no parecía problemático.

—Empezó a devolver los guantazos de un día para otro —contestó aguantando la risa—. Nadie se lo esperaba, joder. Tres tíos acabaron con la cara descojonada, pero él se llevó lo suyo y le metieron en aislamiento. Creo que

sale mañana, así que se te acabó el chabolo para ti solo, Jameson.

Jäger era un pringado y, de repente, Jäger era un macarra. Aquello no cuadraba. La gente no cambiaba de un día para otro. En realidad, la gente no cambiaba jamás. Cuando terminamos de comer, Roggs me acompañó a mi celda y, como estaba solo, se quedó charlando un rato. Los temas, los de siempre: la mierda de comida, la mierda de guardias, la mierda que es que te encarcelen cuando no has hecho nada... Conversación de cárcel en estado puro. Estaba empezando a costarme seguir con el paripé cuando aparecieron cuatro tipos detrás de Roggs, que llevaba media hora en la puerta porque se iba a marchar. Pero no se marchaba nunca.

—Ábrete, tío —dijo uno de ellos—. Queremos hablar con el nuevo.

Roggs se envaró antes de girarse. Roggs se encogió cuando acabó de girarse. Roggs era un puto cobarde. Me echó una mirada de disculpa y salió perdiendo el culo. Aquello no era bueno. No era nada bueno, joder. Uno de los tipos, un bestiajo blanco como la leche, entró en mi celda sin decir ni mu. Le habría pegado decirlo, porque el cabrón estaba fuerte como un toro. Un toro blanco, claro. Me levanté para que no me pillasen en el catre y aquella mole me dio una hostia en el pecho con la mano abierta que me volvió a sentar de culo.

—Siéntate, negrata —dijo con un vozarrón capaz de arrancar la ropa. Fue entonces cuando me fijé en el tatuaje de su pecho. Una puta esvástica. Nunca me habían preocupado los nazis, claro que nunca había sido negro. La madre que parió al que tuvo la idea de meterme en aquel avatar.

—No nos gusta la gente como tú —dijo entonces otro de los tipos que habían venido a darme la bienvenida—. No nos gusta que vengáis a ensuciar nuestra cárcel.

Era una tercera parte del gorila que me había empujado. Pelo rubio, ojos azules y una inconfundible nariz judía. ¿Cuánto subnormal había suelto? El mastodonte se hizo a un lado para dejarle que se acercase a mí.

—¿Esta cárcel es vuestra? —pregunté. Sí. Soy idiota. Soy un idiota incapaz de mantener la boca cerrada.

—Todo lo que ves es nuestro, negro —dijo abriendo los brazos—. Ese catre es nuestro, esa puerta es nuestra. *Tú* eres nuestro.

Esto último lo dijo clavándome el dedo índice en el pecho. Joder. Soy incapaz de aguantarme cuando hacen esas cosas. Le agarré el dedo y lo retorcí hasta que giró noventa grados. El sonido fue perfecto. La simulación era cojonuda. La cara de aquel tipo me dijo que también el dolor estaba recreado tan bien como yo recordaba. Disfruté de mi momento de gloria antes de que empezasen a llover las hostias. Me iban a dar una paliza por ser negro. ¡Joder! Creo que a ningún blanco le había pasado antes.

Hice todo lo que pude. Al gorila le partí los huevos de una patada y una de sus rodillas sonó como una rama rompiéndose cuando se la pateé con toda mi alma, pero eran demasiados y yo lo sabía. Aquella mala bestia soltó un guantazo que me dio en la oreja y me estampé contra el borde de la cama. Sentí cómo se rompía la nariz y el dolor empezó a resultar insoportable. Putos programadores.

—¡Hijos de puta! —grité. En realidad, intenté gritar, porque me salió un gemido de lo más patético. No les insultaba a ellos, sino a Ruzz y al director Van Hort. Estaba seguro de que estaban monitorizando todos mis movimientos, pero no hacían nada. Ni mandar un guardia, ni una alarma ni nada. Estaba solo. Tenía tal mareo que fui presa fácil para los otros dos que venían a ayudar a sus *nazimigos* caídos. Fue entonces cuando me di cuenta de que el dolor que había sentido no era insoportable. Después de machacarme la cara y el estomago a puñetazos, me agarraron cada uno de un brazo para sostenerme en pie. Yo era incapaz de hacerlo. El jefecillo del dedo roto separó mis rodillas y empezó a patearme los huevos una y otra vez. Iba hasta la puerta para coger carrerilla y se lanzaba contra mí con la furia que le daba el dolor de su dedo casi

arrancado. Contra todo pronóstico, no me desmayé. Sentí cada patada como si fuera la primera. Sé que fueron más de once, porque ahí dejé de contar. Cuando el cabrón ya no podía ni con el alma, se sentó en la cama. La mole que hacía las veces de gorila se acercó a mí cojeando y echó un brazo atrás. Lo último que oí fue al pateador de huevos diciendo “¿Es que este negrata no va a morirse nunca?”. El siguiente puñetazo me mató.



¿QUE HACE UN CHICO COMO TÚ EN UNA CÁRCEL COMO ESTA?

Cuando te mueres en la cárcel virtual, tu avatar resucita en la enfermería. También podrían haber hecho que resucitase en mi celda y me habrían jodido vivo. O muerto. O cómo se llame a cuando un avatar recibe tal cantidad de hostias que acaba muriendo. La cosa es que abrí los ojos en el instante siguiente a recibir aquel puñetazo. Estaba amarrado a una camilla, por lo que los movimientos defensivos que intentaba hacer se quedaron en convulsiones. Un médico se acercó a mí con paso tranquilo mirando su pad. Aquello debía ser lo más normal del mundo para él, pero a mí no me había pasado en la puta vida. Por sacar algo bueno de todo aquello, el dolor había desaparecido.

—Muy bien, Jameson —dijo el matasanos—. Tranquilícese, por favor. Su avatar ha sido reiniciado ya que ha muerto usted de... de una paliza. Los culpables ya se encuentran en aislamiento.

Conseguí calmarme lo suficiente como para que el tipo se diese cuenta de que no era un peligro y empezó a soltarme.

—No he visto túnel ni a mi familia esperando ni nada de eso —dije frotándome las muñecas. Debía haberme movido más de lo que yo recordaba, porque me dolían un huevo.

—No ha muerto, Jameson —dijo el médico soltándome los tobillos—. Solo ha sido reiniciado. Cuando se encuentre usted más calmado, podrá volver a su

celda.

—¿Calmado? —pregunté—. ¿Cómo coño voy a estar calmado? Me acaban de matar de una paliza y no ha aparecido ni un puto guardia. Los cojones me voy a calmar.

El médico me miró sin terminar de soltar la última correa. Debía estar planteándose si no era mejor volver a apretarlas, así que cambié de táctica.

—De acuerdo, de acuerdo —solté volviendo a tumbarme—. Deme un minuto. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda hablar con el director Van Hort?

Aquel pobre diablo se quedó pasmado con mi pregunta. Empezó a reírse con tantas ganas que se dobló por la mitad sin acabar de soltarme. Cuando recuperó un poco la compostura, soltó la última cincha y se fue sacudiendo la cabeza y murmurando mientras nuevos ataques de risa amenazaban con tumbarle. Dos guardias vinieron hasta mi camilla y se situaron a ambos lados. No necesité que me mandasen una postal para captar el mensaje: tenía que volver a mi celda. Me dejé guiar mientras me planteaba lo absurdo de tener una enfermería en una cárcel virtual. Podían curarte pulsando un botón, pero preferían que la experiencia fuera lo más real posible. Lo más jodida posible. Si te está doliendo una semana, te crees más fácilmente que estás metido en el talego. Así funcionan las cabezas de los que nunca pisarán uno.

Al llegar a la celda, no había rastro de la pelea. Para eso sí que tocaban el botoncito de los huevos: para no tener que limpiar. Ni una gota de sangre. Acaricié la puerta de acero que permanecía abierta. “No eres real”. Me dirigí al catre y, al tumbarme, le di dos palmadas. “No eres real”. Nada de todo aquello era real, pero los golpes habían dolido como si lo fueran. O acababa pronto con aquello o me iba a volver loco.

No había pasado ni un cuarto de hora cuando Roggs asomó su calva cabeza por mi puerta.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó no demasiado seguro.

—Me han matado, Roggs —contesté sin levantarme del camastro—. Me han matado a golpes y tú no has movido un dedo para ayudarme. Estoy de puta pena, joder.

—Pero ya te han reiniciado —dijo enseñando las palmas—. Deberías estar bien, ¿no?

—Estoy de puta madre, sí —contesté sin ganas de discutir—. Lárgate y déjame quitarme el mareo de encima.

Roggs se largó. Si no te tengo en las malas, no me haces falta en las buenas. Otra de las frases memorables de mi viejo que siempre me acompañaban. En la cárcel es bueno poder juntarte con alguien, pero solo iba a estar allí una semana, así que podía pasar del resto. Ojalá el aislamiento de los nazis durase lo suficiente. Cerré los ojos acariciando la almohada mientras me repetía que no era real. Nada de aquello era real. Sin embargo, me dormí sin creérmelo.

Es una putada que te despierten, pero más putada es que te despierten dando patadas a tu catre. Cuando conseguí abrir los ojos, vi que era Roggs otra vez. Debía haberme cogido miedo y por eso daba patadas desde lejos en lugar de sacudirme un hombro. Puto cobarde.

—Es la hora de la cena, Jameson —dijo cuando vio que había despertado—. Si no estás a tiempo, te quedas sin papeo.

—Gracias —contesté cuando volví a sentirme yo mismo—. Ahora voy.

El cabrón se quedó mirándome un minuto entero hasta que se cansó y se largó. No me apetecía pasar con él más tiempo del necesario. No quería cenar con él. No quería ver su fea cara nunca más si podía evitarlo, pero la iba a ver. Cuando se cansó, me levanté rápido. El hambre virtual es tan jodida como el hambre real. Los golpes en los dedos del pie también duelen como en el mundo real. Había pateado la jodida pata de la cama y volví a caer en ella retorciéndome de dolor y agarrándome el pie. Me levanté y fui al comedor tan

rápido como pude, pero con mucho cuidado. No llevaba ni medio día dentro y era imposible que no me doliese algo. Puta cárcel.

Ignoré a Roggs y me senté en una mesa casi repleta. Estaba esperando que viniese algún gilipollas a decirme que aquel era su sitio. No me importaba morir dos veces el mismo día, pero necesitaba soltar la frustración de alguna manera y los puñetazos siempre han sido la mejor. Levanté la vista de mi comida y se me cayó el puré de la boca. De entre los cientos de presos que había allí, me había ido a sentar delante del único al que conocía bien: el puto Hightower, el abogado de los Jordan. Cuando vio que le estaba mirando, hizo un esfuerzo por sonreír. Los abogados ricos no suelen llevar muy bien el talego. Parecía que Hightower seguía sin hacer muchos amigos. Me concentré en mi bandeja y salí perdiendo el culo del comedor. Iba a ir a mi celda, pero el recuerdo de la que me liaron aquellos nazis me hizo pensar que no era buena idea estar a solas en un sitio aislado. Solo me quedaba el patio. Nos dejaban salir una hora antes de encerrarnos en la celda para pasar la noche.

Aquella zona siempre me había parecido lo más raro de toda la cárcel. La mayoría de los días eran nublados. Podían elegir cualquier clima, podían hacer que siempre hubiese sol, pero te ponían nubarrones encima. Solo por joder, seguro. Putos programadores. Otra cosa inexplicable eran las pesas. Pesas virtuales, claro está. ¿Qué sentido tenía levantar pesas virtuales con un cuerpo virtual? No te ibas a poner más cachas. No ibas a estar más sano ni más fuerte. Tu avatar era el que era y punto, desde que entrabas hasta que salías. Si es que salías, claro. Sin embargo, siempre había un grupo de gente alrededor haciendo ejercicio en una estúpida competición de machos. Cuando un grupo marchaba, otro tomaba su lugar. Aquello te quitaba la fe en el ser humano.

—No entiendo por qué hacen pesas —dijo una voz a mi espalda. Estaba sentado en unas gradas que parecían sacadas de alguna vieja película de

cárceles. Al girarme, vi que Hightower se había sentado detrás de mí y me estaba hablando—. Quiero decir que no son pesas de verdad. No son cuerpos de verdad. ¿Para qué pasarse horas todos los días con ellas? Es de locos. No quería darle cancha a aquel pervertido, pero me había tocado la fibra. ¡Joder! Pensaba como yo.

—Supongo que no tienen cerebro para pensar en otra cosa que hacer —dije volviendo a mirar al frente—. Tan solo hacen lo que han hecho siempre.

—Roger Hightower —soltó el abogado. Vi cómo su mano aparecía al lado de mi hombro. Pensé en ignorarle, pero no estoy educado para rechazar una mano tendida. Se la estreché.

—Jameson —contesté apretando un poco más de lo normal, que ya es bastante. Vi cómo su cara se crispaba y solté—Lamarc Jameson.

Se hizo un silencio incómodo mientras seguíamos mirando a los gallitos levantapesas. Yo no tenía ganas de hablar con Hightower ni con nadie, pero parecía que él sí que lo echaba de menos ya que fue el primero en romperlo.

—¿Por qué estás aquí? —La puta pregunta más típica en una cárcel. Menuda lumbrera.

—Tráfico de Vix —dije inventando sobre la marcha. Ni siquiera se me había ocurrido pensar la respuesta antes, a pesar de que te lo van a preguntar sí o sí en el talego—. Me pillaron pasando unas ampollas y me han caído tres años.

El Vix es la droga de moda en Ilarki. Un par de gotas en cada ojo, te conectas a un mundo virtual creado especialmente para ello y dejas que se te vaya la olla tanto como quieras. La droga te desinhibe por completo, pero te deja paralizado media hora. Por eso hace falta conectarse a realidad virtual o es la puta experiencia más frustrante de tu vida. Sin embargo, en virtual puedes hacer todo lo que te dé la gana y la gente se pone muy bestia con esa droga. Solo por pensar en lo que hacen allí ya deberían pasar unos años a la sombra. Asesinatos, torturas, violaciones y mezclas de todas las anteriores eran lo más

normalito en aquel mundo al que llamaban Vixia.

Me giré para mirarle a los ojos y preguntar yo también. Tenía curiosidad por saber lo que respondería.

—Y tú, ¿por qué estás aquí, Hightower?

Miró al suelo y se dio unos segundos antes de contestar.

—Dicen que viole a una chica mientras su madre la mataba a puñetazos — contestó sin levantar la mirada—. Yo no recuerdo nada de todo eso, pero tenían un montón de pruebas y me metieron aquí. Me han caído ciento cincuenta años.

Solo entonces caí en la cuenta. Hightower no recordaba haberlo hecho porque su recuerdo pasó a mi cabeza por error. Tenía que ser jodido estar encerrado pensando que uno era inocente de verdad. No como todo el resto de la gente en la cárcel. Todos dicen ser inocentes, pero Hightower iba a pasar el resto de su vida cuerda metido allí y no tenía ni puta idea de la razón. Sentí lastima por él.

—Son muchos años por una violación —apunté.

—La chica era menor y de buena familia —dijo levantando la mirada—. Supongo que eso jugó en mi contra.

Once años. Tenía once años, hijo de puta. No era una chica, era una niña y tú la seguiste violando incluso cuando viste que estaba muerta. No intentaste salvarla, solo seguiste embistiendo como el cabrón que eres.

—De todos modos, aquella chica siempre me había dado muestras de que quería algo conmigo —añadió Hightower. Se estaba viniendo arriba ante mi silencio—. No hubiera podido violarla aunque hubiera querido. La muy golfa...

Los últimos retazos del recuerdo seguían en mi mente. La cara de Chrissie, atada de pies y manos, llorando y pidiendo que parase. No pude aguantar más. No quise aguantar más. Me levanté y le di un puñetazo que le tiró de culo entre dos bancadas. Salté sobre él y le seguí dando hostias en la cara justo como

recordaba que había hecho la madre de Chrissie. Solo me detuve cuando sentí la descarga eléctrica en la espalda que me paralizó. Hightower seguía gimiendo con la cara destrozada. Bien. Así no le reiniciarían. Que duela, hijo de puta. Que duela.



ENSEÑAME DE QUÉ ESTAS HECHO

Las descargas no duraron mucho. En cuanto las sentí, recordé la escenita en mi cocina con el dardo paralizante de Kurt clavado en mi culo y me dieron ganas de reír. No luché. No me resistí. Sentí las esposas y una patada en el costado que no venía a cuento. Aguanté. Me sentía tan bien por haber crujido a hostias a Hightower que no iba a dejar que nada me estropease la sensación.

—La has jodido, Jameson —dijo uno de los guardias que me llevaba del brazo—. Vas a pasarte una temporada en aislamiento nada más llegar.

—Así aprenderá pronto que en esta prisión no se puede andar jodiendo al personal —añadió el del otro brazo.

De repente, se quedaron totalmente quietos. Había un guardia viniendo hacia nosotros, pero no era un guardia normal. Era el puñetero Van Hort en persona. ¿Por qué coño se había metido en la simulación?

—Lleven al preso a su celda —ordenó con voz neutra. No debía estar muy acostumbrado a entrar en virtual.

—Pero, señor. —Empezó uno de ellos—. Ha agredido a otro recluso en el patio y la sanción pertinente es...

—Sé perfectamente cuál es la sanción pertinente, Hollast —cortó transmitiendo algo de furia. La suficiente como para no volver a ser interrumpido—. Yo mismo ayudé a redactar las normas, no lo olvide. Lleven al preso a su celda.

No hubo más protestas. Volvimos sobre nuestros pasos y me dirigieron a mi chabolo sin rechistar. Los grilletes desaparecieron y me froté las muñecas

mientras miraba al director a los ojos. Ya contaba con que no podían tenerme aislado mientras el tipo al que había venido a interrogar estaba libre. Sonreí.

—Retírense—ordenó a los guardias sin siquiera mirarlos. No se movieron—. Ahora.

Aquella simple palabra pareció activar algo dentro de ellos. Miedo. Aquello era miedo. Van Hort no me había parecido un tipo temible, pero debía guardar más de lo que yo había visto. Esperó a que estuvieran lejos antes de hablar.

—En un solo día en prisión ha conseguido usted que le maten y le quieran llevar a aislamiento, Damon —enumeró impasible—. Si pretendía usted cagarla, le doy mi más sincera enhorabuena.

—Si sus hombres hubieran sido igual de rápidos cuando me apalizaron por negro —dije marcando mucho la última palabra—, no me habrían matado. ¿De quién cojones fue la idea de meterme en un avatar negro sabiendo que hay nazis aquí?

—La idea fue mía —contestó Van Hort—. Sabemos que Krieg siente especial simpatía por la gente de raza negra. Asumí que le ayudaría en su investigación. Aquel hijo de puta estaba sonriendo.

—Pues, por ahora, a lo único a lo que me ha ayudado es a comer patadas en los huevos, director —añadí poniendo en la última palabra tanto veneno como pude juntar.

Él no contestó. Seguía con la sonrisa en la boca plantado delante de mi celda.

—¿Me está oyendo? —dije poniéndome en pie y acercándome a él. Nada. Ni un pestañeo. Le pasé la mano por delante de la cara y no movió un músculo. Chasqué los dedos, pero tampoco conseguí reacción alguna. Le di una bofetada, pero no reaccionó. Cuando me preparaba para darle un puñetazo con toda mi alma, volvió a la vida.

—Vamos a sacar a Krieg de aislamiento mañana mismo —dijo mirando mi puño con suspicacia—. La señora Reginald considera que será lo mejor y más

rápido. Espere aquí y no se meta en más problemas.

Dicho esto, dio media vuelta y se largó sin más. Aquella ausencia extraña debía haber sido la buena de Ruzz metiéndole una bronca de campeonato. ¡Joder! A aquella mujer era mejor tenerla siempre en el equipo de uno.

Me tumbé en la cama a esperar a mi compañero de celda. No tenía ni puta idea de cómo iba a sacarle la información y ni siquiera había pensado en ello. Con desenvolverme en la cárcel había tenido suficiente. Lo mejor en caso de infiltrarse en una organización era pasar desapercibido y ganarse su confianza poco a poco, con algún acto de lealtad exagerada en alguna ocasión. Sutileza. Esa era la clave. Sutileza. Yo. No me jodas. Recordé las cosas que tuve que hacer en el caso de Christine Jordan para conseguir información y apreté el culo fuerte contra el colchón. Tenía que haber otro modo. Me quedé dormido dándole vueltas al asunto.

Desperté con el sonido de la puerta de mi celda al abrirse. Entonces, apareció un tipo de poco más de metro setenta. Llevaba el uniforme de preso y un bigotillo ridículo. Me miraba como si no entendiese nada.

—Yo no tengo compañero de celda —dijo en voz baja y nerviosa—. ¿Quién eres tú?

—Tu compañero de celda —contesté levantándome antes de acercarme a Krieg. Era clavadito al que había visto fuera, pero con mejor color—. Jameson.

—Yo no tengo compañero de celda —repitió ignorando la mano que le tendía. Me rodeó y se sentó en la cama que yo ocupaba un momento antes. Respiré hondo y me acerqué a él.

—Pues ahora sí que lo tienes —dije con voz profunda—. Soy yo y esa es mi cama.

No lo vi venir. Me soltó un puñetazo en las pelotas y, mientras me doblaba,

embistió contra mí hasta estamparme contra la cama de enfrente. Por suerte, el avatar era tan flojo físicamente como su dueño real. Le agarré de las orejas y tiré con fuerza hasta poder ponerme de pie. El cabrón gritaba como un cerdo en el matadero. Me acerqué a la pared y empecé a estamparle la cara contra ella. Sutileza. Ante todo, sutileza.

—¿Ya estás más tranquilo, Krieg? —pregunté cuando noté que dejaba de resistirse.

—Yo no soy Krieg, idiota —dijo secándose la sangre que le caía de la nariz. Le di otra muestra de sutileza en forma de puñetazo en el estómago.

—¿Ya estás más tranquilo, Krieg? —pregunté de nuevo con el puño levantado.

—Yo no soy Krieg, joder —contestó levantando las manos. Se acercó a la cama de la discordia y estuvo a punto de sentarse, pero se lo pensó mejor y se sentó en la de enfrente.

—Yo me llamo Jameson —repetí—. ¿Cómo te llamas tú?

Me miró largo rato. Estaba evaluándome antes de abrir el pico.

—Desmond Krieg —soltó al fin. No me jodas, capullo. Lo estabas negando un segundo antes.

—Así mejor, Krieg —dije asintiendo—. Vamos a ser compañeros de chabolo. No hemos empezado con buen pie, pero te juro por Dios que puede ir a peor si me tocas las pelotas. No me gustan los problemas, pero los problemas suelen buscarme. Llevo aquí dos días y ya han tenido que reiniciarme, así que vamos a ser amigos y todo irá bien.

Krieg no dijo más. Se tiró en su catre y clavó los ojos en el techo.

—¿Por qué te han encerrado? —pregunté—. No tienes la pinta de la mayoría de la gente que está metida aquí.

—Por nada —contestó sin apartar la mirada del techo.

—Esa es la segunda respuesta más común en el talego —acepté—. Después de “porque me pillaron”, claro.

Krieg se incorporó violentamente y me miró a los ojos.

—Yo no he hecho nada, payaso —repitió clavándome la mirada con furia—.

Yo no soy un recluso. Soy un guardia.

Después de dos segundos de pasmo, me dio la risa.

—No tienes pinta de guardia —contesté. Recordé el insulto que me había soltado—. Payaso.

Se puso en pie de un salto y yo hice lo mismo para dejar mi pecho muy cerca de su cara. Es muy importante que la superioridad física sea evidente para el que no la tiene.

—No tengo pinta de guardia porque el cabrón de Krieg me ha metido en su puto avatar, joder —contestó al verse en inferioridad—. No me preguntes cómo cojones lo ha hecho, pero, cuando iba a desconectarme después de mi jornada, aparecí en su avatar y no puedo salir.

Medí la sinceridad de aquel despojo de un vistazo. Estaba de muy mala hostia. Estaba muerto de miedo. Estaba diciendo la verdad.

—Eso no se puede hacer, Krieg —contesté en voz baja.

—Claro que no se puede hacer, pero ese hijo de puta lo ha hecho —añadió rebajando el tono. Ahora estaba, sencillamente, abatido—. Y no soy Krieg. Mi nombre es Solomon. William Solomon.

Ya he explicado que, a veces, sabes que alguien está diciendo la verdad aunque no puedas explicar cómo lo sabes. Aquel tipo estaba diciéndola. No tenía sentido que se la soltase a un preso. Los presos odian a los guardias. Era un puto suicidio.

—¿Por qué me cuentas esto a mí y no a tus compañeros? —pregunté para sacarme aquella espina—. Si de verdad eres un guardia, cualquier preso querrá joderte vivo.

—¿Quién iba a crearme? —contestó cayendo abatido en su catre—. Los guardias oímos historias de lo más raras de los presos. Iban a pasar de mí. Te

lo cuento a ti porque no quiero quedármelo dentro, joder. No aguanto más. Esto es un puto infierno. Los guardias me hacen la vida imposible. Los presos me hacen la vida imposible. Todo el mundo quiere joderme y me quedan treinta años de condena.

Algo hizo clac en mi cabeza. Solomon. Conocía a aquel guardia.

—¿Eres un tipo como de metro ochenta, con el pelo rubio engominado? — pregunté. Él abrió la boca y los ojos. Parecía un jodido emoticono.

—¿Me conoces? —respondió preguntando a su vez.

—¿Recuerdas a un preso llamado Seb Damon que estuvo aquí hace un tiempo?

—Todos podíamos jugar a contestar con preguntas.

—Ya lo creo —contestó después de un minuto mirándome—. Un tipo duro expulsado de la policía. Le dejé las cosas claras la primera noche que estuvo aquí.

Recordaba aquella noche. Si él también la recordaba, no estaba mintiendo.

—¿Qué le hiciste aquel día? —pregunté escondiendo mis cartas.

—Entré en su celda —contestó después de una larguísima pausa. No parecía tener claro si debía contármelo. Por suerte, decidió hacerlo—. Esperé a que todo estuviera en calma y entré en su celda. Le silencié por software para que nadie le oyese, le paralicé y le expliqué cómo funcionaban las cosas aquí.

Te estás callando algo, cabrón.

—¿Nada más? —pregunté.

—Sí —contestó mientras una sonrisa evocadora se dibujaba en su cara—. Le metí la porra por el culo para que no tuviese dudas de quién manda en esta cárcel.

Me levanté despacio y me acerqué a él.

—Y luego le metiste la porra en la boca, hijo de puta —añadí cuando estaba a su lado.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó mirándome a los ojos pasando a ser un

emoticono otra vez.

—Yo soy el puto Seb Damon.

No había podido soltar siquiera una docena de puñetazos cuando sentí que me desconectaban. Siempre se me quedan las palizas a medias, qué le vamos a hacer. Al menos, me llevé de recuerdo la cara de sorpresa de aquel hijo de la grandísima puta intentando entender cómo era que me había vuelto negro y le estaba devolviendo el recibimiento que me dio aquella noche. Lo siguiente que vi fue la cara desquiciada del director Van Hort y, detrás de él, una Rose Mary Reginald muerta de risa.



EL HOMBRE QUE NO PUEDE SER MOVIDO

—¡Pero qué cojones te pasa, Damon! —Aquello fue lo primero que oí cuando empecé a habituarme a estar fuera de la realidad virtual. El director estaba tan rojo que parecía que iba a estallar. La blanca cara de White apareció en mi campo de visión y sentí una ligera presión en el pecho. Era su mano.

—Estás fuera, Seb —dijo con tono calmado—. Estás fuera, pero, si le das también al director, te van a meter dentro. Cálmate.

Aquel cabrón era bueno. O eso, o conocía a la gente mejor de lo que yo pensaba. En aquel momento me apetecía dejar seco a Van Hort a golpes. Cuando estás en una pelea en virtual, tu cuerpo reacciona como si fuera el mundo real. Tenía la adrenalina por las nubes y el cuerpo me pedía seguir con lo que había empezado. Sudaba a mares. Empecé a respirar despacio y cerré los ojos. El peso de la mano de White en mi pecho ayudaba mucho en el proceso.

—Está bien, Alex —dije cuando volví a abrir los ojos—. Seré un chico bueno.

—Es Alexander —contestó él retirándose—. Y no creo que seas un chico bueno jamás, pero me fio.

Respiré hondo una última vez y me senté en el sillón de realidad virtual. Diez segundos sentado. Poner los pies en el suelo. Otros diez segundos. Ponerse en

pie. Diez segundos más. Si no ibas con ojo, te podías dar una hostia elegante del mareo.

—¡Eres un maldito psicópata, Damon! —gritó Van Hort acercándose a mí. Me giré para encararle mientras mis manos seguían temblando por el subidón de adrenalina.

—Oh, cállate de una vez, Van Hort —intercedió la alcaldesa poniendo su menudo cuerpo entre nosotros. Me miró a los ojos—. ¿Estás bien, Seb?

Conté hasta diez antes de apartar la mirada de aquel chulo de mierda y posarla en ella. Me dolía la punta de la lengua de mordémela.

—Estoy bien, señora Reginald —dije al fin—. Creo que sé lo que ha pasado aquí.

—Lo hemos oído, Seb —terció ella—. Vamos al despacho del director para ver qué hacemos ahora.

Empezó a andar con paso firme y rápido sin siquiera esperarnos. Aquella mujer desprendía autoridad con cada zancada. Volví a alegrarme de tenerla de mi lado. Tras un par de minutos, ella se quedó plantada delante de una puerta y miró a Van Hort, que venía unos metros por detrás con cara de pocos amigos. De ningún amigo, en realidad. No se dijeron nada. El director abrió la puerta con su palma derecha y la alcaldesa entró. La seguí de inmediato viendo cómo White se quedaba custodiando al director para, supongo, evitar nuevos problemas. Rose Mary me miró, me señaló la silla del director con el brazo extendido y me guiñó un ojo. ¡Qué hija de puta más cruel! Sonreí mientras me sentaba presidiendo la mesa. Ella tomó asiento frente a mí y White empujó la espalda de Van Hort para hacer que se sentase al lado de la alcaldesa. La escena era surrealista.

—Por lo que he sabido, tienen ustedes encerrado a un guardia de seguridad llamado William Solomon en vez de a Krieg —dije tras arrellanarme en el sillón—. De alguna manera, el puto Jäger ha conseguido cambiar su cuerpo

con el de Solomon y ahora están vinculados cada uno al cuerpo del otro.

—Eso no es posible —interrumpió Van Hort entre dientes—. No conoce usted cómo funciona esta tecnología.

—Es posible porque ha pasado —dije mirándole fijamente—. El preso sabía cosas que solo conoce Solomon.

—¡Eso es imposible! —El director apretaba los brazos de la silla con fuerza.

—Como bien dice Damon, es posible porque ha pasado —volvió a interceder la señora Reginald—. Recuérdeme que tengamos una charla después sobre el comportamiento de sus guardias y las sanciones que, evidentemente, no se están aplicando. Sigue, Seb.

Era curioso que Ruzz me llamase Damon o señor Damon cuando hablaba de mí y Seb cuando me hablaba directamente. Supongo que era uno de sus juegos mentales.

—El tipo que está en el avatar de Krieg es un guardia —continué—. Eso debe significar que Krieg está en la cabeza de Solomon. Supongo que fue él quien entró en la consigna de pruebas, robó el token y salió tan tranquilamente de aquí. Nadie sospecha de un guardia que abandona la cárcel después de su jornada laboral. Ese cabrón es muy listo.

—¿Tienen localizado a Solomon? —preguntó la alcaldesa. Van Hort trasteó con su pad un par de minutos mientras su gesto prepotente se iba viniendo abajo.

—Solomon trabajó el día de la fuga —explicó al fin—. Luego fue a la enfermería porque no se encontraba bien. Mareos, desorientación, taquicardia... Le dieron una semana de permiso y no ha vuelto por aquí.

—Ahí lo tiene —dije con una sonrisa. Me recosté en la silla y puse las botas encima del escritorio del director—. Caso resuelto. Solo tienen que encontrar a Solomon y tendrán a Krieg.

—Pero eso no es posible —susurró Van Hort mirando su pad como si fuera la

primera vez que lo viese.

—Si le escucho decir eso una vez más, yo misma me ocuparé de que le encierren de por vida, director —dijo la alcaldesa—. ¿Qué deberíamos hacer ahora, Seb?

—Ha pasado demasiado tiempo —contesté—. Puede estar en cualquier sitio. Yo buscaría en casa de Solomon. Si necesita algo, lo habrá cogido de allí. Si pudieran hacer seguimiento a través de cámaras, sería perfecto. Llevará tiempo, pero se pueden seguir sus movimientos desde que salió de aquí.

La alcaldesa miró a White. Este asintió con un movimiento de cabeza tan leve que casi ni se notó. La señora Reginald no tomaba notas: lo apuntaba en su ayudante personal. Vaya dos.

—Ahora mismo le comunicaré a la policía que siga esos pasos —dijo la alcaldesa poniéndose en pie—. Aquí hemos terminado. Te llevamos a casa, Seb. No se levante, Van Hort. Conocemos el camino.

Me levanté de inmediato para seguirles. Con ella presente, el director era un perrillo sumiso. Sin ella, me jodería todo lo que pudiese. De camino a la salida, Rose Mary volvió a hablarme sin mirarme siquiera.

—Lamento mucho que hayas tenido que pasar por esto —dijo—. Lamento mucho que tuvieses que pasar por aquello. Personas como Solomon o Van Hort no saben manejar el poco poder que se les da.

—No se preocupe por eso, señora Reginald —apunté con calma—. Ya me he desquitado un poco y, de paso, he saldado una cuenta pendiente con Hightower.

Esperaba una bronca. Esperaba desaprobación. Esperaba, incluso, un silencio cómplice. Lo que no esperaba era la tremenda carcajada que salió de ellos dos al unísono. Me tenían muy descolocado.

—Por lo que a mí respecta, deberían haberte dejado seguir —dijo la alcaldesa—. Hightower merece mucho más que ciento cincuenta años de cárcel.

Dicho aquello, me palmeó la espalda. Cuanto más conocía a la mujer que dirigía mi ciudad, más a gusto me sentía viviendo en ella. El caso de Christine Jordan había dejado a todo el mundo muy tocado. Una niña pequeña violada por un hombre como Hightower y machacada a puñetazos hasta la muerte por su propia madrastra dejaba mal cuerpo a cualquiera.

—Entonces, ¿he acabado ya? —pregunté planteándome cómo sacar el siempre incomodo tema del dinero.

—Ojalá, Seb —contestó ella entrando en el transporte—. Algo me dice que no va a ser tan fácil, pero ojalá. Nunca es tan fácil. Nos pondremos en contacto contigo cuando se sepa algo más.

Y así marchamos de aquella parte de la ciudad que casi nadie conocía y yo preferiría no haber conocido nunca. Rose Mary marchó en un maglev con su ayudante y a mí me metieron en otro que me llevó a casa. Habían pasado solo tres horas para el resto del mundo, pero yo llevaba dos días sin ver a mi chica. Me apetecía darle un buen beso y, si no pasaba nada más, poder terminar lo que habíamos dejado a medias varias veces.

Abrí la puerta de mi piso y entré en la cocina. Los ojos se me abrieron como platos. Delante de mí había una mujer oriental en bragas. No pasaría del metro cincuenta y tenía el pelo negro como los cojones de un grillo. Se quedó pasmada mirándome con la boca muy abierta y, de inmediato, se tapó los pechos con un brazo mientras con la otra mano se tapaba la entrepierna.

¡Joder! Me tenía que haber equivocado de piso. Miré las sillas nuevas que habíamos comprado. Eran las mías. Miré el resto de la cocina. Era la mía. ¿Qué coño estaba pasando? Yo no podía abrir un piso que no fuera el mío. Entonces Lucy apareció por el pasillo como una bala peluda y saltó sobre mí. Era mi casa. Era mi perra.

—Bi... ¿Bianca? —pregunté a la chica sin conseguir entender nada.



COMO EL PERRO Y EL PERRO

La chica oriental se quedó pasmada unos segundos mientras Lucy intentaba lamerme la cara. Entonces empezó a reírse y se llevó las manos a la boca para intentar detener las carcajadas. Era como si, de golpe, hubiera perdido toda la vergüenza que parecía tener unos segundos antes.

—Bianca está en la ducha —dijo cuando consiguió controlarse a la vez que me tendía la mano—. Yo soy Yuk Chu, una amiga.

Que me aspen si no me quedé mirándole la mano, las tetas, la cara, las tetas de nuevo... ¿Cómo podía haber pensado que aquella mujer podía ser Bianca? Tenía el pelo negro y liso, la piel ligeramente amarilla, los ojos rasgados, no mediría más de metro cincuenta y estaba muy delgada. No se parecía en nada a mi chica.

»Tú debes ser Seb. —Siguió con una sonrisa divertida en la cara. Como no me movía, se acercó, se puso de puntillas y, pegando su cuerpo al mío, me dio dos besos en la comisura de los labios. Supuse que por equivocación.

—Sí, soy Seb —dije acariciando a la perra inconscientemente cuando ella se separó—. Perdona, es que he tenido un día muy raro.

—Oye, Yuk —dijo Bianca apareciendo en la cocina con tan solo una toalla enana cubriéndola—, deja de comerte a mi marido con los ojos.

Siguió avanzando, se acercó a mí e hizo algo que me dejó aún más descolocado: me besó en la boca cogiéndome el mentón. ¿Estaba marcando territorio? Mi día era cada vez más extraño.

—Si ya has acabado en la ducha, voy yo —dijo la oriental saliendo de la cocina. Sus caderas se bamboleaban más de lo normal para ir descalza—. Me muero de ganas de quitarme este olor de encima.

—Deja de mirar ese culo, Sebastian Arnold Damon —dijo mi mujer muy seria. Puso los brazos en jarras para mostrar su enfado y la toalla cayó al suelo. Hizo ademán de taparse, pero se lo pensó mejor, se agachó a recogerla y la llevó a la lavadora contoneándose como solo una *stripper* profesional puede hacerlo. El culo de Yuk Chu había quedado olvidado como por arte de magia.

—¿Quién es esa chica? —pregunté sin despegar los ojos del cuerpo desnudo de Bianca.

—Trabaja en el Colors —contestó ella doblándose de espaldas a mí. Tenía claro cómo hacerme perder la cabeza—. Estaba en la calle, así que se me ocurrió ofrecerle nuestra casa hasta que encuentre algo. Las primeras semanas son muy duras, Seb. Ya lo sabes.

Se había ido acercando hasta pegar su cuerpo al mío y me miraba con cara suplicante, pero sin dejarme olvidar que estaba totalmente desnuda. El brillo pícaro en sus ojos la delataba.

—Sé que es duro, Bianca —contesté cuando deshice el nudo de mi garganta—, pero no podemos jugárnosla. Si nos pillan, estaremos jodidos los tres.

—Solo serán unos días, cariño —añadió ella acariciándome el mentón—. Te lo prometo.

No aguanté más. La cogí de las nalgas y la icé. Ella me rodeó con las piernas mientras daba un gritito de sorpresa, pero enseguida pasó sus brazos alrededor de mi cuello y pegó su nariz a la mía.

—De acuerdo. Puede quedarse —concedí con un gruñido—. Pero vas a tener que compensarme por esto.

—Oh, cielo —susurró Bianca restregándose contra mí—. Por supuesto que te

lo voy a compensar.

No pude añadir más porque empezó a besarme muy despacio. ¡Joder! Aquella mujer me volvía completamente loco y lo sabía. Era capaz de jugármela y que Yuk nos pillase en pleno polvo en la cocina. Me acerqué a la mesa, deposité a Bianca y, cuando ella se echó hacia atrás, tumbándose con una sonrisa en los labios, mi pad empezó a sonar.

—No pienso cogerlo, Bianca —dije bajando la cabeza entre sus muslos—. Esta vez, no.

—¡Bianca! ¿Dónde están las toallas?

La voz de Yuk Chu nos llegó clara desde la habitación de mi chica. Levanté un poco la cara para mirarla directamente a los ojos y vi que se empezaba a reír.

—Esta vez, también, Seb —dijo intentando levantarse. Agarré fuerte sus caderas y ella empezó a tirarme de las orejas entre carcajadas. Tuve que soltar mi presa—. ¡Ya voy, Yuk!

Mientras veía a aquella pedazo de mujer alejarse por el pasillo, volví a oír el pad sonando. Era Héctor. ¡Joder! Ni me acordaba de él. Me dio un informe completo del día. Impresionante. Aquel cabrón hacía mi trabajo mejor que yo. Había hecho los seguimientos asignados, había sacado fotos, había conseguido un cliente nuevo y, para colmo, lo había escrito todo en un informe que me mandaba adjunto a la llamada. Me sentí un adorno. Me despedí sin darle las gracias ni decirle que había hecho un buen trabajo. Mejor que pensase que aquello era lo normal o me pediría un aumento antes de cumplir la primera semana en el puesto. Aproveché para poner un anuncio pidiendo una secretaria. No podía tener a Héctor currando y atendiendo a los clientes.

Fui a mi propia habitación a darme una ducha para quitarme la mugre virtual de la cárcel. No la veía, no la olía, pero la sentía. El talego siempre te hace sentir sucio. Cuando salí, Bianca me explicó que habían llamado de la oficina del alcalde para decir que no iría a dormir. Por eso no me había consultado lo

de Yuk Chu. Me suponía trabajando e incomunicado por lo que le habían contado. Cuando le dije en qué había consistido mi trabajo, puso cara de pena y me abrazó. Aquello era raro. La gente no solía abrazarme, pero era una sensación a la que podría acostumbrarme. El hechizo duró poco.

—Hay que sacar a la perra —dijo sin soltar el abrazo—. Lleva todo el día sin hacer sus cosas en casa. No queremos estropearlo, ¿verdad?

—Te acabo de contar que he estado en la cárcel y me han matado a hostias, joder —solté a su coronilla.

—Pero no ha sido real, Seb —repuso Bianca separándose de mí—. Ya está todo bien y tienes una perra que cuidar.

Me tendió la correa que le había comprado en la que se podía leer “pequeña princesa peluda” en letras blancas sobre fondo rosa. Aquello no era una correa digna. No debería permitir que me obligase a sacar a la perra y menos con una correa tan cursi. La cogí y Lucy acudió al instante mirándome con cara de adoración y moviendo la cola.

—Tengo una perra que cuidar, sí —dije atándola—. Y también tengo a Lucy.

La cara de Bianca me hizo saber que debía irme a toda hostia. Yuk asomó por la puerta del pasillo su pequeña cabeza.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó con cara de niña buena. ¿Acaso todas las mujeres usaban el mismo truco conmigo?

—Claro —contesté de inmediato—. Vamos, chicas.

No me apetecía una mierda pasar tiempo con la amiguita de Bianca. Sin embargo, ella parecía encantada. Insistió en llevar a Lucy a pesar de que la perra pesaba, seguramente, más que ella. Sabiendo el gusto que tenía por tirar como si estuviera amarrada a un trineo, me preparé para lo peor. Por supuesto, mi perra me dejó en ridículo y caminó al paso, perfectamente pegada a la rodilla de Yuk. Jodidas hembras y su costumbre de dejarme en feo...

Llegamos al parque donde llevábamos a Lucy mientras intentábamos

convencerla de que si hacía sus cosas de perro en verde, había fiesta. No como en casa, que había bronca. La lección estaba cuajando muy despacio, pero no podíamos dejar de intentarlo. Nos sentamos en un banco a verla retozar en la hierba y le estuvimos lanzando la pelota (rosa) cada vez que nos la traía. Yuk aprovechó para contarme toda su vida, aunque malditas las ganas que tenía de escucharla. Su familia fue una de las elegidas para colonizar Yueliang, la ciudad china de la Luna, casi tan grande como Ilarki. Según Yuk Chu, la vida allí era aburridísima. Todo estaba enfocado a mejorar la ciudad. No había un solo bar donde relajarse, conocer gente... Por si esto fuera poco, la jornada laboral era brutal. Según me contó, se sentía una esclava, por lo que decidió largarse y probar suerte en la maravillosa ciudad de la que tanto le habían hablado. Venía esperando un paraíso y se encontró condenada a vivir en Check, durmiendo en la calle y bailando desnuda en el Colors. La fuga había sido todo un espectáculo. Se había colado en el tren que unía las dos ciudades después de robar un traje que la aislase de la falta de atmósfera y proporcionase oxígeno. Se metió entre los bidones de leche y nadie se enteró. Menuda seguridad teníamos, joder.

—Se están intentando follar a tu perra —me dijo de pronto. Yo estaba pensando en la fuga y ni me había enterado.

Miré a Lucy y la vi muy quieta. Detrás de ella, un beagle que no tendría ni la mitad de su tamaño pegaba saltos intentando montarla. Lucy me miró, miró al beagle y me volvió a mirar. Asentí con la cabeza como si pudiese entenderlo. Lo entendió. Giró tan rápido que el beagle ni lo vio venir y le soltó un bocado en el cuello. El pobre perro gimió y retrocedió. Se tumbó boca arriba y siguió gimiendo. No había sangre. Era un teatrero. Lucy recogió su pelota y vino hacia nosotros.

—Buena chica —dije con orgullo mientras cogía la pelota con una mano y acariciaba su peluda cabeza con la otra—. Que se entere ese chucho de cómo

nos las gastamos en Brooks.

No se había enterado. Vino correteando y se puso detrás de Lucy. Ella estaba fija en mi mano por lo que no se dio cuenta hasta que el chucho subió dos patas a sus cuartos traseros y empezó a dar saltos de nuevo con cara de ilusión.

—¡Gaspode, no! —gritó un hombre que venía a la carrera—. ¡Gaaaspodeee!
Aquello fue la señal para que mi chica dejase la pelota por imposible, se girase y, de un solo movimiento, dejase al pobre beagle tumbado boca arriba con la mandíbula de Lucy rodeándole el cuello. Gimió y lloró, pero no movió un solo músculo de su pervertido cuerpo. Lucy soltó la presa y empezó a lamerle la cara como si fueran los mejores amigos. El hombre llegó por fin hasta su perro y le puso la correa mientras Lucy seguía lamiéndole. Qué cabrona. Le rechazaba a hostias, pero le daba besos. Típico.

—Disculpe, por favor —dijo el hombre cuando tuvo a su perro bajo control—. No sé qué le pasa. Está castrado, pero tiene unos instintos muy fuertes.

—No se preocupe —contesté restándole importancia—. Entiendo muy bien a su chico. Lucy es un bellezón.

En aquel momento, otro perro hizo acto de presencia. No debía pesar más de cuatro kilos. Tenía el pelo marrón con la panza y la cola de color canela, las orejas con mechones negros y cara de muy mala baba. Se acercó trotando a Lucy, la oliscó y se puso a ladrar a Gaspode.

—Hola, Dori —dijo el hombre—. Tan simpática como siempre, ¿eh?

La aludida dejó de martirizar al pobre Gaspode y se sentó muy formal delante del dueño. Este sacó una chuchería del bolsillo y se la dio. La tragó de un solo bocado y volvió a ladrar y gruñir al beagle, que solo tenía ojos y hocico para Lucy. Demasiados nombres, joder. Ser perripadre era más complicado de lo que parecía.

—¿Conoce a esa perra? —pregunté. La había visto varias veces por allí, pero

siempre sola.

—Es Dori, una perra abandonada —contestó el hombre mirándola con una sonrisa—. Vive en Check. Allí le dan de comer y la cuidan como si fuera una especie de mascota de todo el barrio, pero le gusta venir a este parque. Supongo que estará esperando a sus dueños.

Se hizo un incómodo silencio. Ese silencio que se produce cuando dos personas que adoran a los perros escuchan una historia así. Saqué una de las chuches de Lucy y se la di a Dori. Eso hizo que tuviese que sacar dos más para satisfacer al resto del grupo perruno que se había sentado con corrección germánica delante de mí. Yuk escondió una carcajada ante mi resoplido.

—Me llamo Rimhas —dijo el hombre tendiéndome la mano—. Vengo todos los días a este parque.

—Seb —contesté poniéndome en pie y estrechándole la mano—. Y esta es Yuk una... una amiga del barrio.

—No suele haber muchos perros en Brooks —dijo Rimhas una vez cumplidas las formalidades. Aquello era obvio. No estábamos en un barrio rico y el permiso para poder tener una mascota tenía un precio prohibitivo—. ¿A qué se dedica?

—Soy investigador privado —contesté irguiéndome.

—¡No! —exclamó Rimhas—. ¿Seb Damon, el hombre que destapó lo de los Jordan?

Ahí estaba otra vez. No puedo decir que me incomodase, pero me costaba acostumbrarme.

—Ese mismo —contesté secamente—. Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Soy ingeniero del centro de rotación —explicó muy orgulloso de sí mismo.

Al ingeniero le estaban meando un zapato. Como era su propio perro, no creí necesario advertirle.

—Un placer haberte conocido, Rimhas —dije haciéndole una seña a Yuk—.

Espero que nos veamos de nuevo por aquí.

—Espera —dijo acercando su pulsera a la mía—. Ahora ya tienes mi número. Podríamos quedar para que los chicos se vean y jueguen juntos. Es muy triste verles jugar solos.

Miré a Lucy pidiendo su aprobación. Ella me miró moviendo el rabo. Era una perra, joder. No entendía una mierda de lo que estábamos hablando.

—Claro —mentí—. Nos mantenemos en contacto.

Nos largamos de allí mientras Rimhas intentaba retener a su perro, que estaba loco por seguir a Lucy. No nos habíamos alejado más de cien metros cuando se dio cuenta de que su zapato estaba mojado.



PUEDES CORRER Y PUEDES ESCONDERTTE

El camino de regreso fue más rápido. Yo llevaba a Lucy y eso implicaba que la perra tiraba tanto como daban sus fuertes patas. Cuando Yuk se ofreció a llevarla, saqué de mi arsenal de gilipolleces de macho el arma más poderosa. Le dije que yo podía. Los cojones podía. Con el brazo a medio descoyuntar, llegamos a nuestro bloque y la perra, al sentir la cercanía de su objetivo, redobló los esfuerzos por sacarme el brazo de sitio. Sin embargo, la detuve cuando vi el coche patrulla aparcado frente a mi portal. Apoyado en la puerta como si pudiese estar allí todo el día estaba el bueno de Kurt.

—Cada vez que vengo a buscarte, no estás en casa —dijo mientras se comía a Yuk con los ojos.

—Me ha tocado sacar a la perra —repliqué con cara de cansancio—. Está visto que no es suficiente con trabajar, seleccionar personal y pasar un par de días entre rejas. También hay que sacar al perro.

—Y da gracias a que la basura se tira en casa, chico —contestó Kurt restregando el cuello de Lucy. Aquella perra elegía a cualquiera antes que a mí—. ¿Podemos hablar un momento en privado?

Le tendí la correa a Yuk y mi niña peluda se pegó a su rodilla inmediatamente. La humana se despidió con una sonrisa inocente y se alejó con aquel movimiento de caderas que hace que los hombres den pequeños cabezazos

mientras sonrías.

—¿También te has casado con esta o está libre? —preguntó Kurt. No preguntó quién era, si tenía permiso de habitabilidad ni nada por el estilo. Así era mi colega.

—Es una amiga de Bianca —contesté arrancando la mirada de la china para centrarla en Kurt—. Te la puedes quedar enterita. Para ser tan delgaducha, tiene buenas tetas, pero poca carne donde agarrar.

—Te tomo la palabra, tío —apuntó devolviendo su atención a mí cuando Yuk desapareció en el portal—. ¿Qué es eso de que has pasado dos días en la cárcel?

—He entrado por voluntad propia —contesté restándole importancia—. Un trabajito para la comunidad.

—Precisamente me mandan de la oficina del alcalde —dijo cruzando los brazos frente al pecho—. No he entendido una mierda del mensaje y no sé por qué no te han llamado directamente a ti. Si no podemos fiarnos de los pads, el mundo se ha ido a la mierda.

—El trabajito era para la oficina del alcalde, sí —dije sin querer dar mucha más información—. ¿Vas a soltarlo o me vas a tener plantado aquí todo el día?

—Han ido a casa de William Solomon como pediste —contestó Kurt muy serio—. Había estado allí. Su mujer estaba muerta en un charco de sangre. Las grabaciones privadas están aquí. No he querido ni mirarlo. La destriparon desde la vagina hasta la barbilla. Una salvajada. No se han llevado nada de valor que se pueda ver.

Me tendió el pad para que viera las fotos. Aquello era una carnicería. Kurt me lo enseñaba porque, entre polis, no somos de mucho describir. Mejor las fotos de la escena del crimen y ya ves tú lo que es una salvajada. El cadáver estaba tirado en el suelo y rajado de arriba abajo. Se veían pisadas en la sangre.

—Han encontrado semen en el ano de la víctima —apostilló.

—Joder... —Fue lo único que me salió—. Se la tiró y luego la mató. Qué hijo de la grandísima puta.

Reproduje el vídeo. No debí hacerlo. Se veía a una mujer que acudía a la puerta a saludar a su marido. Este se quedaba muy tieso. Ella le besaba en la boca y él la giraba para estamparla contra la pared. Quedó una mancha donde se rompió la nariz. A pesar de que ella intentó volver a darse la vuelta, él la sujetó del cuello con una mano mientras con la otra le bajaba el pantalón de yoga que llevaba puesto. Ella empezó a gritar y apagué el sonido. No era adecuado para la calle. No era adecuado para ningún puto sitio. Solomon, o quien estuviese dentro de él, tenía la polla dura como un poste. La penetró con rabia y por el ángulo supe cómo había llegado aquel semen al ano de la mujer. Ella empezó a dejar de resistirse, pero su cara estaba girada hacia la cámara y veía sus labios temblar y sus ojos llorar a mares. Solomon acercó la cara a la de ella y la lamió mientras embestía más fuerte. Aquello tenía que estar doliendo un huevo. En un momento la mujer habló y él, que la tenía sujeta por el cuello todavía, dio un tirón para volver a golpear su cara contra la pared. Más lágrimas y más embestidas. Aquellas cámaras tenían demasiada resolución para mi gusto.

El hijo de la gran puta terminó con unas sacudidas más espaciadas. La sacó de dentro de la mujer de Solomon y usó la camiseta de ella para limpiarse la polla. La víctima cayó al suelo desmadejada cuando dejó de sentir el agarre. En la siguiente secuencia se veía al agresor ir a la cocina y coger un cuchillo. Volvía a la entrada y agarraba a la mujer del pelo. Ella volvía a gritar y llorar. La arrastraba hasta el dormitorio, la tiraba en la cama y agarraba su cuello con la mano izquierda. Ella empezaba a forcejear y él usaba su peso para inmovilizarla. Cuando la mujer se empezó a quedar sin aire, él aflojó la presa. Hundió el cuchillo en el bajo vientre de la mujer y fue tirando hacia arriba. Se atascaba muy a menudo y usaba las dos manos para seguir abriéndola en canal.

Ella, por suerte, había perdido el conocimiento o había muerto, porque no se resistía. Cuando llegó al esternón sacó el cuchillo para apuñalarla hasta que rompió el hueso. Al terminar en el cuello, tiró el cuchillo al suelo y empezó a llenar una bolsa de deporte con ropa. Se puso una sudadera negra con capucha y se la echó por la cara. Se acercó a la muerta, la cogió por la barbilla y escupió en su cara. La puta que lo parió. Estaba de atar.

Le devolví el pad a Kurt con el estomago revuelto.

—Los seguimientos de cámaras de la calle están en curso —dijo para sacarme del pasmo—. Mañana a las ocho de la mañana quieren verte en el ayuntamiento para evaluar el siguiente paso a dar.

—Supongo que... —empecé.

—¡No! —cortó Kurt—. No quiero saber nada de este caso. Apesta. Apesta tanto como el de los Jordan y casi nos cuesta el culo. Si no hace falta, prefiero no saberlo.

—Claro, tío. —Le palmeo el hombro con una sonrisa torcida. No hacía falta meter a Kurt en otro marrón después de lo que había hecho por mí—. Nos vemos.

Subí a casa con aquellas imágenes dándome vueltas en la cabeza. Había que ser un jodido sádico para destripar a alguien así. No me encajaba con lo que había leído de Jäger. Él era más de matar miles de personas sin tocarlas, no de destripar a alguien con sus propias manos. Había sido un día jodidamente largo, pero se me había pasado el hambre. Se me había pasado hasta que abrí la puerta de casa. Alguien estaba cocinando por primera vez en meses y olía delicioso.

—¿Qué coño es eso que huele tan bien? —pregunté con los ojos y las fosas nasales abiertas como platos. Ni saludar siquiera.

—Sugerí a Yuk pedir comida china para cenar—dijo Bianca sentada en la cocina mientras observaba a su invitada trastear en los fuegos—. No caí en la

metedura de pata hasta que dijo que ella se encargaría de que probásemos comida china de verdad.

—Eso que coméis aquí no es chino —apostilló Yuk sin girarse—. Ni siquiera creo que sea comida. Hemos comprado los ingredientes y hoy vais a saber lo que comemos en mi país.

Vaya si lo supimos. No recuerdo el nombre de ningún plato. Ni rollitos de primavera, ni arroz tres delicias ni hostias. Aquello era el puto paraíso en cuenco. Se me quitaron de golpe todos los males y disfruté hasta el último bocado.

—¿Cómo vamos a organizar las camas? —pregunté cuando no quedó un grano de arroz en la mesa ni uno de energía en mi cuerpo—. ¿Quién duerme con quién?

—Las chicas con las chicas —respondió Bianca inmediatamente—. Tú, solito en tu cama.

Había tenido la esperanza de que propusiese que ella y yo durmiéramos juntos. Idiota. Para algunas cosas, Bianca parecía muy chapada a la antigua. Podía echar un polvo mientras Yuk estaba en la ducha, pero no iba a permitir que pensase que estábamos echándolo. Una estupidez. Una que me iba a dejar otra noche en blanco.

—Pues voy a ello, chicas —dije dejando notar mi decepción—. No hagáis muchas cochinas esta noche y, si las hacéis, no hagáis ruido, que dais envidia.

Ya estaba en el pasillo cuando la voz de Yuk llegó a mis oídos.

—Estaremos tan calladitas como podamos —dijo con un tono que pondría erecta a una estatua. Aguantaron dos segundos enteros sin romper a reír.

Antes de dormir, eché un vistazo a las personas que habían aceptado la oferta de secretaria y las fui citando para la mañana siguiente. Por suerte, era la última vez que tendría que hacer algo así si contrataba a alguien para el

puesto.

Estaba dormido como un tronco. El cansancio estaba pasando factura y era más alta de lo que podía pagar con una sola noche de sueño. Sin embargo, hay cosas que hacen que un hombre se despierte. Una de ellas es sentir a una mujer detrás de ti, totalmente desnuda y pegando su cuerpo al tuyo. Si su mano está masturbándote mientras te da besos en los hombros, entonces te espabilas de golpe. Parecía que, por fin, Bianca se había apiadado de mí y me iba a dar un respiro antes de que me explotasen los huevos. Me dejé hacer con gusto sin llegar a despertarme del todo y su ritmo fue aumentando mientras los besos en los hombros pasaban a ser mordiscos cada vez más fuertes. Cuando iba a estallar, me mordió fuerte en el cuello, pegó su cuerpo con fuerza contra el mío y aceleró el ritmo. Fue reduciéndolo mientras mi larguísimo orgasmo se iba apagando poco a poco. Estar tanto tiempo en blanco tiene sus ventajas. Pocas, pero los enormes orgasmos son una de ellas. Cuando terminé, se levantó y salió de la habitación sin hacer ruido. Ni un beso, ni una palabra, ni una caricia... Ni siquiera encendió la luz. Ojalá se hubiera quedado para que pudiese compensarla por el enorme favor que acababa de hacerme. O para cambiar las sábanas, ya puestos.



LA CABRA TIRA AL MONTE

51:37:22

Me levanté temprano para la reunión con la alcaldesa. Aún así, fui el último en salir de la cama. Vi a Yuk tirada en el sofá conectada al cable de realidad virtual. Me pareció extraño, pero lo dejé estar. Cuando llegué a la cocina, vino la segunda sorpresa. Bianca estaba haciendo café. Había salido rápido de su horario de stripper, eso de acostarse a las cinco y levantarse para comer. Me acerqué por detrás y puse las manos en su cintura apretándome contra ella. No podía olvidar el regalo nocturno. Había estado genial, pero mi cuerpo pedía más. Mucho más. Se tensó del susto y luego rompió a reír mientras seguía con el café.

—¡Qué madrugador! —dijo sacando la capsula—. ¿Te hago uno?

—Hazme lo que quieras y cuando quieras, guapa —contesté hundiendo la cabeza entre su pelo para que mi aliento calentase su cuello—. Y café también, si puede ser.

—Qué contento te has levantado hoy —dijo girándose un poco para mirarme. Me encantaba verla sonreír de verdad.

—Gracias al regalito de anoche —expliqué arqueando las cejas un par de veces.

—¿Qué regalito? —preguntó con cara de estar más perdida que una monja en un bukkake—. Ah, la comida china. Bueno, eso fue idea de Yuk. Dale las

gracias a ella, cielo.

Siguió preparando el café y yo me quedé pasmado. La cara que había puesto no era la típica de querer ocultar algo o hacerse la orejas. ¿Sería sonámbula? ¡Joder! Mi primer orgasmo con mi esposa y ella hacía como si ni se acordase. No. Ella no se acordaba. Lo había visto en sus ojos. Me senté a la mesa.

—Hablando de Yuk —tercié para sacarme la duda de la cabeza—, ¿qué hace en virtual?

—Decía que llevaba mucho tiempo sin poder conectarse —contestó—. No he visto problema en que use el cable de casa.

—Espero que no la rastreen o estamos jodidos.

—¿Por qué iban a rastrearla? —preguntó poniendo la taza en la mesa delante de mí. Pasó una pierna por encima de las mías y se sentó a horcajadas en mi regazo dando un sorbo a su café.

—No lo sé. —Fue lo único que se me ocurrió. Ya no me interesaba el café. Tan solo las caderas que había en mis manos—. La verdad es que, aunque estuviese en búsqueda y captura en su ciudad, no se comparte esa información. Olvídalo.

—Tengo otra entrevista esta mañana —apuntó bebiéndose el café de un solo trago—. Deséame suerte.

—¿Hoy tampoco sacas a Lucy? —pregunté sabiendo la respuesta. A mí ya no me daba tiempo si quería llegar puntual a la cita con la alcaldesa.

—Ha dicho Yuk que la saca ella, no te preocupes. —Me dio un beso suave y lento, cogió una de mis manos y puso en ella su taza vacía—. Luego nos vemos.

De un solo movimiento se puso en pie, cogió su bolso y se dirigió a la puerta dejándome con una taza donde un momento antes había una rubia despampanante.

—¡Suerte! —grité a su precioso trasero. Se giró para lanzarme un beso y salió

dejándome a solas con Yuk. La miré antes de salir de casa. Seguía ida, conectada al mundo virtual con la perra tumbada a su lado. Como ella no tenía pad, dejé una nota recordándole que sacase a la perra y me marché.

Otra vez en aquella habitación. Otra vez en el despacho de la mujer del alcalde. Al menos, ya sabía que era el lugar en el que se tomaban las decisiones más importantes de toda la ciudad y no estaba tan perdido. Me habían requisado el pad y el reloj a la entrada y aquello era extraño. Sentado frente a Rose, me sentía de nuevo un pelele. Un pelele que deseaba que le ofrecieran un puro.

—Me han quitado el pad y el reloj para entrar aquí —dije ante su silencio.

—Estamos persiguiendo a un *hacker*, Seb —contestó sin apartar la vista de sus papeles—. No quiero que lo que se habla en este despacho pueda salir de aquí.

Tenía lógica. Con aquella mujer, todo la tenía.

—¿Qué hay de las cámaras? —pregunté después de otro minuto en silencio. Me contestó levantando una mano durante dos segundos. Espérate, capullo. El mensaje era claro.

—Las cámaras han grabado a Solomon abandonando el edificio —dijo al cabo de otro par de minutos de espera. ¿Para qué te citan a las ocho si no te hacen caso hasta las ocho y diez?—. Se le puede ver caminando tan tranquilamente hasta que compra el taco, suelta el token al suelo, se come el taco mientras sigue caminando y se mete en Check. Ahí le perdemos la pista.

—Eso es algo que no entiendo —solté exasperado—. ¿Por qué permite que exista Check? Hay delincuencia, hay ilegales y no hay vigilancia ni policía.

Puso las manos sobre el escritorio, inspiró profundamente y clavó sus ojos en los míos.

—Son muchas razones, Seb —dijo al fin—. Por un lado, limpiar Check

requeriría muchos recursos. Por otro lado, los disturbios que habría, porque créeme que los habría, darían una publicidad pésima a la ciudad. Hoy en día, todo el mundo tiene un pad. Iban a ver la batalla en directo desde la misma Tierra. Y, por último, los turistas que vienen a Ilarki buscan algunos tipos de entretenimiento que la ciudad no puede ofrecerles sin perder su apariencia de lugar plácido y casto.

—Putas y drogas, claro —sentencié yo. La hipocresía de siempre. Puritanos de puertas para fuera, pervertidos en casa—. Creo que lo entiendo.

—Si hemos acabado con tu interrogatorio, me gustaría seguir con el caso que tenemos entre manos. —Una manera fina de decirme que ya había tentado demasiado mi suerte.

—Por supuesto, señora Reginald —aseguré de inmediato—. El caso y mis honorarios, por cierto.

—El dinero no es ningún problema, Seb —replicó con un bufido—. El verdadero problema es que tenemos a un psicópata suelto que pretende destruir mi ciudad o algo peor.

—¿Qué puede haber peor? —pregunté con voz socarrona.

—¿Dejarnos sin aire? —apuntó con un retintín que decía a las claras que mi sutil y fino sentido del humor no tenía el mejor público aquel día—. Vas a entrar en Check y vas a encontrar a ese malnacido. Lo harás rápido y darás aviso a mis chicos del departamento de policía. —Se retrepó en el sillón e hizo un gesto con la mano—. Me importa un bledo si tú mismo te encargas de él, pero no le quiero campando a sus anchas por mi ciudad ni un día más. ¿Queda claro?

No estaba de humor. Estaba jodidamente cabreada. Aquel tipo la ponía de los nervios y era la primera vez que la veía así. Siempre parecía tranquila. Siempre tenía todo bajo control.

—Me gustaría saber por qué este hombre es tan importante —dije

ahorrándome más comentarios graciosos—. Tenemos docenas de delincuentes sueltos en ese barrio.

Me tendió unos papeles como respuesta. Eran un informe sobre un atentado en una fábrica de productos de limpieza en Chicago. Al leerlo, vi que el responsable era el propio Jäger. Le habían despedido por cazarle fumando en su puesto de trabajo. Como venganza, gaseó todo el puto complejo. Trescientos cuarenta y dos muertos. Deshechos. Fundidos. Por un despido de mierda. Joder.

—Este tipo está loco, Seb —dijo Rose Mary muy seria—. Se ha propuesto acabar con Ilarki y te aseguro que no voy a permitirselo.

No estaba contándome un deseo, estaba diciéndome lo que iba a pasar. Era la crónica del día después a que le cazásemos.

—Claro, claro —contesté sin atreverme a decirle que aquello no iba a ser tan fácil. Nunca lo era.

—Tienes que ir a buscarle y traérmelo o estamos todos jodidos —añadió clavando su mirada en mí.

—A Check —apunté intentando que entendiese la dificultad de la tarea.

—A Check —replicó tajante—. Tienes que buscar a un criminal entre criminales. Sé perfectamente lo difícil que va a ser. La aguja, el pajar y todo eso, pero, si alguien puede encontrarle antes de que nos mate a todos, eres tú. ¿Cómo cojones le explicas a alguien que te habla así que resolviste el caso que te hizo famoso por un golpe de suerte?

—Supongo que no puedo contar con apoyo de la policía —dije sintiendo una mochila en la espalda que cada vez pesaba más.

—Supones bien —contestó sin mover un musculo—. Sabes que no puedo meter a los chicos ahí.

—En Check —apunté como un gilipollas. La mochila me estaba hundiendo.

—En Check —contestó volviendo a sus papeles y dando por concluida la

reunión. Ni un miserable puro me había podido fumar.



REVOLUCIÓN EN EL GALLINERO

48:03:21

Decidí pasarme por el despacho. No había vuelto en las últimas veinticuatro horas y, aunque Héctor había demostrado valerse muy bien por sí mismo, era bueno estar por allí para que no se diese cuenta de que su jefe no hacía ni puta falta. Como me sentía un niño rico, fui en Maglev hasta Lisco. Había que dar buena impresión a los vecinos. Iba muy seguro de mí mismo hasta que abrí la puerta del despacho. En la pequeña recepción había ocho mujeres rodeando a mi pobre ayudante. Escotes, minifaldas, tacones... Por un momento creí que me había equivocado y estaba en el club de *striptease* donde había trabajado mi mujer. Todas miraban a Héctor y le hablaban a la vez mientras el insistía en que el señor Damon debía estar al llegar.

—¿Qué cojones pasa aquí? —pregunté tras cerrar la puerta. Todo el auditorio femenino se giró a mirarme, repentinamente mudo.

—Señor Damon —contestó Héctor, visiblemente aliviado—, estas son las candidatas a secretaria que había citado usted para esta mañana. Parece que las cito a todas a la misma hora.

—Maldita sea —solté recordando de pronto—. ¿Entiendes por qué necesito una secretaria? Bien, yo no soy el jodido D'Artagnan. Las iré llamando de una en una.

En ese momento el caos se desató de nuevo. Ocho voces agudas empezaron a

hablarme a la vez. Durante tres segundos intenté saber qué decía al menos una de ellas, pero me di cuenta de que era imposible. Entré en mi despacho y llamé a Héctor con la mano.

—Llevo aquí más de tres cuartos de hora —gritó una de ellas por encima del coro general. Aquello hizo un breve silencio.

—Tú has llegado hace diez minutos, zorra —escupió otra—. Estábamos aquí esperando mucho antes de que asomaras por esa puerta. Vas la última, que no puedo perder toda la mañana.

—Pasaréis en el puto orden que yo diga y cuando yo diga —grité fuera de mis casillas—. La que no esté de acuerdo con eso que se largue ahora mismo.

Aquel truco también me lo había enseñado mi padre. Si la gente cree que tu atención se gana por medio de alguna especie de democracia, déjales claro que eres tú quien decide. Un hombre. Un voto. El hombre eres tú y el voto es el tuyo. Los rostros furiosos e indignados se esfumaron. Ocho brillantes sonrisas me respondieron mientras juntaban los brazos para que el efecto de los escotes fuera más pronunciado. Alguna incluso jugaba con un mechón de pelo mientras se mordía el labio como si ver a un tipo hecho un energúmeno fuera sexy. Yo sabía a ciencia cierta que no.

—Pasa de una puta vez, Héctor —solté a mi ayudante que sí se había quedado pasmado con el efecto conseguido. Cerré detrás de él.

—Llevo intentando controlarlas más de media hora y usted lo consigue con dos gritos. —El pobre seguía impactado—. Por algo es el jefe.

—Vamos a llevarnos bien, Héctor —dije sin haberme recuperado todavía de la mala hostia que me habían puesto aquellas voces chillonas—. No me trates de usted.

—Lo lamento, pero es lo que he aprendido toda mi vida —contestó muy serio, como si aquello fuese una piedra angular de su manera de ser—. A los jefes se les trata de usted. En el ejército fue lo mismo. No creo que pueda ni quiera

cambiarlo.

Bufé mientras me dirigía a mi silla y le señalaba otra a mi ayudante con la mano.

—No voy a luchar contra eso, Héctor —contesté cuando se sentó—. He tenido un día muy jodido y me han encasquetado un caso de mierda que apesta por los cuatro costados y del que no puedo librarme. Ahora mismo ni siquiera recuerdo lo que teníamos para hoy.

—La mañana está libre si no contamos con las entrevistas —apuntó Héctor sin consultar siquiera su pad—. A la tarde, la señora Mulligan va a verse con su amante y es posible que esta vez consigamos alguna foto.

Y yo tenía que ir a Check a buscar terroristas. Demasiado para mí. Recordé los escotes, las piernas desnudas y las miradas pícaras. Miré a Héctor. Todo encajó. La legendaria sonrisa de hijoputa de Seb Damon se instaló en mi cara.

—Vas a encargarte tú de la selección de la nueva secretaria —solté de golpe.

—Pero yo no estoy... —empezó a decir Héctor.

—A mí intentarían camelarme enseñando carne —expliqué—. Que lo intenten contigo si quieren. Yo seguro que acababa contratando a la que más cachondo me ponga, pero tú elegirás a la mejor.

—Porque soy gay —dijo muy serio.

—Porque eres gay, Héctor —afirmé—. Eso es una ventaja de la hostia para este trabajo.

Esperaba no haberla cagado. Esperaba que no se sintiese mal por aquello. De pronto vi mi sonrisa de hijoputa en su cara.

—Es un puto genio, señor Damon —contestó mirándome con intensidad a los ojos.

—Gracias, Héctor, pero no voy a subirte el sueldo —apunté quitándole plomo al asunto—. Ya que hiciste ayer el seguimiento, encárgate del de hoy. A ver si sacas buenas fotos. Yo me voy a pasar el día buscando a un criminal en Check.

—Oh, eso es fácil —dijo Héctor retrepándose en la silla.

—No me vale uno cualquiera —contesté, alegre porque alguien captase mis bromas.

—Entonces va a ser jodidamente difícil —rectificó—. Yo me encargo de las entrevistas y de la señora Mulligan. A la noche le mando informe.

—Perfecto, tío —dije dándole una palmada en el hombro mientras pasaba a su lado—. Ahora te dejo con esa manada de lobas.

No estaba preparado para lo que vi cuando abrí la puerta. Ya no eran ocho mujeres discutiendo entre ellas. Eran nueve. La novena, rubia, preciosa y despampanante, era el centro de atención de todas las demás. Cuando me vio, usó los codos para llegar hasta mí, pasarme las manos por el cuello y darme un beso innecesariamente largo y húmedo. Un coro de lamentos contenidos acompañó aquel gesto. Tenía la sensación de que Bianca volvía a mear territorio por segunda vez en pocos días. No me la imaginaba celosa. A lo mejor se le estaba pegando de Lucy.

—He venido a ver qué tal os va y me he encontrado con estas... estas, aquí en tu recepción—dijo clavándome una mirada fría como la jodida Rusia.

—Son las candidatas a secretaria, cariño —dije a modo de disculpa.

—Pues las que no lo consigan, seguro que encajan en el Colors —soltó con una buena dosis de veneno—. ¿Vas a entrevistarlas a todas ahora?

—No —negué de inmediato soltándome de su abrazo—. Lo va a hacer Héctor, mi ayudante. Héctor, esta es mi mujer, Bianca.

Se saludaron efusivamente. Él tendió la mano. Bianca le agarró la cara y le plantó tres sonoros besos en las mejillas. Héctor se quedó pasmado unos segundos.

—Un placer, señora Damon —dijo al fin.

—Señora Kaneva —corrigió inmediatamente Bianca—. O señorita si lo prefieres.

Héctor no entendía nada. Yo sí que entendía, pero no me atrevía a darle una *master class* de “bianquismo” delante de ella.

—Tengo el resto de la mañana libre —dije pasándole a mi mujer el brazo por la cintura—. Te invito a desayunar.

Marchamos dejando a aquella extraña versión erótica del camarote de los hermanos Marx buscando una explicación para lo que acababa de pasar.

Desayunamos por segunda vez, pero, en aquella ocasión, con más tranquilidad. Si hay un pueblo que sabe cómo cocinar los dulces, ese es el pueblo mexicano. Creo que podría alimentarme a base de lo que ellos usan de postre y desayuno. Le expliqué por encima a Bianca el nuevo caso y se puso a la defensiva. Muchas veces se comportaba como una madre. Otras, como si fuera mi agente. Nunca se comportaba como si fuera una esposa complaciente. Por eso mismo confiaba en ella para contarle aquellos temas.

—Me importa un carajo la pasta. No vas a poner un pie en Check preguntando por un terrorista —dijo señalándome con una gloria de leche y nuez a medio comer—. Esa zorra ya nos la jugó la última vez.

En realidad me la había jugado a mí. Bianca había sacado su permiso de habitabilidad de todo aquello.

—El ayuntamiento es el cliente con más dinero de la ciudad, Bianca —dije intentando calmarla.

—Ah, ¿sí? ¿Cuánto te pagaron la última vez?

—No me pagaron porque ellos no eran el cliente —contesté—. Era Jordan y él sí que me pagó.

—Y la alcaldesa hizo que toda la ciudad creyera que fue su inútil policía la que resolvió el caso —pinchó ella—. Te la van a jugar otra vez, cielo.

—Sea como sea, no puedo decirles que no. —Me resigné porque no estaba seguro de que Bianca no tuviera razón—. Voy a empezar hoy mismo. Ojalá lo

resuelva rápido y pueda volver a lo mío ahora que la oficina empieza a funcionar.

—Sí. Ojalá —dijo Bianca cruzándose de brazos—. Pero no apuestes dinero a eso, cielo.

Aquellas palabras encerraban más verdad de la que hubiera podido parecer. Claro que, en aquel momento, yo seguía siendo un estúpido optimista.



UN PASEO POR EL LADO SALVAJE

45:58:03

Check: el barrio de las putas, los drogadictos, los criminales y la información. Mal sitio para un expoli. Mal sitio y punto. Creía que mi reciente fama me iba a mantener alejado del ojete de Ilarki, pero estaba muy equivocado. Era como si un puto imán gigante tirase de mí hacia aquellas calles, hacia aquella basura, hacia aquella gente. La gente era lo peor y lo mejor de Check. Allí había tipos que por un puñado de tokens te mandaba al otro barrio, pero también había personas leales y de palabra. En muchas ocasiones, eran los mismos.

Cada vez que iba por allí, pasaba por una licorería clandestina para agenciarme una botella de matarratas lunar. Era el pago típico para que el viejo Ron me dijese qué se estaba moviendo en aquellas calles. Se me escapó una sonrisa torcida cuando le vi subido a su caja de madera gritando a quien quisiera escucharle que el fin del mundo se acercaba, que todos íbamos a morir y demás gilipolleces. Por extraño que parezca, siempre había al menos un par de personas escuchándole y en su caja de plástico nunca faltaban algunos tokens. Esperé hasta que la audiencia de mi profeta del apocalipsis favorito siguió su camino y me acerqué agitando la botella en alto. Aún estaba a tres metros cuando Ron me vio, se bajó de su caja y se la puso bajo el brazo tras guardarse los tokens. Ni me saludó, pero yo sabía que debía seguirle. Me

llevó hasta nuestra sala de juntas particular: un espacio entre contenedores de basura rebosantes donde nunca nos molestaba nadie. Él se sentó en un cartón. Yo, como siempre, me quedé de pie.

—¿Qué te trae a visitar a tu viejo amigo Ron? —preguntó tendiéndome la mano. Le pasé la botella inmediatamente. Sin alcohol, no había información.

—Necesito saber qué se está cociendo por aquí estos días —respondí admirando la capacidad de aquel anciano para zumbarse media botella de un trago.

—Nunca vienes a saludar —dijo cuando acabo de beber y se limpió con la manga de una gabardina tan sucia que manchaba más que limpiaba—. Tu buen amigo Ron siempre está aquí cuando le necesitas y tú solo vienes por el interés.

Reímos los dos a carcajadas. No debía ser la primera botella del día.

—Así te lo pago —solté cuando dejamos de reírnos señalando la botella—. Creo que hay gente nueva por aquí.

—Siempre hay gente nueva en Check —apuntó entrecerrando los ojos—. Lo que no hay es mucha gente vieja.

—Yo estoy buscando a un tipo en particular —añadí para que no se me fuera por las ramas. Le enseñe mi pad con la foto de Solomon—. ¿Le has visto?

Ron estudió el rostro un par de segundos antes de negar con la cabeza.

—No le he visto en mi vida, pero no tiene pinta de ser la clase de persona que vive aquí —afirmó muy seguro—. De todos modos, es posible que alguien esté en Check sin que yo me entere.

—Eso no me lo creo —negué cruzándome de brazos—. Si pasa algo en Check, tú te enteras. Este hijo de puta se ha escondido aquí hace unos días y necesito saber por dónde empezar a buscarle.

—Pues estás jodido, amigo —dijo Ron tras otro largo trago—. No he oído nada de ningún blanquito con cara de pringado que haya llegado

escondiéndose. Tendrás que preguntar en otro sitio.

—Esa mierda de información no vale la botella que te he traído, joder —expliqué dando un paso hacia él. Ni por un momento conseguí que se sintiera amenazado. Si tocabas un solo pelo de Ron, no salías de Check. Ayudaba a todo el mundo. Casi cualquiera le debía un favor. Yo le debía varios.

—Si te vale de algo —añadió cuando me metí las manos en los bolsillos traseros del pantalón—, hay un tipo que se está llevando a las strippers del Colors a vivir a su casa. ¿Te vale esa información?

—No me jodas, Ron —dije después de resoplar—. No me las estoy llevando. Estoy casado con una y le estoy echando un cable a la otra. Eso es todo.

—Claro, claro —asintió sacando el labio inferior. Le dio otro trago a la botella—. Yo que tú iría con ojo con esa chinita. Nadie la conoce. Nadie sabe nada de ella. Apareció de repente y se fue a tu casa también de repente.

—Eso no significa nada, Ron —negué—. Es una buena chica que ha tomado un montón de malas decisiones seguidas.

—Conozco muchas así —dijo tras un último trago a la botella. La agitó con cara de pena para comprobar que estaba vacía—. Lo que no suele pasar es que yo no sepa nada de ellas. Siempre dejan un poco de información. Un cabrón que las ha jodido, una familia a la que echan de menos... Siempre. De esta no hay nada y eso no me gusta. Odio no saber algo incómodo de una persona. No son de fiar.

—¿Acaso sabes algo incómodo de mí?

—Tengo un arsenal completo de ti y de tu chica —contestó arrojando lejos la botella. No se rompió y puso cara de disgusto—. Pero me caéis bien. Ella más que tú, claro. Es un encanto.

Resoplé de nuevo y empecé a alejarme.

—Ojo con esa china —gritó Ron a mi espalda—. Mucho ojo.

No tenía claro si podía pasear tranquilo por aquellas calles. Por un lado, estaba casado con una chica que había trabajado allí. Por otro, me la había llevado del barrio. Por un lado, había descubierto al asesino de una cría. Por otro, era una niña rica, no una de ellos. Por un lado había metido entre rejas a un violador de niños. Por otro, había salido en una rueda de prensa con la policía. Por un lado era un héroe. Por otro, era uno de los cabrones que querían joder el barrio.

A aquellas horas Check pertenecía a la gente más o menos normal. Cuando caía la noche, era cuando las cosas se ponían interesantes. Ver el sol en el cielo artificial me hacía sentir un poco más seguro. Un poco. No mucho, en realidad. A pesar de ser mediodía, ya había putas en las aceras. Una de ellas incluso me propuso pasar un buen rato. ¡Joder! ¿Es que no se iban a acabar de gastar la puta expresión? Me giré para ver cuál de ellas era tan tonta o tan nueva como para ofrecerle un polvo a un tipo como yo. Era una mujer negra. No de raza, sino de color. De raza también, qué cojones, pero tenía la piel más oscura que he visto en mi vida. Vestía un tanga y un sujetador de camuflaje con unas botas militares. Solo le faltaba la gorra para ser un miembro del ejército zorrón. Tenía más músculos de los que había visto nunca en una mujer, cicatrices por todo el cuerpo y me miraba con cara de asco. Hostia puta. Menuda gente a la que atraía. Negué con la cabeza y seguí enseñando la foto de Solomon a todo aquel que no pareciese muy peligroso. Por supuesto, no saqué nada en claro. Un par de caras cambiaron de expresión al ver al tipo, pero todos negaron haberle visto. Ya había tenido suficiente de aquella mierda y un grupo de adolescentes llevaba diez minutos siguiéndome. Estaba pensando largarme cuando me llegó un mensaje al pad. Era Kurt pidiéndome que me pasase por comisaría. Desde que me expulsaron, no habían vuelto por allí. Estaba siendo un día raro de cojones.

El despacho del puto capitán Brink. No es normal que un poli entre ahí. Más difícil es ver a un civil sentado delante de aquel escritorio jodidamente grande mientras Brink te mira con cara seria. Irrepetible ver a un tipo como yo, que había sido expulsado del cuerpo, sentado en aquella silla que me quemaba como si estuviera ardiendo.

—Así que no tiene nada por el momento, ¿correcto? —preguntó el capitán sin cambiar de expresión.

Le había hecho un resumen de lo que había avanzado en él hasta entonces. Un resumen muy corto.

—Es muy pronto para tener resultados —contesté a modo de disculpa.

—El señor Reginald ha dicho que debemos darle prioridad cero a este asunto —añadió el capitán como si yo no lo supiera antes que él. Sonaron unos golpes en la puerta—. ¡Adelante!

Entró en el despacho un hombre rubio de unos treinta años. Sus ojos parecían orientales, pero en mi puta vida había visto un chino rubio y él no parecía teñido. Se puso a mi lado sin tomar asiento con las manos a la espalda en posición de firmes. Aunque no llevaba uniforme, se veía a la legua que era un policía.

—Señor Damon —dijo Brink señalando al recién llegado—, este es el agente Alessandro Sullivan, de la policía de Chicago. Ha venido a echarnos una mano con el asunto de Jäger.

—Llámenme Chick —apuntó el rubito con una sonrisa—. Todo el mundo me llama Chick.

El tipo me tendió la mano, pero yo me retrepé en la silla y sacudí la cabeza.

—Nunca había visto un chino rubio —solté a modo de saludo.

—Mi madre era medio japonesa, no china —respondió devolviendo la mano a la espalda.

—Entonces eres un cuarto de japonés —aclaré—. No es gran cosa.

—He visto que es usted el hijo de Luke Sullivanⁱⁱⁱ—terció Brink para romper la tensión que había en el ambiente—. Serví con él hace décadas. A su abuelo no tuve la suerte de conocerle.

Chick asintió con la cabeza y siguió mirándome con pinta de querer cruzarme la cara.

—Genial —dije sonriendo—. Todos se conocen. ¿Puedo marcharme ya?

—No tan rápido, Damon —soltó el capitán. Aquel hombre no perdía los papeles jamás—. Chick participó en la captura de Jäger cuando cometió aquel atentado en Chicago. Es la persona que mejor conoce a nuestro hombre. Necesito que trabajen juntos. Él será su enlace con el departamento.

—Yo trabajo solo, capitán —dije poniéndome en pie.

—En este caso, no —contestó él poniéndose también en pie y apoyando las manos en el escritorio—. Será usted su sombra, Sullivan.

—Pues ahora voy a mear, así que puedes sujetármela si quieres —dije saliendo del despacho. El puto Sullivan me siguió.

Por si lo tenía poco jodido, aquello me lo ponía aún más difícil. Meter a aquel hombre en Check sin que oliese a poli era imposible. Tendría que despistarle para poder hacer mi trabajo. El departamento de policía de Ilarki siempre jodiéndome la vida. Para no variar.



EL SÍNDROME DE CHINA

42:11:46

No me gustaba trabajar en equipo. Si tenía que hacerlo, al menos podían haberme dejado elegir a mí con quién hacerlo. Aquel hombre no me acababa de caer. Parecía el típico poli que siempre cumple las reglas. Poli hijo de poli. Nieto de poli. Policía congénito, joder. Mis métodos no siempre eran del todo legales y tener aquella lapa pegada a la chepa no iba a ponérmelo fácil. Decidí desgastarle los zapatos a pesar de que él insistió en que tenía un maglev a su disposición. A caminar, chico. Le llevé al despacho.

Nos recibió una chica negra. En cuanto me vio, se puso en pie y se acercó a mí bajándose la falda. Un poco corta, pero tenía buenas piernas como para querer enseñarlas. Para ser sinceros, la chica era un bombón, pero, si Héctor la había contratado, debía ser buena en lo suyo. Aquella cara preciosa, las piernas eternas y el botón de más suelto en el escote no impresionaban a mi ayudante.

—Bienvenido, señor Damon —dijo tendiéndome la mano—. Soy Rashia, su nueva secretaria.

Tenía un acento que no supe identificar y temblaba como una virgen con su primer vibrador.

—Encantado, Rashia —repliqué estrechando su mano—. Bienvenida a bordo. ¿Está Héctor dentro?

Chick estaba a mi lado muy tieso, esperando a que le presentaran. Rashia

asintió con la cabeza y entré al despacho sin llamar siquiera. Chick se presentó a sí mismo. Maldito listillo. Héctor estaba sentado en el asiento para los clientes trasteando con el pad.

—Cuando yo no esté, puedes ponerte en mi silla, Héctor —dije a modo de saludo.

—Buenos días, jefe —contestó aún de espaldas a mí sin dejar de mirar su pad—. De eso quería hablarle. Creo que vendría bien poner otro escritorio para mí.

—Claro, claro —contesté girándome para ver a Chick entrar en el cuarto—. ¿Tú no sabes llamar antes de entrar en una habitación?

—Pero...—dijo él señalando la puerta, a mí y a la puerta otra vez.

—Podíamos haber estado echando un polvo, joder —contesté de mal humor—. Aprende modales si quieres ser mi sombra.

Chick abrió la boca. La cerró. Se dio cuenta de que estaba tocándole los cojones sin más y decidió no seguirme el juego.

—Este es Chick Sullivan —dije a Héctor—. Me lo ha puesto el departamento de policía para entorpecer la investigación y que no resuelva el caso antes que ellos. Chick, este es Héctor, mi ayudante.

Se estrecharon la mano y en la cara del mexicano pude ver que Chick no estaba mal del todo si te iban los hombres. Lo que me faltaba.

—¿Qué investigación, jefe? —preguntó Héctor después del saludo.

—Una para el alcalde —respondí sin querer dar mucha información—. Todo muy secreto y esas mierdas. Me va a tener fuera de la oficina unos días. Espero que puedas arreglártelas sin mí.

—No se preocupe, señor —contestó él—. Mantendré el barco a flote. Respecto al escritorio...

—Sí, sí, sí —asentí dirigiéndome a la salida—. No gastes mucho. Ah, y que no sea más grande que el mío.

Héctor rompió a reír mientras yo salía de allí seguido por mi sombra. Al menos, Rashia me sonrió a mí y no a Chick, que seguía mis pasos más de cerca que antes, cuando abandonamos el edificio.

Hogar, dulce hogar. Había vivido solo en aquella casa y, de repente, había cuatro personas y un perro dentro. Las chicas salieron encantadas a recibir al nuevo.

—Mira, Yuk es china como tú —dije metiendo el dedo en la llaga—. Así podéis hablar de vuestras cosas de chinos y en vuestro idioma.

—¡Seb! —gritó Bianca dándome un puñetazo en el hombro.

Sobraba. Estaba claro que sobraba allí, así que me fui a pegarme una ducha antes de comer e ir a hacer una nueva visita a Check. Si aquel capullo no se despegaba de mí, íbamos a acabar teniendo problemas. Brink había dicho que era el mayor experto en Jäger. Tal vez pudiera sacar algo en claro de todo aquello.

Durante la comida, a pesar de que las chicas intentaban hablar de temas tontos, yo fui preguntándole por nuestro hombre. Me enteré de que solía ir captando gente como si fuera el líder de una secta. Cuando tenía suficientes, planeaba un golpe, lo ejecutaba y desaparecía. Siempre escapaba. Siempre era él en persona el que colocaba la bomba y daba al botón. Luego, se largaba sin mirar atrás. Muy pocos escapaban con él. Algunos morían en el golpe, a otros les trincaban y alguno incluso se suicidaba. Vestía sus motivos de política, pero, en realidad, no era más que un loco al que le gustaba matar gente. Mucha gente. Cuanta más, mejor. También tenía su punto narcisista. Le encantaba que se supiera que había sido él. Incluso había llegado a anunciar atentados con un día de antelación solo para disfrutar del caos de las evacuaciones. Estaba como una puta cabra. Cuando terminamos la comida, Bianca se levantó y, mirándome con ojos dulzones, me dijo lo que ningún hombre quiere escuchar.

—Cariño, ¿podemos hablar un momento? —susurró con voz tierna mientras desaparecía por el pasillo. La seguí hasta mi habitación y, cuando entré, cerró la puerta.

—No creo que sea buena idea con esos dos ahí fuera —dije acercándome mucho a ella para que viese que sí, que me parecía buena idea.

—No seas idiota —bufó empujándome hasta que caí sentado en la cama—. Quiero hablar en serio.

Estaba justo delante de mis morros. En lugar de mirarle a los ojos, no podía dejar de recorrer su cuerpo. La agarré por las caderas y la obligué a subirse a horcajadas encima de mí. Me dio un cachete en la mano que tenía en su culo y, con la otra, me tiró del pelo.

»Me vas a escuchar y vas a tener las manos quietas, Seb —escupió entre dientes mientras pegaba su nariz a la mía. Me cagué—. No solo has estado en Check sino que vas a volver a ir y te vas a llevar a un tipo que huele a poli desde la Tierra. Tienes que estar bromeando.

—No va a pasar nada, cariño —negué con tono suave para calmarla—. Somos dos chicos grandes que saben cuidar de sí mismos.

—Prueba de nuevo, cielo —replicó con un nuevo tirón de pelo—. La última vez casi te matan. Si no llego a estar yo ahí, Kurt y tú estaríais muertos. No lo olvides.

Imposible olvidarlo. También pensé que, de no haber sido porque aquel cabrón la estaba reteniendo a punta de cuchillo, nunca me habría cazado, pero me lo callé. Puedo parecer tonto, pero no hasta ese punto.

»Mañana empiezo en un trabajo —siguió cuando asentí—. Tienes tu despacho funcionando. Nos va mejor que nunca. Me va mejor que nunca. Por primera vez en mi vida, no tengo miedo. No miro hacia atrás en la calle y jamás había sonreído tanto como ahora, Sebastian Arnold Damon. —Pasó los dedos por mi mejilla mientras su labio inferior empezaba a temblar—. Soy feliz, así que

deja de intentar que te maten. Tienes que seguir vivo para *mí*. Para Lucy. Tienes una familia.

Aquello me golpeó como un puñetazo. No me había parado a pensarlo, pero era cierto que nuestro acuerdo de conveniencia se había convertido en algo mucho más grande. Una familia. Mi familia, joder. Mi familia me estaba pidiendo que siguiese vivo para ella.

—Ni siquiera llevas anillo de casada. —Fue lo único que pude decir. Ella boqueó un par de veces antes de contestar.

—¿Qué demonios importa eso? —preguntó, indignada—. ¿Acaso un anillo, un papel o el maldito Papa de Roma puede hacer que me importes más? Eres imbécil, Seb.

—Volveré de una pieza —dije cogiéndola de la muñeca para obligarle a soltarme el pelo. Puse sus manos tras su espalda y pegué mi nariz a la suya—. Volveré de una pieza por ti, por Lucy y por nosotros. Volveré y acabaremos lo que hemos dejado a medias tantas veces. Te iré a buscar al trabajo con Lucy. Te pondré un puto anillo en el dedo. Te llevaré el desayuno a la cama. No te dejaré sola nunca, cariño.

Sus labios temblaron y dos enormes lagrimones cayeron por sus mejillas. Le solté las manos y ella me abrazó con fuerza mientras me daba el beso más intenso que me han dado en mi vida. Sin saliva. Sin lengua. Solo apretaba tan fuerte sus labios contra los míos que me hizo daño en los dientes. Se puso en pie y salió de la habitación limpiándose la cara con el dorso de las manos.

—Vuelve. —Fue lo último que dijo—. Por favor.



CHICK TO CHECK

37:32:19

En Check siempre me decían que se me notaba que era poli a cien yardas. A Chick Sullivan se le notaba antes de que asomase la cara doblando la esquina. La manera de caminar era la de un patrullero: ese típico paso de una persona acostumbrada a estar horas merodeando por las calles. Andares de pies planos que decían allí. Las manos en los bolsillos de la cazadora y la mirada oscilando de lado a lado. ¡Qué coño! Si alguien no se daba cuenta de que llevaba placa, era porque estaba ciego.

—Este no es tu terreno, Sullivan —dije entre dientes sin mirarle—. No te separes de mí. No hables con nadie. No hagas nada. ¿Entendido?

—Roger 10 4 —contestó muy serio mientras seguía escrutando al personal. Roger 10 4 significaba que habías recibido y entendido el mensaje. Puto fantasma.

—Y no le sostengas la mirada a la gente —añadí—. Aquí tu placa no vale nada.

Por fin me miró. Me miró fijamente durante unos segundos. Creo que estaba pensando si decirme que le habían dado permiso para actuar en Ilarki como si estuviera en su jodida Chicago. Lo que el tipo parecía no querer comprender era que en Check la ley no era la policía. La ley eran las navajas y los palos y ellos tenían más que nosotros. Asintió sin decir más.

Iba a seguir caminando cuando vi una figura conocida. La pequeña y desastrada Dori se acercaba trotando hacia mí, con aquel ridículo y chulesco paso de los perros pequeños que no son conscientes de su tamaño. Sonreí sin querer. La perra llegó a un paso de distancia, ladró, se sentó y volvió a ladrar. Solo le faltaba apuntarse a la boca con la pata. Como todo buen dueño de perro, rebusqué en mis bolsillos y encontré una de las chuches de Lucy. Era gigante para ella, pero tenía buen saque. Se la di y marchó correteando. Supongo que en busca de un rincón en el que comer tranquila.

Cada vez había menos luz. El atardecer artificial debería quedar compensado por las farolas, pero en Check la mitad estaban fundidas. Hay negocios que requieren de sombra y muchos de ellos se realizaban allí. Como si fuera una señal, la vida había empezado a bullir en el barrio. La relativa calma del día se había apartado a un rincón para no ser atropellada por el ruidoso todoterreno del desfase nocturno. La gente de bien se iba retirando a casa mientras la gente divertida invadía aceras y carreteras por igual. Durante unos extraños minutos, coincidían, se preguntaban por la familia y seguían su camino. Luego lo que quedaba era Check en estado puro. El Check del que yo quería sacar información en vista de la poca que me había dado el de la mañana.

Noté que Chick caminaba un poco por detrás de mí, pero sin separarse mucho. —En este barrio no hay policía —expliqué para darle algo en lo que pensar—. Vosotros no entráis y ellos no salen. Es una especie de pacto no escrito. A esta gente no le gustáis. No les gusto ni yo que dejé de ser poli hace tiempo. Ve con ojo y no te pongas chulo con nadie.

—De acuerdo —contestó Chick. Fue gracioso ver cómo se había olvidado del Roger 10 4 de antes. Estaba empezando a cagarse en los pantalones.

En lugar de preguntarle a todo el mundo, busqué personas que estuvieran solas para poder enseñarles la foto sin público. Un camello por aquí, una puta por

allá... Nadie sabía nada. Bueno, igual sabían, pero no me lo iban a decir. Chick me agarró del brazo.

—Esa mujer está con él —dijo de golpe—. La que va de camuflaje.

Miré en la dirección que estaba mirando Chick y vi a la tipa que aquella mañana me había ofrecido pasar un buen rato. Era la misma con sus cicatrices, sus músculos y su ropa interior de camuflaje. No era puta, aquello estaba claro. Ninguna puta que trabajase por la mañana seguía trabajando por la tarde. Había que dormir en algún momento y hacerlo de noche era la peor opción para el negocio.

—¿Qué quieres decir, Sullivan?

—Está fichada en Chicago por colaborar con Jäger. La detuvimos hace años— explicó—. No sé cómo cojones se os ha colado, pero es Fumbe Ife. Estoy seguro.

Aquel “cojones” me llegó al alma. Era la primera vez que hablaba de aquella manera. Mi compañero estaba de los putos nervios y no dejaba de mirar a la tal Fumbe. Ella también nos miraba y sonreía. Echó un vistazo a un lado y a otro de la calle y de nuevo a nosotros mientras saludaba con la mano y seguía sonriendo. Yo también miré y no me gustó lo que vi. Un grupo de siete tipos se había reunido en la misma acera que nosotros y no nos quitaba ojo. En el sentido contrario, otro grupo de tres hombres estaba cruzado de brazos mirándonos. La opción era sencilla.

—Sígueme y prepárate para correr —ordené mientras me dirigía con paso rápido hacia los tres matones.

Se desplegaron para ocupar toda la acera y descruzaron los brazos. Iban a por nosotros los muy hijos de puta. Más bien, iban a por Chick. Lo jodido es que con Chick iba yo. Cuando estábamos a tres metros, salí a la carretera sin dejar de caminar a paso vivo, pero sin echar a correr.

—No tan rápido, chico —dijo el más cercano de los tres a la vez que me

agarraba del brazo. Cogí su muñeca y la retorcí para que se girase. De aquella manera le interponía en el camino de los otros dos y tenía ventaja. Le di un rodillazo en el culo con toda la fuerza que pude reunir, que no fue poca. El puto hueso de la risa. Si te dan un buen golpe ahí, no vales para nada en media hora.

—¡Policía! —gritó Chick. El muy subnormal había sacado un arma. ¡Un puto arma en Check! Nos iban a matar.

—¡Corre, gilipollas! —grité yo también tirando de su brazo. Le costó un par de segundos reaccionar. Un par de segundos en los que el grupo más numeroso echó a correr en nuestra dirección. Solo había un camino a seguir—. ¿Te has traído una puta pistola a Check? Ahora nos van a matar con ella, subnormal.

Aquel rubiales estaba en forma. Me adelantó en pocos segundos antes de darse cuenta de que no tenía ni puta idea de por dónde ir. Se paró en un cruce de tres calles y se me quedó mirando. Dos de ellas estaban oscuras. La otra tenía luz, pero había varios grupos de personas mirando en nuestra dirección. Si en Check alguien te persigue, lo más fácil es que ni una puta alma te ayude a ti o a los que van detrás. Recé por la legendaria sudada de polla del barrio y enfilé la calle con luz. Ni me había dado por pensar que el tonto de las pelotas de mi compañero llevaba todavía el arma en la mano.

—¡Son polis! —gritó alguien a nuestras espaldas. Fue todo lo que necesitaba aquella gente para tomar partido.

Cuando empezaron a avanzar en nuestra dirección, emboqué a la izquierda por un callejón oscuro rezando para que tuviera salida. No la tenía. Lo que sí que había era una valla metálica de cerca de tres metros al final. Estábamos jodidos. Chick no detuvo la carrera. De un puto salto consiguió agarrar el borde superior de la valla y se encaramó como si no le hubiera costado ningún esfuerzo. Con una pierna a cada lado, tendió una mano para ayudarme. No estaba seguro de poder llegar tan arriba, pero la otra opción era morir. Corrí

con todas mis fuerzas y salté.

Me estampé contra la valla sin llegar siquiera a rozar los dedos de mi compañero. Fue una hostia de campeonato que incluso me dejó un poco mareado. No me di tiempo para recuperarme. Empecé la carrera hacia la entrada del callejón. Cuando estaba a punto de llegar, aparecieron nuestros perseguidores y tuve que frenar en seco. Daba igual. No pretendía salir de allí, tan solo coger carrerilla. Giré sobre mí mismo y corrí más rápido que en toda mi puta vida. Salté en el momento oportuno. Aquella sí que era la buena.

Me estampé contra la valla.

Por suerte, aquella vez, a pesar de dejarme el pecho contra el metal, sí que había alcanzado la mano de Chick y él hizo el resto. Nos dejamos caer al otro lado. Pensé que seguro que uno de los dos se rompía un tobillo. En las pelis siempre pasaba. Caímos bien y reemprendimos la carrera hacia la salida opuesta. Joder. Había ido de bien poco.

Nos quedaban menos de diez metros cuando todo el ancho del callejón se llenó de gente. En el centro de ellos, la puta negra de las cicatrices. Tenía las manos en las caderas y sonreía como lo haría un cocodrilo al ver un conejo sin patas. Sus dientes blancos eran lo único que podía ver.

—Bien, chico —dijo cuando nos detuvimos en seco—. Has hecho muchas preguntas sobre quien no debías.

Chick hizo alarde de su valentía y su estupidez y volvió a desenfundar el arma. Ni él ni yo nos habíamos dado cuenta de que había un par de tipos que habían conseguido saltar y los teníamos detrás. Uno de ellos estampó la tapa de un cubo de basura en la cabeza de Chick. Es cómico ver cómo alguien pierde el sentido. Primero hay sorpresa, luego los ojos se ponen en blanco y la boca se afloja. Al final, cae al suelo como si se hubiera quedado sin huesos. Es muy cómico, pero no me hizo ni puta gracia.

—La pipa os la podéis quedar —dijo Fumbe—, pero estos dos son míos. Ya

hablaremos de la pasta.

Iba a contraofertar. Estaba pensando incluso en ofrecer que se quedasen a Chick si me dejaban marchar. Cuando estás jodido, en tu cabeza aparecen ideas estúpidas. No habría valido de nada. Aquello de que había hecho muchas preguntas iba por mí seguro. Abrí la boca a la vez que recibía un golpe en la cabeza y todo se volvía negro. Supongo que mi cara fue tan cómica como la de Chick.



DE NUEVE A CINCO

Bianca

31:43:51

Empezó a preocuparse a las tres de la mañana. Seb seguía sin dar señales de vida. Ni un mensaje. Ni una llamada. Nada. Seb no era así. Si iba a llegar tarde, avisaba. Si iba a llegar pronto, avisaba. Era como si no quisiera encontrarla con otro hombre en la cama. Ojos que no ven... Sin embargo, aquella vez no había mandado nada. Los mensajes de Bianca no habían recibido respuesta y la llamada que acababa de hacer la había terminado por desquiciar. El pad no daba señal. Imposible que se hubiese quedado sin batería. Un pad puede durar hasta un mes sin necesitar carga. Nadie apagaba su pad. La única opción era que se lo hubiesen robado y lo estuviesen *hackeando* para revenderlo. Sí. Tenía que ser eso.

Lo malo es que si se lo habían robado, Seb igual podía estar desangrándose en un callejón de Check sin que nadie fuera a acudir en su ayuda. Tenía que levantarse a las siete de la mañana. Si caía dormida en aquel mismo instante, eran cuatro horas de sueño. Genial. Menuda impresión aparecer el primer día de trabajo con ojeras. Tenía que hacer algo. No iba a pegar ojo si no intentaba buscar a Seb. Volvió a comprobar que no había recibido llamadas ni mensajes y llamó a Kurt.

—¿Bianca? —La voz somnolienta del policía apareció tras varios tonos.

Demasiados tonos—. ¿Sabes la hora que es?

—Sí, Kurt, cariño —contestó—. Sé que es tardísimo, pero es que no sé nada de Seb y estoy muy preocupada. Siempre llama o manda un mensaje, pero no ha hecho nada de eso. Le llamo y no da señal. No me contesta. No quiero parecer una histérica, Kurt. Fue a Check con el policía rubio ese que ha venido de Chicago y no he vuelto a saber de él.

Se dio cuenta de que había hablado sin tomar aire y a una velocidad tremenda. También notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y la garganta se le cerraba.

—Está bien, Bianca —dijo Kurt. Sonaba más despejado de repente—. Tranquilízate. Voy a hablar con la central para que les localicen y te llamo en cuanto sepa algo. Estarán de fiesta en un garito. Ya sabes cómo es Seb. Se habrá hecho amigo íntimo del nuevo y estarán intentando que les hagan buen precio en el Colors. Tú duerme tranquila que yo te aviso de cualquier cosa.

—Vale. —La voz de Bianca había sido un sollozo. Sorbió por la nariz—. Gracias, cielo.

Las cuatro de la mañana. Las cuatro y nada de nada. Había dejado a Yuk en la cama para no molestarla y se había metido en la de Seb. Era una chiquillada, pero el simple olor la había calmado un poco. Todo estaba bien. Todo tenía explicación. Cuando entrase por la puerta, le iba a dar un abrazo que le iba a descoyuntar el cuello. Y después le iba a partir una silla en la cabeza por no avisar si olía a alcohol. Por fin sonó el pad y el corazón le subió a la boca. Era Kurt.

—Dime, cielo —contestó intentando contener la angustia que sentía.

—Hola, rubia —dijo Kurt con voz de cansado—. Te llamo desde la central. No quiero que te preocupes, ¿entendido? Es todo muy extraño. No tenemos señal del pad de Seb ni del de Sullivan. Tampoco recibimos nada del

localizador que llevaba Chick. Puede tener mil explicaciones. No tiene por qué haber pasado nada malo, pero ahora mismo estamos a ciegas. He movilizado todos mis contactos en Check para que les busquen, pero Seb era el que más gente tenía en el barrio. Tengo a medio departamento movilizado para esto. Les vamos a encontrar.

Fue incapaz de contestar. Si intentaba decir una sola palabra, rompería a llorar. Inspiró profundamente y sorbió por la nariz dándose unos segundos.

—¿Han desaparecido los dos? —consiguió preguntar al fin.

—Los vamos a encontrar, Bianca —aseguró Kurt.

—La gente no se pierde, joder —sollozó—. Se pierden las llaves, los pads, los abrigos.... Pero no se puede perder a Seb.

—Les vamos a encontrar —insistió el policía—. Vas a tener a ese grano en el culo en casa antes de que te dé tiempo a echarlo de menos.

Como si no lo hiciese ya.

—Gracias, Kurt —dijo al cabo de unos segundos mordiéndose la lengua—. Llámame con lo que sea. O mándame mensaje. Con lo que sea, ¿vale? A la hora que sea.

—Les vamos a encontrar, preciosa —repitió Kurt como si con solo decirlo muchas veces pudiera hacerlo realidad—. Intenta no preocuparte demasiado por esto. Yo te aviso de cualquier cosa.

Había dormido menos de dos horas cuando sonó el pad. Se sobresaltó creyendo que era una llamada, pero no era más que la alarma. Debía haber caído dormida con el pad entre las manos sin darse cuenta. Ni siquiera era consciente de haber dejado de estar mirándolo. Sencillamente, el agotamiento la había vencido más allá de las cinco de la mañana. Su cara en el espejo le dijo que iba a necesitar un auténtico milagro. A las ojeras por la falta de sueño había que sumar la hinchazón por haber estado llorando. Podía arreglarlo.

Cosas peores había disimulado. Ojalá todos los problemas se solucionaran tan fácilmente.

Por suerte, había dejado de llorar. Era como si estuviese tan emocionalmente agotada que su corazón hubiese desconectado hasta que cayese el siguiente mazazo. Se duchó y maquilló con el pad cerca para oírlo. Nada. Cuando iba a salir, despertó a Yuk para pedirle que la avisase si volvía Seb o había cualquier noticia de él. Confiaba que el asentimiento fuera algo más que una manera de mandarla al carajo para poder seguir durmiendo.

Tres horas y doce minutos. Aquella fue su larga carrera en el mundo de la venta textil. El trabajo en cuestión consistía en atender a esas personas que preferían ir de compras antes que pedir *online* la ropa. Las inteligencias artificiales podían hacer todo el trabajo, por supuesto. Sin embargo, había gente que seguía prefiriendo que les atendiese una persona de carne y hueso. Por como la trataron, seguramente tenía algo que ver con sentirse superior a los demás. Sin embargo, en ningún momento perdió las formas ni la sonrisa. Haber estado bailando en tanga para hombres que te decían todo tipo de obscenidades sin perder la sonrisa te prepara para trabajar cara al público. Vaya si te prepara. No fue eso lo que dio al traste con su trabajo. Fue el maldito Seb Damon.

Miraba el pad cada cinco minutos siempre que no hubiese clientes en la tienda. Nada. Ni mensajes, ni llamadas, ni nada de nada. Al final, la encargada se acercó a ella y le dijo muy seria que no podía consultar su pad en horario laboral. Debía esperar al descanso. Bianca le explicó muy tranquila que no había clientes, pero la otra insistió en que daba mala imagen. Imposible dar mala imagen si no la veía nadie. Aquella estúpida mujer dijo que la veía ella y que, si no quería dejar de mirar el pad, ya sabía dónde estaba la puerta. Bianca lo sabía y salió por ella rumbo al despacho de Seb.

Al entrar, se encontró con una escultural mujer negra. Pero, ¿qué demonios...? Ni siquiera sabía si a Seb le iba lo exótico, pero de lo que no había duda era de que aquella mujer era una preciosidad, así que apuntó mentalmente preguntárselo cuando le viera. Si le veía. No. Cuando le viera.

—¿Está Héctor? —preguntó aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir—. Soy la mujer de Seb.

—Claro, señora Kaneva —dijo la recepcionista con una enorme sonrisa mientras se ponía en pie—. Yo soy Rashia, la nueva secretaria.

Le dio dos besos, uno por mejilla. Bianca decidió hacer un poco de Seb y siguió hasta plantarle un tercero. La pilló de sorpresa y casi se acaban besando en los labios. Lo que le faltaba.

—Seb no aparece y necesito hablar con Héctor por si sabe algo —aclaró cuando se separaron.

—Claro, claro —contestó Rashia saliendo del *shock*—. Está dentro preparando papeleo.

Llamó a la puerta y abrió sin esperar respuesta.

—Héctor —dijo asomando la cabeza—. La señora Kaneva, la esposa del señor Damon, quiere hablar contigo.

Abrió la puerta de par en par y volvió a sonreír a Bianca invitándola a entrar con un gesto de la mano.

—Átate un botón —susurró Bianca al pasar a su lado—. A Héctor no le importa tu escote y los clientes van a pensar que estás aquí solo porque eres mona. Ah, y si Seb te lo mira, le arranco los ojos.

Cerró tras entrar y vio cómo Héctor iba a su encuentro con la mano extendida.

—Déjate de finuras, por favor —soltó Bianca dejándose caer en la silla de los clientes—. No encuentro a Seb por ninguna parte y estoy muy preocupada. Tampoco Kurt es capaz de encontrarle. Ni al poli que le acompañaba, ya que estamos.

—He estado toda la mañana llamando a su pad —contestó Héctor con cara seria mientras se sentaba en su silla—. No da señal. No me había pasado nunca. Esos cacharros son prácticamente indestructibles. Necesito hablar con él para consultarle sobre un caso nuevo que nos ha llegado. Quieren hablar con el jefe directamente. El famoso de las noticias, ya sabe.

—Pues van a tener que esperar a que asome su fea cara, porque no hay manera de encontrarle —apuntó Bianca antes de dar un bufido—. Estoy muy preocupada, cielo. Seb no es así. Él contesta los mensajes al menos. No ha venido a casa a dormir. No entiendo nada.

—No es propio de él, desde luego —aprobó Héctor apoyando los codos en las rodillas. Bianca esperaba que la tranquilizase con alguna estupidez sin sentido, pero aquel hombre no se andaba por las ramas. ¡Menos mal!

—Tú eres detective... —empezó a decir.

—Ayudante —contestó—. Llevo unos días en esto, señora Kaneva.

—Bianca. Solo Bianca, por favor —contestó con un amago de sonrisa—. Sé que fue a Check con el policía que le habían puesto de compañero a buscar a ese tal Jäger del que no paraban de hablar. No es buena idea ir a ese barrio. Si eres un poli, es peor idea. Incluso ir junto a un poli es una pésima idea. Creo que les ha pasado algo y Kurt ha dicho que tienen a medio departamento loco buscándoles, pero yo no puedo estar en casa mirando el pad para ver si hay noticias. ¿Podrías ir tú a Check? ¿Tienes contactos allí?

Héctor dejó caer la cabeza y la sacudió de lado a lado.

—No conozco a nadie —contestó al final volviendo a mirarla—. Tampoco creo que yo pueda hacer algo útil aparte de dejar que me maten. Si les ha pasado algo y aparezco yo preguntando, seguramente me pase lo mismo.

Estaba claro que solo había una salida. Solo conocía a dos personas que pudieran entrar y salir de Check con total tranquilidad: Yuk y ella misma. Tendría que hablar con su compañera de piso.



HABLAME DE TI

Seb

Pude sentir una luz parpadeante incluso antes de abrir los ojos. La cabeza me dolía una barbaridad y aquellos fogonazos lo jodían aún más. Hice recuento de daños. Me sentía todos los miembros. Las muñecas me dolían también. Cuando empecé a despejarme, me di cuenta de que estaba sentado con los brazos atados detrás de la espalda. Agaché la cabeza y abrí los ojos consiguiendo que un ramalazo de dolor me llegara hasta el fondo del cerebro. ¡Joder! Aquel golpe dolía mucho. Volví a parpadear hasta que pude mirar al suelo sin apretar los dientes. Bueno, al suelo, no. Me encontré mirando mi polla.

Estaba desnudo y sentado en una silla de metal. Por algo me sentía los huevos congelados. Intenté levantarme y la silla no se movió ni un milímetro. Me fijé y vi que estaba atornillada al suelo. Aquel esfuerzo hizo que una nueva sacudida de dolor me golpease la cabeza. Cuando sentí que iba acostumbrándome a la luz, me atreví a levantar la vista. Delante de mí había una mesa metálica y, al otro lado de ella, estaba Chick Sullivan también esposado y con la cabeza colgando sobre su pecho.

—¡Chick! —murmuré. Bueno, mi intención era gritar, pero no lo conseguí. Me aclaré la garganta y el siguiente intento fue algo más potente—. ¡Chick!

No se movió. O su golpe había sido más fuerte que el mío o todo lo que tenía

de ágil lo tenía de flojo.

—A ese todavía le queda para despertar, chico —dijo una voz a mi espalda. Sonaba como si estuvieses arrastrando el cadáver de un elefante por el lecho de un río seco—. Tú sí que estás fuerte, chavalote.

En mi campo de visión apareció la puta negra. Seguía vistiendo aquella ropa interior de camuflaje que dejaba a la vista todas sus cicatrices. Se sentó en la mesa y esta lo recibió con un chirrido. La musculatura de aquella mujer era demasiado peso.

—¿Dónde cojones estoy? —pregunté cuando me acostumbré a la visión de su entrepierna delante de mi cara. Levantar la cabeza era aún peor.

—Estás en la casa del placer de Fumbe —explicó extendiendo los brazos y mirando a ambos lados—. No es que sea mi casa y te vaya a dar placer. Es que en esta casa, Fumbe recibe placer. Hay muchas cosas que me gustan. Me gustan los chicos fuertes como tú. Me gusta hacer daño a los chicos fuertes como tú. Me gusta follarme a chicos fuertes como tú...

La interrumpí con una carcajada que me ganó un nuevo pinchazo en la cabeza. Se me cortó en seco. Ella bajó su mano y me agarró la polla.

—Deja eso, chica —dije mirándola a los ojos—. No está hecho para ti.

—Si no me lo puedo follar, ya sabes cuál es la otra opción —replicó dándome un apretón que me cerró la garganta—. O follar o hacer daño.

—No se la arranques antes de que pueda hablar con él, cariño —terció una voz masculina fuera de mi campo de visión—. Espera a que se niegue a colaborar.

Un tipo se colocó al lado de Fumbe. Lo conocía bien. Era el jodido William Solomon. Ella seguía sin soltar mi polla, pero al menos ya no apretaba. Él la cogió de la barbilla y le dio un beso en los labios.

—¿Solomon? —pregunté—. ¿William Solomon?

—No te dejes engañar por las apariencias, Sebastian —dijo cuando rompió el

beso—. Parezco Solomon y por eso he podido salir de la cárcel, pero no soy él.

—Lo sé —apunté.

—Sé que lo sabes —dijo con una sonrisa torcida—, pero quería ver si me lo ocultabas. Es un buen comienzo para un interrogatorio. Puedes llamarme Jäger.

—¿Como el cantante de los Stones? —pregunté.

—Significa cazador en alemán —contestó repentinamente serio—. Ni bebidas ni cantantes ni hostias.

Aquello le molestaba. Tomé nota mental. Siempre guardaba en la memoria lo que podía tocarle los huevos a la gente. Era una especie de *hobby*: coleccionista de puntos flacos.

—Y, ¿para qué nos quiere esposados un tipo como tú? —pregunté intentando dejarle ver el asco que me daba en la última palabra.

—Para saber lo que tenéis por ahora —contestó volviendo a sonreír—. La información es el máspreciado de los bienes, Sebastian. Ahora que me fijo, estás haciendo muchas preguntas y yo dando muchas respuestas. Se supone que esto es al revés. ¿Qué haces preguntando por mí por todo Check?

—Quería que me cantaras *Satisfaction*—contesté con una sonrisa torcida. Fumbe me dio un puñetazo en la boca y sentí el sabor de la sangre. Me acababa de partir el labio.

—Respuesta errónea. Puedes seguir así. Tengo todo el día —dijo Jäger mientras se sentaba en la mesa y se cruzaba de brazos—. ¿Por qué me buscas?

—Muérete, cabrón —contesté intentando poner una mirada de odio profundo. El dolor del labio y el de la cabeza, que había empeorado con el puñetazo, creo que chafaron el efecto. Recibí otro puñetazo como premio. Esta vez, en el ojo.

—Así no avanzamos, Sebastian —explicó Jäger sin perder la calma—. Fumbe, rájale esa cara tan bonita a ver si quiere colaborar.

La negra se sacó un cuchillo de la bota y me lo puso debajo del ojo. Me miró, sonriente, y de un movimiento rápido me rajó hasta la mandíbula. ¡Hostia puta! Aquello sí que dolía. Incluso me había rasgado las encías. Jodida mala bestia. Grité de dolor, pero gritar hacía que doliese más. Apreté los dientes y sentí dos lagrimones caer.

—La pobre niña está llorando —se burló Fumbe—. ¿Quieres que te haga uno en el otro lado para igualar?

—Déjalo, Fumbe —cortó Jäger—. Ahora ya tiene algo en lo que pensar. Vamos a despertar al chino.

Agarró a Chick por el pelo, le levantó la cabeza y empezó a abofetearle hasta que abrió los ojos. Estaba desorientado y verme delante de él, sangrando como un cerdo, no ayudó a que se ubicase. Diría que ni siquiera era capaz de decir quién cojones era yo. Jäger le soltó una de las manos y se la puso en la mesa. Le indicó a Fumbe que la sujetase. La mujer lo hizo mientras le pasaba el cuchillo a su jefe.

—Estás muy lejos de casa, pollito —dijo Jäger de espaldas a mí—. Me has seguido hasta aquí para acabar cayendo en la trampa. No puedes cazar al cazador.

—Si le tocas, te arrancaré los huevos, Krieg —dije entre dientes. Él me miró divertido un segundo antes de volver su atención hacia el policía.

Puso el cuchillo encima del pulgar derecho de Chick y, cuando esperaba que hiciese alguna pregunta, apoyó todo el peso de su cuerpo para cortarle el dedo de un solo tajo. Aquel hijo de puta estaba como una cabra. Chick soltó un alarido que me heló la sangre en las venas.

—¡Buen tajo, cariño! —animó una sonriente Fumbe.

—Esto por haber matado a tres de mis hombres en Chicago —explicó el terrorista. Luego se dirigió a la mujer—. Vámonos. Manda a alguien a que les curen las heridas. No queremos que se nos desangren el primer día.

Ella volvió a esposar la mano herida de Chick a su espalda y siguió a su jefe cuando salía. Me dio una bofetada cariñosa en la mejilla herida al pasar por mi lado y marchó partiéndose de risa. Chick había vuelto a caer inconsciente. Supongo que el dolor había sido más intenso de lo que podía soportar. Yo también sentía la cara arder, pero al menos ya no notaba los pinchazos del golpe en la cabeza. Lo uno por lo otro. Aquella zorra me había desfigurado. Iba a matarla si conseguía soltarme. Y a arrancarle los huevos a su jefe. Mucho trabajo para un hombre esposado.

Estaba entretenido con aquellos pensamientos cuando llegó el golpe que más dolió. Entró la persona que iba a curarnos y fue directamente detrás de Chick. Su herida debía de ser más urgente. No fue aquello lo que me dio ganas de vomitar. Fue ver que se trataba de Yuk Chu, la misma mujer que habíamos dejado entrar en nuestra casa.



EL DÍA DE TODO AL REVÉS

Bianca

20:19:45

Hay días que deberías volver a la cama cuando ves que se van torciendo. La única opción es dormir hasta que se acabe y levantarte con la esperanza de que el destino se haya fijado en otra persona. Así estaba siendo el día de Bianca. Después de dormir menos de dos horas, perder un trabajo en el que no llevaba ni media jornada, descubrir que su marido tenía una secretaria monísima y un ayudante incapaz de encontrarle, creía que ya se había gastado toda su mala suerte. Pobre infeliz.

Al llegar a casa le golpeó un olor conocido. Lucy había hecho sus cosas en alguna habitación. Mientras buscaba la caca, estuvo a punto de abrirse la cabeza al resbalar con un pis. Ni Lucy ni Yuk habían acudido a saludarla. Tal vez hubieran salido. Un poco tarde. Lo peor que te puede pasar cuando llegas a casa después de un día duro es pasarte media hora limpiando todas esas cosas desagradables que pueden llegar a salir de un adorable perro. Al ser Lucy tan grande, el trabajo iba en consonancia. Estaba de rodillas secando el suelo cuando la perra, por fin, hizo acto de presencia. Llevaba las orejas gachas y caminaba muy despacio, como con miedo. Bianca había pensado echarle una bronca descomunal, pero, al verla, fue incapaz. El animal aceleró un poco el paso y empezó a lamerle la cara. Bianca se abrazó a su cuello y

hundió el rostro entre el pelo de su niña. Aquel era el primer momento del día en que se sentía bien. Mientras terminaba de limpiar, Lucy se tumbó con la cabeza entre las patas delante de la puerta del cuarto de Seb.

—Yo también le echo de menos, cariño —dijo con un suspiro—. Vamos a dar una vuelta para dejar de pensar en ello.

En cuanto Bianca cogió la correa, Lucy se activó. Estaba acostumbrada a pasar todo el día en la calle. Vivir en un piso la tenía apática. Dieron un tranquilo paseo hasta el parque donde siempre la soltaban. No entendía por qué con Seb tiraba tanto al caminar y con ella no. Debían de tener una conexión femenina o algo por el estilo. Llevaban casi una hora jugando cuando sonó el pad y a Bianca casi se le paró el corazón. Era Kurt.

—Hola, Kurt —contestó intentando no gritar—. Dime, cielo.

—Hola, Bianca —replicó el policía—. ¿Estás en casa?

—No —negó ella—. Estoy en el parque con Lucy. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Seguimos sin noticias de Seb —explicó él con voz apagada—, pero me gustaría hablar contigo. Me paso por allí dentro de una hora. ¿Habréis llegado ya?

—Sí. Claro —asintió Bianca, confundida—. Oye, me estás poniendo nerviosa. ¿Qué ha pasado?

—No te preocupes —contestó Kurt—. Luego te cuento.

Y colgó. Maldito fuera por dejarla así. Tiró la pelota un par de veces más y volvió a casa. Odiaba a los hombres que se hacían los misteriosos con aquella manía de no decir las cosas a la primera.

Cuando llegaron, lo primero que hizo fue buscar si Yuk había dejado alguna nota. Recorrió toda la casa, pero nada. Quedaban todavía un par de horas hasta que tuviese que marchar a trabajar en el Colors. Revisó las grabaciones domésticas hasta ver el momento en que se había ido. No daba crédito. Se

había dedicado a llenar su mochila con las pocas cosas que tenía y algunas que le había cogido a Bianca. Lo había guardado todo de cualquier manera y se había ido corriendo sin despedirse siquiera de Lucy o dejar una nota. Como no tenía pad, era imposible ponerse en contacto con ella salvo que fuese al club a buscarla, pero no pensaba salir si no era estrictamente necesario. Seb podía volver en cualquier momento y quería estar allí para abrazarle, cruzarle la cara o, simplemente, verle por fin. Necesitaba volver a ver su cara. Necesitaba volver a oír su voz. Cuando sonó el timbre, se llevó tal susto que casi se le paró el corazón por segunda vez aquella tarde.

—Hola, rubia —dijo Kurt tras darle un beso en la mejilla—. ¿Qué tal lo llevas?

—Hola, rubio —contestó ella haciéndose a un lado para que pudiese pasar. Lucy, en lugar de darle una de sus calurosas bienvenidas, se limitó a acercarse y lamerle la mano—. Lo llevo muy mal. Eso de decirme que me vas a contar algo pero no contármelo, no ayuda.

—Prefería hablar contigo en persona —explicó él—. Por pad me mandas a la mierda muy fácil.

Sacó dos cervezas de la nevera y le ofreció una a Bianca antes de sentarse a la mesa. Ella se sentó enfrente de él, pero no tocó su botellín.

»Seb está en un caso complicado para el ayuntamiento —relató Kurt—. No sé hasta qué punto te ha explicado lo que pasa. Te haré un resumen. Hay un terrorista en la cárcel que se ha fugado en la cabeza de un guardia. El pobre hombre acabó en la cabeza del terrorista. Vamos, en la cárcel. Seb estaba buscando a ese tipo, al terrorista en un cuerpo de guardia. No sé si me explico.

—No sabía que eso se podía hacer —contestó Bianca, aturdida.

—Nadie lo sabía, pero el tipo es un *hacker*—continuó Kurt—. Uno de los mejores por lo que he oído. Fue a casa del guardia, se tiró a su mujer y la rajó de arriba abajo.

—Un amor de hombre por lo que me cuentas.

—Algo así —asintió él con sarcasmo—. Seb confirmó que el que estaba en el talego era el guardia, así que le sacaron de allí. Ha estado recuperándose y le han mandado a casa. Vivir en un cuerpo que no es el suyo puede llevarle mucho tiempo de aclimatación, por no hablar de terapia. Ver en el espejo cada mañana una cara que no es la tuya debe ser muy jodido.

—Preciosa historia, cielo —concedió Bianca—. ¿Por qué no me lo has contado por pad?

—Primero, porque esta información es reservada —dijo Kurt—. No se puede ir contando alegremente. Pero, sobre todo, porque el tipo ha desaparecido.

—¿Cuál de ellos?

—El guardia en cuerpo de terrorista —contestó él mirando su cerveza—. Fue a su casa, estuvo allí un par de horas y se largó con una bolsa de deporte. Las últimas imágenes le muestran entrando en Check.

—¿Pero podríais dejar de perder gente de una vez!?! —estalló Bianca. Se puso en pié y golpeo la mesa con ambas manos—. Perdéis al terrorista, perdéis a Seb, perdéis a un poli de la Tierra, perdéis al guardia. ¡Hay algo que no hayáis perdido!

—No te pongas así —dijo Kurt levantando las manos—. Sé que suena todo muy raro. Empezamos a pensar que el guardia pudiera estar en el equipo de Jäger...

—Y ¿quién demonios es Jäger? —preguntó Bianca dando un nuevo golpe en la mesa.

—El terrorista —explicó él—. Creemos que pueden estar compinchados y por eso el cambio de cuerpo ha sido posible. Lo único bueno de todo esto, es que si encontramos a uno, les encontramos a los dos. Igual también a Seb.

—Pues ya estáis tardando —replicó ella volviendo a sentarse.

—Toda la puta policía de Ilarki está en ello, cariño —apuntó Kurt intentando

calmarla—. Lo que me preocupa a mí es tu seguridad. Si tienen a Seb, es posible que vengan a por ti. Creo que deberías cambiar de casa hasta que todo esto se arregle.

—No —contestó Bianca cruzándose de brazos—. No pienso moverme de aquí si no es para sacar a Lucy. Si Seb vuelve, es aquí donde va a venir y es aquí donde yo voy a estar.

—No es un capricho, joder.

—No —repitió ella sacudiendo la cabeza para dar más énfasis a sus palabras—. No pienso ir a ninguna parte. Encontrad a ese malnacido. Y, ya que estáis, encontrad también a vuestros terroristas, pero encontrad a ese malnacido con el que me he casado y traédmelo de vuelta. Yo me quedo en nuestra casa.

Estaba a punto de romper a llorar. No quería parecer una cría histérica, pero aquello tenía cada vez peor pinta. Kurt suspiró y se puso en pie para marcharse.

—Si cambias de idea, tienes mi contacto —dijo el policía antes de marchar.

—No voy a cambiar de idea, cielo —contestó ella más tranquila—. También te aviso que si veo un solo policía delante de mi puerta, le estampo una silla en la cabeza.

Kurt no respondió. Tan solo soltó una carcajada vacía de todo rastro de humor y la dejó de nuevo sola en aquella casa que parecía enorme sin Seb llenando cada rincón.



A FALTA DE PAN, BUENAS SON TORTAS

Seb

Es imposible medir el tiempo cuando estás tan jodido como lo estaba yo. No ves la luz del sol, así que imposible contar los días. Simplemente ves cómo te dan de hostias hasta que caes inconsciente y, cuando despiertas, no tienes ni idea de si ha pasado media hora o un día. Podría llevar allí un par de días o un par de meses y no me habría enterado. Todo mi puto mundo se componía de dolor, los gritos de mi compañero y aquella jodida fluorescente parpadeando. Chick había cantado. El tipo resistió como un jabato y eso que se cebaron con él a saco. Entre sus dos manos solo quedaban dos dedos de la mano izquierda: el anular y el meñique. Tenía golpes por todo el cuerpo, pero su cara era lo peor. No le habría reconocido ni la madre que lo parió. Ya casi ni gritaba cuando le golpeaban. Tampoco es que le preguntasen. Le atizaban por el simple placer de atizarle. Si es que aquello podía darle placer a alguien, claro.

Yo seguía resistiendo. No había soltado ni un puto dato. No es que fuera ningún tipo de héroe o le debiese lealtad a nadie más que a mí mismo, pero no me gustaba que me obligasen a hacer las cosas. Desde que salí de la policía no había vuelto a aceptar órdenes. Mi cabezonería me había ganado una buena colección de golpes. Mi cara no podía estar mucho mejor que la de Chick, pero a mí me habían arrancado una oreja. No me la cortaron. Tiraron hasta que

se desprendió de lo que quedaba de mi cara. Las costillas me dolían cada vez que respiraba. Tres o cuatro de ellas debían de estar rotas. Daba igual. Todo daba igual. Ya tenían la información que querían gracias a Chick. Si nos seguían torturando, solo podía ser porque eran una panda de hijos de puta psicópatas.

Tras cada sesión de preguntas, Yuk entraba y nos intentaba curar. Nunca decía nada. Intenté hablar con ella en un par de ocasiones, pero me ignoraba. Mantenía la cabeza gacha, no sé si por costumbre o por vergüenza, y vendaba por aquí, cosía por allá... No parecía un trabajo muy agradable. Sin embargo, ella entraba siempre y nos volvía a curar. Mientras cosía el desgarró de mi oreja, vi que lloraba y pensé que podría haber encontrado una grieta, pero no me hizo ni puto caso.

Seguía haciendo recuento de daños y pensando en alguna manera de escapar de allí. No tenía sentido. Ya había barajado todas las opciones, pero no encontraba nada. Ni siquiera me sentía con fuerzas para enfrentarme a nadie en aquel momento. Un crío me habría podido tumbar de un solo golpe. De un soplido, qué cojones. Estaba pensando en aquello cuando oí que la puerta se abría y me preparé mentalmente para otra sesión de hostias. Como si valiera para algo prepararse...

—Tenéis que comer. —Era la voz de Yuk Chu, que entró en mi campo de visión con una enorme bandeja—. Él no puede comer por sí mismo. No le quedan dedos. Tendré que darle de comer yo. ¿Puedo fiarme de ti y soltarte para que comas solo?

Sonaba muy triste. Sonaba jodidamente triste. Ni siquiera me había mirado al hacer la pregunta. Dejó la bandeja en la mesa y se apoyó en ella. Por fin me miró a los ojos y, aunque su boca no se movió, sus ojos suplicaron que no se lo pusiera más difícil. Me estaba dando un atisbo de dignidad al no tener que darme de comer en la boca. Asentí con la cabeza, ya que no me sentía con

fuerzas para hablar. Ella vino detrás de mí y, tras unos segundos de forcejear, consiguió soltar mis ataduras.

»Sé bueno. No hagas que me arrepienta de esto, por favor —suplicó a mi oído. No le estaba haciendo ninguna gracia todo aquello. Entonces, ¿por qué les ayudaba?

Tras desentumecer los brazos, me acerqué a la bandeja y descubrí que tenía mucha hambre. Empecé a comer como un jodido animal. Solo importaba meterme tanta comida como me cupiese en la boca. No podía pensar más que en que pronto volverían a golpearme y prefería retrasarlo. La herida de la mejilla y los dientes rotos dolían como un demonio, pero lo ignoré. Cuando por fin levanté la vista después del arranque de hambre, vi a Yuk dándole la comida en la boca poco a poco a Chick. El tipo estaba bien jodido. Gemía de dolor con cada bocado. Yo iba a acabar como él si no ponía remedio. Miré la bandeja. Mire a Yuk de espaldas. Dos y dos son cuatro. Estampé la bandeja en la nuca de la china con todas mis fuerzas y cayó desplomada. Levanté la bandeja para golpear de nuevo, pero estaba inconsciente. Busqué algún tipo de arma entre sus ropas, pero no encontré nada que pudiera valerme. Me acerqué a Chick y empecé a hurgar la soga que le mantenía atado con cuidado de no usar ninguno de los dedos rotos o aquellos a los que les habían arrancado la uña. No eran muchos.

—Déjalo —murmuró Chick con un hilo de voz—. Vete.

—Ni de coña, tío —contesté buscando la manera de deshacer aquel nudo—. Tú te vienes conmigo.

—No puedo andar —añadió.

Miré sus pies. Eran un amasijo de carne herida. Debían haberlo hecho mientras yo estaba inconsciente, porque no recordaba haberles visto. No podría dar un paso. Les faltaba la mitad delantera.

—Yo te llevaré —expliqué—. No te preocupes.

—No puedes contigo, joder —volvió a decir con lo que pretendía ser una risa —. No puedes llevarme a ningún sitio. Lárgate y vuelve con la caballería.

Tenía razón. ¡Joder! Tenía toda la puta razón, pero me estaba matando dejarle allí con aquella banda de desquiciados. Daba igual. Tenía que largarme mientras fuera posible.

—Volveré —susurré a su oído. Le habría dado una palmada, pero no encontré dónde hacerlo sin golpear heridas. Asintió como si aquello valiera para algo. Miré a Yuk y me planteé partirle el cuello. Era una de ellos. Era una hija de puta como todos los demás, pero... Pero nos había curado. Nos había dado de comer. Había llorado. Mierda. Salí de allí dejándola inconsciente en el suelo. Nunca había sido un asesino y no pensaba empezar aquel día. Eso si no se me cruzaban Fumbe o Jäger, claro.

Asomé por la puerta y vi un pasillo con lámparas antiguas cada par de metros. Parecía todo sucio. Viejo. Abandonado. No conocía ningún sitio así en Ilarki, pero en Check podías encontrar cosas que eran impensables en cualquier otro lugar de la ciudad. En un extremo se veía una puerta doble con cristales translucidos que me dio mala espina. Había luz. Por el otro lado, una puerta de emergencia. Demasiado fácil. La calle no podía estar tan cerca. Fui corriendo hacia allí o al menos lo intenté. En realidad parecía más un anciano con prisas. Cuando empujé la barra, no pasó nada. Volví a empujar con más fuerza sin importarme el ruido que estuviera haciendo. Nada. Mierda. Me llegó el sonido de pasos al otro extremo del pasillo y reaccioné tan rápido como pude. Mi única opción era volver al cuarto en el que me habían tenido encerrado. Conseguí entrar antes de que se abriesen las puertas dobles.

—¿Yuk? —preguntó una voz de mujer—. ¿Estás dándoles tú también? Solo tenías que llevarles la comida, jodida china sádica.

No contesté. Los cojones iba a contestar. Oía los pasos de alguien acercándose a la puerta. Me pegué a la pared al lado del marco y esperé hasta que la

visitante asomó las narices. Era una chica rubia y bajita vestida de militar. Tenía cara de buena y todo la hija de puta. Extendí el brazo y le golpeé la cara con el dorso de la mano de revés. Como ella iba caminando, fue como si tuviese un puto eje clavado en la cintura. Los pies siguieron hacia delante, pero la cabeza fue para atrás y cayó a plomo. Me lancé sobre ella con la rodilla por delante, dejando que todo mi peso cayese sobre su pecho. Apunté mal y la rodilla aterrizó en su cuello. La vi boquear buscando aire durante unos segundos antes de caer muerta mientras yo no dejaba de darle puñetazos. Había tenido la esperanza de robarle la ropa y dejar de ir en pelotas, pero aquella zorra era demasiado pequeña. Acababa de matar a una persona, sí. No me dejé pensar en ello. El fusil. Piensa en el fusil que lleva al hombro. Tiré de él, pero el cuerpo de la rubia lo aprisionaba contra el suelo. Me enfurecí y tiré con más fuerza golpeando el cadáver. Me había cargado a una persona. No podía pensar en aquello. Me había cargado a una persona. Dejé de golpearla y levanté su cuerpo con una mano para liberar el arma. Me había cargado a una persona. Seguro que no iba a ser la última del día.

En pelota picada, me volví a poner en pie con el rifle en las manos. Lo amartillé. Era hora de ajustar cuentas.



UN VIEJO AMIGO

Bianca

12:37:23

La espera estaba acabando con Bianca. No era mujer de ponerse nerviosa por tonterías, pero aquello era superior a ella. No quería salir por si Seb volvía. Aquello era cierto. Por otro lado, estar esperando a que algo pasase tampoco parecía que pudiera dar buen resultado. Cada vez se complicaba todo más. Cada vez había más gente peligrosa en paradero desconocido y ella seguía sin tener ninguna noticia. Por si aquello fuera poco, Yuk también se había largado como si fuera parte del juego. ¿Cómo podía ser que aquella chica que conoció en el Colors estuviera metida en semejante locura? No conocía a nadie en la ciudad. O eso decía. Ja. Jajaja. Se juró que, la próxima persona que necesitase ayuda, ya podía ir buscándosela por su cuenta. Estaba harta de ser Bianca la buena, que al final acababa siendo Bianca la tonta. Desde aquel momento, solo le importarían Lucy y Seb. Si Seb volvía. Cuando Seb volviese. ¡Joder! Tenía que hacer algo.

Se arregló como si fuese a trabajar al club. Un vestido corto ajustado con mucho escote y unos tacones de vértigo. Se arregló la melena, que desde la mañana llevaba en una coleta, y se maquilló. El viejo ritual de cuando bailaba desnuda. Se armó de valor, se despidió de Lucy y marchó a hacer lo que solamente ella podía hacer. Ni Héctor ni Kurt podían entrar en Check. Sin

embargo, a ella no le tocarían un solo pelo. Era una chica del barrio. La habían visto por allí mil veces. Era el momento de visitar a sus antiguas compañeras.

En el Colors todo seguía como siempre. No lo pisaba desde la noche en que Seb bailó para las chicas. Aquella noche en que aquel hombre grande y estúpido le había robado el aire con un gesto tan simple como regalarle el permiso de ciudadanía y sacarla a bailar delante de todos los ricachones de la ciudad. Podía parecer una nimiedad para cualquier persona, pero para ella supuso un mundo. En una sola noche le regaló libertad y la reclamó. Le había robado el aire y un pedacito de corazón, para qué negarlo. Uno muy grande. No podía perderle cuando todo empezaba a ir bien. No otra vez. Ella se merecía que por una maldita vez en la vida no se torciese todo cuando era feliz. Con aquella fuerza en su interior, levantó la barbilla y se acercó a sus compañeras entre bambalinas. El jefe ni siquiera se había enterado de que andaba por el local, aunque era probable que le costase acordarse de que ya no trabajaba allí.

—¡Hola, chicas! —dijo provocando un alboroto general. Una docena de mujeres semidesnudas fueron a abrazarla en tropel—. ¿Os acordáis de mi marido?

—Como para olvidarle —contestó Siren, una morena imponente que era la más veterana del club—. Menudo cuerpo tiene tu chico, guapa.

Bianca sonrió apretando los dientes. No era una remilgada, pero a cualquiera le molestaba que hablasen así de su hombre.

—Vino a Check y no he vuelto a saber de él —explicó Bianca—. Creo que le puede haber pasado algo malo.

—Lo siento, cariño —replicó Siren—. Supongo que estará con alguna puta, borracho, drogado o todo a la vez. Los hombres son así de cabrones. Qué te

voy a contar.

—Lo sé —concedió Bianca—, pero creo que esta vez es otra cosa. Vino aquí preguntando por un sospechoso para una investigación que estaba llevando a cabo. Lo malo es que vino con un poli.

—¡Joder! —exclamó Debbie, otra de las veteranas—. Si fue anoche, tu chico lo tiene mal.

—¿Por qué? —preguntó Bianca consiguiendo romper el nudo que se le acababa de formar en la garganta.

—Porque hubo follón a un par de calles de aquí —contestó Debbie—. Acorralaron a dos tipos que tenían pinta de polis. Uno de ellos sacó una pistola. ¿Te lo puedes creer? No una de esas que lleva la policía de aquí, no. Una pistola de verdad. Les persiguieron y, por lo que cuentan, se los llevó una negra enorme que se hacía pasar por puta.

—¿Cómo que se los llevaron? —Bianca no entendía nada.

—Dejó que la gente de la banda que la ayudó se llevara la pistola y les dio un montón de pasta —explicó Debbie—. Esa negra llevaba tiempo por las calles, pero nadie la ha visto coger un cliente. De repente, se saca de la bota un buen montón de tokens para llevarse a dos polis. ¿Qué puta lleva tanto dinero encima? ¿Qué puta quiere secuestrar polis?

—Vale, vale —interrumpió Bianca. Estaba claro que aquella era la pista buena—. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Desde entonces no la han vuelto a ver en la calle —contestó Debbie—. Solía andar con un tipo al que llaman Andy el cojo, un camello del barrio de toda la vida. No sé si le vendía droga a la puta o qué negocios se traían entre manos. Si alguien sabe algo, será él.

Bianca agradeció la información y abrazó a sus antiguas compañeras. Más que como muestra de afecto, para recoger un poco de energía. Se sentía derrotada. Aquello pintaba cada vez peor.

No le costó mucho encontrar a Andy. A una *stripper* del Colors nadie le ocultaba información. Era una de los suyos. Cuando vio al tipo en cuestión, se tomó unos segundos para tranquilizarse antes de hablar con él. Era alto, muy alto, y delgado. Si no hubiera sido cojo, estaba segura de que le habrían apodado El fideo o algo similar. Trasteaba con su pad apoyado en una pared como si estuviera esperando algo. Clientes, supuso.

—Hola, Andy —dijo con una deslumbrante sonrisa mientras apoyaba una mano en la pared al lado del brazo del camello. Con la otra, se retiró el pelo para que el escote quedara bien a la vista.

—Hola, ricura —contestó Andy antes de hacerle un escaneo completo. Su sonrisa se hacía más amplia cuanto más de ella veía—. ¿Qué te trae por aquí?

—Estoy buscando a una mujer negra que hacía la calle por esta zona, pero, desde ayer, nadie la ha visto.

Andy perdió la sonrisa. Debería haberlo camelado un poco con más sonrisas, algún toqueteo y dándole a entender que podían acabar echando uno rápido en el callejón más cercano, pero estaba demasiado nerviosa. Demasiado ansiosa. Veinticuatro horas. Tenían a Seb desde hacía veinticuatro horas y solo Dios sabía lo que podrían haberle hecho en aquel tiempo.

—¿Para qué la buscas? —preguntó el camello al cabo de unos segundos. Su mirada había pasado de hambrienta a recelosa.

—Cosas de chicas —contestó ella. Se acercó un poco a Andy y dejó que uno de sus dedos pasease arriba y abajo de su pecho. Levantó la mirada para clavarla en sus ojos. Tan solo unos centímetros separaban sus rostros—. Necesito consejos de una profesional y me la han recomendado, pero no soy capaz de encontrarla.

—Claro, claro —contestó Andy con las defensas bajas de nuevo. Sin embargo, Bianca notó que ya no parecía comérsela con los ojos—. Creo que puedo

ayudarte. Hay un tipo que trata mucho con ella y seguro que puede encontrarla. Sígueme.

Echó a caminar y Bianca le siguió tan rápido como pudo con los tacones. Él echaba la vista atrás de vez en cuando y la animaba a seguirle con la mano. Finalmente, llegaron a un callejón y el cojo, que a pesar de renquear caminaba muy rápido, se metió dentro. Bianca no las tenía todas consigo, pero le siguió y vio cómo este hablaba con un tipo que estaba apoyado en la pared. La mala iluminación de la zona no le permitió distinguir sus facciones, pero dudaba de que le hubiera valido de algo. Andy caminó de vuelta a ella.

—Ahí le tienes —indicó—. Dice que no tiene problema en hablar contigo.

Sin decir más, el camello volvió a su lugar de trabajo. Para cualquier mujer era una mala idea entrar en un callejón con un vestido corto y tacones al encuentro de un tipo siniestro. Pensó que debía estar loca para meterse en la boca del lobo por propia voluntad, pero no había otra manera de hacerlo. Se dirigió hacia él aparentando toda la seguridad que consiguió fingir. Los tacones ayudaban.

—Hola —saludó cuando se detuvo a un par de metros de distancia—. Andy me ha dicho que debo hablar contigo.

Una pequeña brasa se iluminó delatando que el hombre estaba fumando.

—Acércate —ordenó. Bianca dio un par de pequeños pasos hacia él.

—Verás —dijo Bianca—. Necesito encontrar a...

No pudo decir más. El brazo del hombre salió disparado y agarró el de ella. De un tirón la arrojó al fondo del callejón. Bianca consiguió mantenerse en pie de milagro.

—¡He dicho que te acerques, coño! —gritó el extraño—. Vaya manera de saludar a los viejos amigos, puta.

Los ojos de Bianca ya se iban acostumbrando a la oscuridad y pudo distinguir su rostro. Lo que más la alarmó no fue el hecho de estar acorralada en un

callejón oscuro con un tipo que la hablaba de aquella manera, sino la cicatriz de su mejilla. Conocía bien aquella cicatriz. Conocía bien a aquel hombre. Era el matón que casi acaba con Seb y Kurt y al que ella dejó inconsciente partiéndole una silla en la cabeza. Lars. Aquel cabrón se llamaba Lars. Vio cómo abría una navaja automática mientras su cara se ensanchaba con una gigantesca sonrisa.

—Oye, no hace falta... —empezó a decir Bianca. Algo la distrajo. Había alguien en la entrada del callejón.

—Claro que hace falta —replicó Lars—. Y no intentes engañarme mirando a mi espalda. No soy ningún puto novato.

La persona que había detrás de su atacante se estaba acercando con mucho sigilo y una barra o palo en la mano. Tal vez fuese otro de la banda que estuviese cubriéndole las espaldas. Tal vez fuese un salvador desconocido. ¿Había de aquello en Check? Decidió no delatarle y fijó su mirada en Lars.

—A veces funciona —explicó encogiéndose de hombros—. ¿Te sigue doliendo la cabeza?

Ya podía ver un poco mejor al otro hombre que había llegado. Tenía la cabeza, rapada salvo por dos pequeñas hileras de pelo muy largo y blanco que recorrían su cabeza de adelante a atrás. Llevaba un aro en la nariz, varios tatuajes en la cabeza y la cara y un chaleco de cuero. Se volvió a insistir en no mirarle, pero era imposible. No tenía pinta de héroe anónimo.

—Más te va a doler a ti todo el cuerpo cuando te vaya cortando en pedazos, zorra —escupió Lars. Paseaba la navaja por delante de sus ojos muy despacio—. ¿Qué coño estás mirando? No voy a...

El impacto fue brutal. Las piernas de Lars flaquearon y cayó de rodillas antes de desplomarse. El tipo del chaleco debía tener mucha fuerza para haberle dejado fuera de combate con un solo golpe. Bianca se dijo que no podía sentirse segura mientras aquel otro hombre estuviese allí, aunque su palo se

hubiese partido con el golpe, y buscó frenética algo que le pudiese valer de arma.

—¿Estás bien, rubia? —preguntó una voz familiar.

—¿Kurt? —Aquella era la voz de Kurt, pero el pelo, los tatuajes, la ropa...

—Claro que soy yo, chica —contestó el policía—. ¿Estás bien?

—¿Qué le ha pasado a tu pelo? —En lugar de contestar, solo podía hacer preguntas. Era todo muy raro. Kurt estaba orgulloso de muy pocas cosas, pero una de ellas era su pelo.

—Me lo he tenido que cortar para ir de incógnito —explicó él pasando la mano por su cabeza con expresión triste—. Ahora deja de preguntar y dime si estás bien.

—Estoy bien —contestó por fin Bianca—. No entiendo nada, pero estoy bien.

—Entonces ayúdame a llevarnos a este a la central —pidió Kurt agachándose para levantar a Lars.

Ente los dos lo fueron acercando hacia los límites del barrio mientras Kurt le explicaba a Bianca que no se fiaba de que ella fuera a quedarse en casa. Por aquel motivo, había preparado un disfraz que le permitiese entrar en Check sin que le lincharan y se había quedado vigilando su edificio por si alguien iba a por ella o, como había sido el caso, por si ella decidía hacer una excursión peligrosa. Estuvo a punto de insultarle por haberla seguido, pero el hecho de que le hubiera salvado la vida pudo más. Sin embargo, había un último tema que la tenía preocupada.

—¿Cómo piensas sacar a este tipo de aquí? —preguntó. Habían pasado un brazo del hombre inconsciente por los hombros de cada uno de ellos. Parecía estar borracho o colocado y, mientras se moviesen dentro de Check, no habría problema. Si intentaban sacarlo, seguro que sí que lo había. De hecho, ya tenían un grupo de personas siguiéndoles a una distancia prudencial.

—Está todo pensado. No te preocupes —contestó Kurt. Sacó su pad del

bolsillo del chaleco y pulsó un par de veces. Quedaba solo una manzana para abandonar el barrio.

Un maglev policial se acercó hacia ellos a demasiada velocidad. En plena marcha, abrió las cuatro puertas y se detuvo a apenas un metro de donde estaban. Empezaron a llover piedras ¿De dónde las habían sacado sus perseguidores?. El compañero de Kurt, Harris, asomó la cabeza por encima de la puerta del conductor.

—Los tenéis encima —gritó—. Daos prisa.

Aceleraron el paso todo lo que pudieron y empujaron el cuerpo de Lars al asiento trasero.

—Monta tú delante —dijo Kurt tirándose encima del cuerpo inconsciente del matón.

Bianca no se lo hizo repetir y se metió en el coche de cabeza. El vestido acabó en su cintura, pero lo que menos le preocupaba era que le vieran el trasero con la lluvia de piedras que estaba cayéndole encima al maglev. Harris arrancó en cuanto tuvo medio cuerpo dentro y dio marcha atrás a toda velocidad. Otros cuatro maglevs de policía aparecieron para disuadir a los furiosos ciudadanos de Check de seguirles fuera del barrio.

—Bonito culo, chica —apuntó Harris con una sonrisa.

Bianca estuvo a punto de soltar algún insulto o darle una bofetada, pero se lo pensó mejor. Se bajó el vestido.

—Gracias, cielo —contestó antes de plantarle un enorme beso en la mejilla al bueno de Harris.



DONDE LAS DAN, LAS TOMAN

Seb

Antes de salir del cuartocho donde me habían tenido encerrado, eché un vistazo a Chick. A pesar de lo molido a palos que estaba, vi que sonreía e incluso llegó a mirarme con el ojo que podía abrir.

—Mátalos a todos —musitó.

Asentí y di la vuelta para asomarme al pasillo. Seguía desierto. Malo. Habían mandado a una persona que no había vuelto. Habían mandado a otra persona para buscarla, pero tampoco había dado señales de vida. Era de esperar que llegase el puto séptimo de caballería. Volví dentro para quitarle el cinturón a la muerta sin dejar de poner la oreja en el pasillo. Solo llevaba dos cargadores más. Tendrían que ser suficientes. Me colgué el cinto del hombro derecho y encaré la puerta doble que parecía ser mi única salida. Para ahorrar munición, puse el fusil en modo semiautomático. Ráfagas de tres tiros, si no recordaba mal de mis tiempos en la academia de Nueva York. En la de Ilarki no te enseñaban estas cosas por la sencilla razón de que estos fusiles no estaban en la Luna. Manda cojones. Pues se les había colado al menos uno. Inútiles.

Caminaba muy despacio, atento al rumor de conversaciones que me llegaba desde el otro lado de la puerta. En parte era por cautela. Por otro lado, estaba tan hecho mierda que no podía darme prisa para nada. Ojalá el retroceso del

arma no me tirase de culo al suelo. Tomé aire antes de darle una patada a la puerta. ¡Joder! Las putas costillas. Solté el aire y me decidí por ir empujándola despacio con la rodilla para hacerme una idea de lo que me esperaba al otro lado antes de que empezase el baile.

Cuando la había abierto un par de palmos, vi una mesa con tres mujeres jugando a las cartas. Bueno, debían haber estado haciéndolo, pero había una silla libre. Se iban a hartar de esperar. La cuarta jugadora estaba tirada en el suelo a diez metros de allí con el cuello roto. Justo cuando empezaba a levantar el arma para hacer puntería, una de las mujeres me vio. Me miró. La miré. Abrió la boca. Abrí fuego. A la mierda guardar munición. Empecé a bañar a las tres de plomo mientras las costillas me hacían lagrimear de dolor. No veía, pero la dirección era la adecuada. Cuando el clic del percutor golpeando en vacío me indicó que había gastado todo el puto cargador, solté la mano izquierda del arma para aclararme los ojos. Habían caído las tres sin levantarse siquiera de los asientos. Dos se habían desplomado sobre la mesa, cabeza con cabeza, como si estuvieran contándose algo. Por alguna razón extraña, no pude evitar imaginarlas preguntándose si San Pedro llevaba tridente o habían ido al infierno. La tercera, la que me había visto, estaba despatarrada en su silla con un montón de boquetes rojos en la ropa. Todas mujeres. Ya llevaba cuatro. Buen estreno.

Solté el cargador para meter otro. Tendría que ir con más ojo en adelante. Mientras lo encajaba en el arma, la puerta se cerró con una fuerza bestial. Alguien había cargado contra ella o le había dado una patada desde el otro lado. Mi rodilla cedió y la puerta me dio de lleno en la cara. Dolió, pero ya estaba acostumbrado a que me doliese. Lo peor fue que el fusil se me clavó en las costillas haciéndome verlo todo rojo. El cargador había escapado de mi mano y yo estaba tirado de culo en el pasillo. A tientas y con la visión borrosa intenté meter mi último cargador en el arma. Algo apareció en el hueco de la

puerta. Algo negro, grande y con muy mala hostia. No necesitaba ver bien para saber que era Fumbe.

Supongo que fue la adrenalina lo que hizo que dejase de sentir el dolor en el pecho y se me aclarase la visión. Me miraba hecha una furia con su ropa interior de camuflaje, sus botas militares y un machete en la mano. Joder... Me puso nervioso. Me puso muy nervioso. No atinaba a meter el puto cargador porque mi desquiciada mente trataba de apuntar hacia ella mientras la otra mano intentaba darme algo que disparar. Visto en retrospectiva, me comporté como un autentico gilipollas. Ella no se quedó mirando cómo cargaba, por supuesto. Con un rugido, se lanzó sobre mi cuerpo caído con el brazo del machete echado hacia atrás.

A la mierda el cargador. También se me había escapado de la mano. Rodé hacia un costado para evitar que me partiese por la mitad. Fumbe aterrizó sobre el suelo pero se rehízo enseguida. Aún de rodillas, lanzó un tajo lateral que conseguí detener interponiendo el fusil. Aquello hizo que casi perdiese el agarre. Me dio un par de segundos al ponerse de pie mientras balanceaba el cuchillo. Ni se me ocurrió buscar el cargador. Agarré el arma por el cañón con las dos manos y le sacudí en las rodillas con todas mis fuerzas. Sabía que no eran muchas, pero cuando te van a matar aparecen algunas que nunca habías sabido que estaban ahí. Casi pierdo el agarre del cañón, pero el sonido a madera rota de su rodilla hizo que mereciese la pena. Se ladeó, gritó y se llevó la mano libre a la rodilla machacada, pero no soltó el puto machete. Me incorporé y, aprovechando el impulso, le sacudí en la cabeza desprotegida con la culata del fusil. Aquello sí que me hizo perderlo. El impacto fue tan brutal que se me escapó de las manos, pero Fumbe soltó el cuchillo y se desplomó boca abajo.

Estaba recuperando la respiración cuando vi que su mano tanteaba buscando el machete. No se me ocurrió buscar el fusil. No se me ocurrió cargarlo y

descerrajarle un tiro en la cabeza. Tan solo se me ocurrió palpar mi cuerpo desnudo buscando algo con lo que matarla. Ya he dicho que fui un poco gilipollas. Encontré el cinto de la rubia en mi hombro y, sin pensarlo siquiera, me monté a horcajadas sobre la espalda de Fumbe, le pasé el cinturón bajo la cabeza y empecé a estrangularla. A pesar de estar casi inconsciente, se empezó a revolver como si tuviera un ataque de epilepsia haciéndome montar en una macabra versión del toro mecánico.

—Muérete, joder —mascullé entre dientes—. Muérete ya, hija de puta.

Es increíble lo que puede tardar en morir por estrangulamiento una persona. En las pelis siempre caen en diez segundos. Aquello fueron varios minutos, aunque la verdad es que lo alargué. No quería arriesgarme a que solo estuviera inconsciente y apareciese por mi espalda. Lo sé. He visto demasiado cine. La cosa es que se me acabaron acalambrando los brazos de tanto tirar y me di por vencido. Tenía que estar muerta. Me di un par de minutos para recuperarme del esfuerzo, recogí el fusil y los dos cargadores, metí uno en el arma con más suerte que en los dos intentos anteriores y me preparé para lo que pudiese quedar. No debía ser mucho. Con el jaleo que había armado, cualquiera podría haber aparecido por mi espalda mientras estrangulaba a la negra. Si no había venido nadie, o estaban muy lejos o ya no quedaban más.

Cuando me sentí preparado, me puse en pie y entré en la habitación donde habían estado jugando a las cartas. Aparte de la mesa y un sofá, tan solo estaban los tres cadáveres con los que mi cuenta llegaba a cinco. Cinco muertes en un día, joder. Cinco muertes en toda mi puta vida y todas a la vez. Todas mujeres. Amartillé el arma. Todavía faltaba, al menos, uno más. El cabrón de Jäger tenía que estar por algún lado, pero no le había llegado a ver. Tal vez hubiera salido. Aproveché que en el sofá había un abrigo tirado y me lo puse. Lo sé. Acababa de tirotear y estrangular gente, pero llevar la polla al aire me parecía inadecuado. Por suerte no era un abrigo de leopardo, porque

me lo habría puesto igual. Era negro y me llegaba por las rodillas. Menudas pintas. Ahora había que elegir entre las dos puertas que tenía frente a mí. Escuché en cada una de ellas pegando mucho la oreja. Nada. Había que disparar a ciegas.

Abrí la puerta de la derecha con mucho cuidado y las bisagras chillaron como si las estuvieran torturando. Tenían que haberlo oído incluso en el ayuntamiento, pero, si no habían oído los tiros, aquello aún menos.

Tardé unos segundos en comprender lo que veía. Era un cuerpo tumbado en un sillón de realidad virtual similar a los que se usan en la cárcel o para el intercambio de recuerdos. El tipo en cuestión era Jäger. A ver, era el cuerpo de Solomon en el que se había fugado Jäger. Me acerqué muy despacio y puse el arma en su sien. Joder. Por fin iba a acabar aquello. No me lo podía creer.

Mientras apretaba el gatillo para soltar una ráfaga tras otra de plomo y los sesos de Jäger quedaban esparcidos por toda la habitación, me planteé que en el cine nunca era tan fácil. Qué poco heroico. El bueno se encuentra al malo inconsciente y le revienta el cráneo. La verdad era que no tenía muy claro que yo fuera el bueno, pero de que Jäger era el malo no me cabía una puta duda. Después de aquel pensamiento, no me vino ninguno más. Tan solo una descarga eléctrica tan potente que caí al suelo de bruces.

—Mira que cargarte al pobre Solomon ahora que por fin había recuperado su cuerpo... —No conocía aquella voz que sonaba al lado de mi oreja—. Si hubieras venido tres minutos antes, me habrías matado a mí.

Chascó la lengua y me giró la cabeza para que le viera. Era el puto Desmond Krieg, el tipo al que había dejado tumbado en un sillón de realidad virtual en la cárcel y que llevaba a Solomon en la cabeza. No podía creerme que le hubieran soltado. Subnormales. Intenté moverme, pero la descarga me había dejado paralizado. Ni siquiera pude cagarme en su puta madre.

»Casi lo tenías, chico —susurró a mi oído—. Solo te faltaba yo, el más flojo

de todos. Ya casi habías acabado y se te ha olvidado mirar detrás de la puerta. Pareces nuevo. Seguro que ya te imaginabas corriendo a un hospital a que te curasen las heridas y te implantasen una oreja nueva.

Estaba hurgando en un armario. No tenía ni idea de qué demonios estaría haciendo, pero me daba mala espina.

»Siempre habrías sabido que no era tu oreja, pero no te habría importado. Tener dos orejas es importante, ¿verdad, Sebastian? Pero hay algo que ni siquiera los médicos pueden curar. Todavía no sabemos cómo recomponer la médula.

Sentí que me levantaba el abrigo y un dolor extremo abrasó mis riñones. Jamás en mi puta vida había sentido algo así, un pinchazo como si me estuvieran partiendo por la mitad.

»Bonito culo —soltó Krieg.

Fui recuperando la movilidad. Apoyé las manos en el suelo e intenté incorporarme, pero las piernas no me respondían. Luché. Peleé. Apreté los dientes y ordene a mis piernas que se movieran, pero no me hicieron caso. Lloré. Aquel hijo de puta psicópata acababa de dejarme paralítico.



EL LADO OSCURO DE LA CARRETERA

Seb

Me toqué las piernas y no sentí nada. Nada. No soy ningún niño, pero me vine abajo. Casi ni me enteré de que me cogía por los sobacos y me subía a una silla resollando como un puto buey. No soy un tipo pequeño y Jäger era un tirillas. Si hubiese podido pensar en algo que no fuera que no iba a volver a mover las piernas nunca más, le habría soltado un cabezazo en la cara. Con un poco de suerte, le habría partido la nariz al cabrón.

—Pesas mucho para la poca cosa que eres, Sebastian —dijo recuperando el resuello.

—¿Que me has hecho, cabrón de mierda? —pregunté intentando mover las piernas, tocándolas sin sentir nada, pellizcándolas...

—Te he partido la médula para que dejes de molestar —contestó—. No paras de matar gente. Eres el peor secuestrado que he tenido jamás.

—Tu puta madre, Krieg.

—Entiendo que el deber de todo rehén es intentar escaparse —continuó como si yo no hubiera hablado—. Lo que no hace falta es que sea tan eficiente y mate a todo el mundo por el camino.

—¿Por qué? —pregunté sin entender nada—. ¿Por qué no me has matado?

—Necesito que entiendas, Sebastian —explicó—. Bueno, no lo necesito, pero me gustaría que entendieses lo que hago y por qué lo hago.

—¿Matar gente? —tercié intentando poner en mi voz todo el odio que sentía—. Eso lo tengo claro. Eres un cabrón que disfruta de arrancarles la vida a los demás. Puedes ahorrarte la charla.

Pasaron unos segundos en los que pude oír cómo paseaba por detrás de mí.

—¿Soy un cabrón? —preguntó—. ¿Soy el malo por matar gente? En Ilarki la pena por no tener permiso de habitabilidad en regla es la expulsión. Si tienes pasta, vuelves a la Tierra. Si eres pobre, sales al exterior y mueres. Más de trescientas personas mueren así cada año. ¿Eso no es maldad? Los policías que detienen a esa gente son malos, sí. Los que dictan esas sentencias son malvados, por supuesto. Los agentes que acompañan a esas personas hasta las exclusas son más verdugos que policías. Pero la verdadera maldad no está en ellos. Está en quien crea esas leyes. Un tipo decide que deben morir trescientas personas al año y nadie dice nada. No es un cabrón. El cabrón soy yo, claro.

—No me des la puta charla, Krieg.

—Prefiero que me llames Jäger, Sebastian —replicó con voz tranquila. A los locos homicidas les encanta hablar durante horas. Eso te da una oportunidad de acabar con ellos, pero yo no podía siquiera ponerme en pie.

—Y yo prefiero cagarme en tus muertos, Krieg —apunté dejándole claro lo que me importaban sus gustos. Recordé lo que le jodía—. No me van mucho los Stones, ya sabes.

—No tiene nada que ver con los Stones —contestó poniéndose delante de mí. Parecía molesto. Muy molesto. Bien—. Significa cazador en alemán.

—No te pega —contesté entrecerrando los ojos. Siempre la misma puta explicación—. Tú no cazas nada. Lo hacía tu putita por ti.

Jäger chascó la lengua y, con las manos a la espalda, paseó por delante de la silla.

—Caza menor —negó mientras sacudía la cabeza mirando al suelo—. Yo me

dedico a la caza mayor. Yo voy a por el premio gordo.

—Tú eres un cobarde que se miente a sí mismo —repliqué entre dientes—. Mientes a todo el mundo para poder seguir matando.

—¿Acaso eso te disgusta? —preguntó deteniéndose mientras me miraba muy serio—. A todo el mundo le gusta que le mientan. Seguro que a ti también. La publicidad de esta ciudad en la Tierra dice que esto es un nuevo comienzo, una manera de empezar de cero. Dejarlo todo atrás y mejorar. ¡Ja! Todo mentira. La gente viene aquí a hacer lo mismo que en la Tierra. Tú viniste siendo poli a ser poli. Los humanos no queremos cambiar. No podemos cambiar. ¿Conoces a alguien que haya empezado una nueva vida aquí? Una vida mejor, claro.

Resoplé. Fue todo lo que podía hacer. No conocía a nadie que hubiera dejado su mierda en la Tierra. Todos nos la habíamos llevado a costas y la esparcíamos por las calles de Ilarki. Jäger asintió con la cabeza ante mi silencio y fue empujando mi silla con esfuerzo hasta ponerme cerca de una ventana.

»No conoces a nadie. Tal vez el alcalde. El resto están igual de jodidos, porque eso es lo que necesitan —continuó desde detrás de mi cabeza—. Necesitan borregos que crean que su vida puede ir mejor, aunque en el fondo sepan que van a seguir igual. Te dan la esperanza de que haya un golpe de suerte, pero nunca llega. Algunos estudian durante años para no acabar reparando coches como su padre, pero acaban poniendo perritos en plena calle. A nadie le va mejor, porque para eso hace falta que a otro le vaya peor y ellos solo pueden perder si tú ganas. ¿Qué ves?

—Check —contesté mirando por la ventana. Las palabras de aquel lunático llevaban demasiada razón como para discutirle. Todo loco viste su locura de cordura, sus mentiras de verdades. Al final acaba pareciendo que llevan razón solo porque la llevaron al principio.

—Muy bien —contestó—. ¿Qué ves más arriba?

—El cielo.

—¿Qué más?

—No sé dónde quieres llegar, Krieg —corté.

—La Luna, Sebastian —explicó él. En el cielo artificial de Check se veía una Luna en cuarto creciente—. Estamos dentro de la Luna. Lo sabemos. Sin embargo, seguimos necesitando levantar la vista por la noche y ver la Luna. Necesitamos que nada haya cambiado. Necesitamos que nos mientan. Si no viéramos la Luna, nos volveríamos locos. Por eso nos ponen un sol durante el día y una Luna por la noche y nos encanta. Nos agrada. Vivir en la Luna es un sueño cuando estás en la Tierra, pero, cuando llegas aquí, quieres olvidarte de dónde estás para seguir haciendo lo mismo que en casa. Somos gilipollas, Sebastian.

Quedamos en silencio unos minutos mientras miraba aquella Luna falsa. Tenía razón. Tenía demasiada razón. Sin embargo...

—No entiendo qué tiene esto que ver con matar a cien mil personas —apunté cuando recuperé un poco de lucidez.

—La gente que vive aquí son borregos —contestó—. Son ovejas que se juntan y van donde el perro les dice. Solo hay una cosa que les pueda hacer cambiar. El lobo. El miedo. El peligro. Eso soy yo, Sebastian. Voy a darles tanto miedo a todos como para que se tengan que parar a pensar qué demonios están haciendo.

—Matándolos—insistí.

—Matando a los de aquí para que empiecen a pensar los de allí abajo —explicó—. Destruyendo este gran engaño que es Ilarki. Haciendo que se menee como una peonza parándose hasta que se lleve esta ratonera por delante y a todos los ratones por el camino. Nada va a cambiar en la Tierra si todos sueñan con venir a la Luna.

—Estás como una puta cabra, Krieg —resumí.

—¿Más loco que los que viven vidas miserables en Check esperando ver un nuevo amanecer falso? —preguntó acercando su cara a mi mejilla—. ¿Más loco que un poli que se mete a detective y sueña con vivir en una casa mejor follándose a una puta?

—*Stripper*—corregí.

—¿Cómo?

—Mi mujer es una *stripper*—expliqué—. Y todavía no me la he follado. Ahora que me has dejado paralítico, ya no podré follármela.

Apoyó su cabeza en mi hombro mientras se descojonaba. Error. Pasé de estar totalmente quieto a agarrarle la cabeza con ambas manos en un segundo. No se lo esperaba. Vaya cazador de mis cojones. Con toda la fuerza que pude reunir, le retorcí el cuello hasta que escuché cómo se partía. Cuando le solté, cayó desplomado a mi espalda.

—Vuelve a contarme esa historia, anda —dije dándole vueltas a cómo salir de allí sin poder mover las piernas—. Cuéntame la puta historia de tu vida, retrasado.



DOS VIDAS POR UNA GALLETA

Bianca

07:11:28

Estaba desesperada. Nadie le decía nada. Kurt había contestado al pad las primeras cuatro veces y la había despedido diciéndole que, cuando supieran algo, se lo contaría. Le había notado tenso. Enfadado. Igual estaba siendo un poco pesada, pero no era normal no poder hacer nada. Ni siquiera la dejaron entrar en comisaría y casi fue mejor. No iba vestida para pasearse entre un montón de polis, así que marchó a casa a esperar noticias.

Paseaba inquieta de un lado a otro. Se dio una buena ducha intentando relajarse. Al salir, miró el pad y vio que había tardado cuatro minutos en ducharse. ¡Le había parecido una hora! El tiempo pasaba muy lento y ella tenía prisa. Prisa por saber, por hacer, por traer a Seb de vuelta a casa. ¡Maldita sea! Quería tenerle allí, molestando con sus comentarios estúpidos y su carita de no haber roto un plato mientras dejaba caer uno. No. No quería. Lo necesitaba.

Tenía los ojos destrozados de tanto llorar. Se los apretaba para dejar de hacerlo. No quería ser débil. No podía ser débil. Llorar no arreglaba nada, pero era imposible evitarlo. Cada vez que miraba a la habitación de él, veía a Lucy tumbada con la cabeza entre las patas mirando hacia dentro, como si fuera a materializarse de un momento a otro. A veces deseaba ser como ella y

creer que las cosas se arreglaban solas, pero sabía que no iba a ser así. En ocasiones, la perra también lloriqueaba sin mover ni un músculo, como si temiera estropear el hechizo que traería a Seb de vuelta si se movía. Ni siquiera se puso en pie cuando sonó una llamada al videoportero. Tan solo levantó las orejas para no perder detalle y siguió en su perpetua vigilancia.

A través de la imagen vio a una mujer de unos cincuenta años. Rubia, melena corta, traje ejecutivo... No. Decididamente no la conocía.

—¿Quién es? —preguntó sin activar la imagen interna. Aquella mujer no necesitaba verle la cara.

—Soy Rose Mary Reginald, la mujer del alcalde —contestó. Así que aquella era la alcaldesa. No impresionaba demasiado. No impresionaba en absoluto —. Necesito hablar con usted, señora Kaneva. Es importante.

Bianca no contestó. Se limitó a abrir la puerta. ¿Qué demonios hacía allí? No tenía sentido, salvo que hubiera pasado algo grave. Joder, no. Eso no. Por favor, por favor, por favor... Nuevas lágrimas acudieron a sus ojos y volvió a apretarlos con las manos. Consiguió serenarse un poco para cuando sonó la llamada a la puerta. Abrió de inmediato.

—Pase, por favor —dijo con un hilo de voz mientras se retiraba para dejar el paso libre a la mujer más poderosa de la ciudad.

—Gracias —contestó Rose Mary entrando en la cocina con paso decidido mientras miraba a todos lados con suspicacia. Bianca le señaló una silla y ambas tomaron asiento en lados enfrentados de la mesa.

—¿En qué puedo ayudarla, señora Reginald? —preguntó Bianca tragando el nudo que tenía en la garganta. Estaba a punto de romper a llorar otra vez.

—Lo que tengo que hablar con usted es un tema delicado y prefiero hacerlo personalmente—contestó la alcaldesa—. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—¿Es por Seb? —preguntó Bianca al borde del llanto.

—¿Qué? —La alcaldesa parecía realmente sorprendida hasta que comprendió

lo que estaba pensando la otra—. ¡No! Oh, pobre mujer. No. No hemos encontrado el cadáver de Seb ni nada por el estilo.

Bianca soltó el aire que llevaba conteniendo desde que supo quién era su visitante y sintió un alivio increíble. Le dieron ganas de levantarse y abrazar a aquella mujer.

—Pues usted dirá —fue todo lo que se le ocurrió. De pronto, lo que tuviera que transmitir la otra había dejado de ser importante.

—Seguimos sin encontrar a Seb ni al agente Sullivan—explicó Rose Mary—. Están interrogando a ese hombre que usted ayudó a capturar desde hace horas, pero parece ser que no le han contado gran cosa. Sabemos que pertenece al entorno de Jäger, pero no a su círculo cercano. No tenía relación directa con los líderes.

—No entiendo esta visita, señora Reginald. —Bianca empezaba a impacientarse. A todo el mundo le gustaba jugar a las adivinanzas.

—Hemos conseguido saber que, sea lo que sea lo que planea ese loco, va a suceder mañana —explicó Rose Mary. Miró su reloj—. Hoy, para ser exactos. Estamos organizando una evacuación de las personas más relevantes para sacarlas de aquí antes de que suceda.

—Repito que no entiendo esta visita —insistió Bianca.

—Seb ha realizado servicios muy importantes para esta ciudad, señora Kaneva —dijo la alcaldesa—. Ha desaparecido trabajando para nosotros y me siento en deuda con él. He reservado una plaza para usted en la lanzadera que sale dentro de tres horas.

—No —negó Bianca sacudiendo la cabeza.

—Creo que no entiende...

—Claro que entiendo —soltó Bianca golpeando la mesa con las palmas—. Entiendo que ha metido a mi marido en un lío y ahora no sabe cómo sacarle. Entiendo que van a largarse de aquí dejando a miles de personas a su suerte.

Entiendo que le dan por muerto, pero no está muerto. No pienso moverme de aquí si no es con él.

—Yo me quedo hasta el final—contestó Rose Mary envarándose en la silla y mirando fijamente a los ojos de Bianca. Seguro que no estaba acostumbrada a que le hablasen de aquella manera.

—Pues yo también, así que más les vale parar esto o moriremos las dos —replicó Bianca—. Yo voy a seguir buscando a mi marido.

La alcaldesa abrió la boca y tomó aliento, pero volvió a cerrarla sin decir nada. Apretó los labios con fuerza y se puso en pie.

—Debería aprovechar esta oportunidad, señora Kaneva —insistió—. Muchos pagarían millones por ella.

—No hay dinero en esta ciudad que me pueda sacar de ella sin encontrar al idiota de mi marido, Ruzz —contestó Bianca usando el mote que Seb le había explicado que reservaba para sus amigos. La alcaldesa abrió mucho los ojos—. Ustedes hagan lo que tengan que hacer. Yo voy a seguir esperándole.

Rose Mary ni siquiera le recriminó el trato informal o las formas. Se encaminó a la puerta y marchó sin decir nada más. Lucy, que había levantado la cabeza mirando a las dos mujeres que discutían en la cocina, volvió a dejarla caer entre sus patas. Aquello le dio una idea. Una muy estúpida, pero se le habían acabado las buenas. Cogió la correa.

—Lucy, cariño —dijo acercándose a la perra—. Vamos a buscar a papá.

Se sorprendió por lo que acababa de decir. Realmente sentía que eran una familia. En algún momento, todas sus defensas habían caído sin que ella se diese cuenta siquiera.

De nuevo en Check, pero, en aquella ocasión, vestida con unos vaqueros y una camiseta, con la correa en una mano y una sudadera sucia de Seb en la otra. Los perros eran capaces de encontrar rastros, ¿verdad? Lucy se pasaba el día

en la puerta del cuarto de Seb. Si había algún olor relacionado con él por aquel barrio, la perra debía ser capaz de encontrarlo. Aquella era la teoría, claro. La realidad era que Lucy olisqueaba por todas partes y la miraba sin comprender qué debía hacer. Llevaban casi una hora dando vueltas y la gente las miraba raro. No era muy común ver perros en aquel barrio.

Sin embargo, contra todo pronóstico, apareció un segundo perro correteando a saltos en dirección a ellas. Era aquella perrilla que solía coincidir en el parque con Lucy. Dori. Sí, se llamaba Dori. Llegó hasta ellas y olisqueó el trasero de Lucy mientras esta movía el rabo. Luego empezó a ladrar y marchó correteando de nuevo. Bianca no entendía lo que hacía aquella perra, pero Lucy se quedó muy tiesa mirándola. Dori se detuvo y las miró antes de soltar un nuevo ladrido. Quería que la siguieran. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, estaban haciendo cosas estúpidas.

En cuanto Bianca dio un paso, Lucy empezó a tirar de la correa para acercarse a su amiga. Dori, al ver que la seguían, siguió trotando con aquellos característicos brincos de los perros pequeños y las guió por diferentes calles hasta detenerse ante una puerta. Se sentó delante de ella y volvió a ladrar. Quería una chuche.

—No he traído galletas, cariño —dijo Bianca apenada antes de darse cuenta de lo que hacía Lucy. Se había tirado cuerpo a tierra y tenía el hocico pegado a la rendija inferior de la puerta. ¡Por Dios santo! ¡Estaba allí dentro!

Empezó a buscar algo con lo que abrir. No tardó en encontrar una especie de barra de metal tirada en la calle. A saber de dónde había salido. Usando el extremo más delgado, hizo palanca hasta que la puerta se abrió con un golpe seco que retumbó en el callejón. Abrió con cuidado y escudriñó el interior. Estaba muy oscuro. La única iluminación provenía de unas luces de emergencia, pero fue suficiente para ver un largo pasillo. No se veía ni un alma por allí. Ningún sonido. Lucy volvió a tirar de la correa y Bianca se dejó

llevar. Dori se quedó en la entrada mirándolas.

Avanzaron unas docenas de metros por el enorme pasillo hasta que la perra se detuvo delante de una puerta y empezó a rascar con fuerza. Bianca sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Probó el picaporte sin ninguna fe. Se abrió. Por fin algo salía bien. Lo que vio dentro le dejó la sangre helada. Allí estaba Seb, tumbado en un sillón de realidad virtual con cables y tubos saliendo de su cuerpo. Vivo. Seb estaba vivo.



DE VUELTA A DÓNDE PERTENECEMOS

Seb

01:42:17

Poco después de partirle el cuello al hijo de puta de Jäger, empecé a sentir un cosquilleo conocido. No podía ser. ¡Joder! ¿En serio estaba saliendo de virtual?

Sí. Estaba saliendo de virtual. Tras el fogonazo en la vista, sentí el pincho retirándose de mi conector neuronal y abrí los ojos. Lo primero que vi fue a aquella chica rubia a la que había aplastado el cuello poco antes. Tenía su cara muy cerca de la mía y chasqueaba los dedos.

—Ya está aquí —dijo antes de retirarse. Me costaba enfocar. Lo siguiente que invadió mi campo de visión fue la cara de Jäger.

—Hola, Sebastian —saludó con una sonrisa—. Bienvenido al mundo real.

Todo había sido falso. Las torturas, las muertes, la parálisis de las piernas... Intenté mover una y sentí que el tobillo estaba amarrado al sillón de realidad virtual. Lo sentí. No estaba paralítico. Hijo de las mil putas.

—No me jodas que voy a tener que mataros a todos otra vez —solté cuando até todos los cabos. Jäger se enderezó y soltó una gran carcajada. Luego se dobló palmeándose los muslos.

—¿Sabes? Me caes bien —dijo cuando recuperó la compostura—. Con todo lo que has pasado y lo primero que piensas es en eso. Eres un puto crack.

Mi campo de visión se iba ampliando. Observé la sala en la que me encontraba. Había otro sillón al lado del mío y en él estaba Chick atado y dormido. Tal vez seguía en virtual. No tenía un puto rasguño. También estaban todas aquellas mujeres que había matado en el edificio virtual. Fumbe era una de ellas. Me miraba con cara de asesina. Lo que era, qué coño. Tenía los brazos cruzados delante del pecho y con la mirada me decía que no tendría tanta suerte la próxima vez. En una esquina, apoyado contra la pared, estaba Solomon.

—¿Ese quién es? —pregunté—. ¿Es el guardia con el terrorista dentro, el guardia con guardia dentro...? Tengo un poco de lio, la verdad.

—Es William Solomon —contestó Jäger señalándole. El aludido sacudió la cabeza en asentimiento—. Un guardia de la prisión de Ilarki, aunque eso ya lo sabes, claro. Dentro de su cabeza, está William Solomon. Siempre ha sido así.

—Pero en el talego yo hablé con él —solté.

—Hablaste conmigo, Sebastian —terció Jäger—. Busqué en la información de la cárcel hasta que di con aquella noche para saber qué contestar. La verdad es que tienen un sistema de seguridad informática muy bueno en ese sitio. Me costó tiempo saltármelo. Lo bueno, es que lo que te sobra en la cárcel es precisamente eso: tiempo.

—Pero la moneda, el asesinato de la mujer... —Era incapaz de asumir lo que me estaban contando. No tenía sentido.

—Vamos, Sebastian —dijo Jäger—. Eres un tipo listo. ¿De verdad no lo ves? Billy y yo congeniamos pronto. Él creía que su mujer se la pegaba mientras él estaba trabajando. Yo le enseñé a *hackear* su sistema de video doméstico para recuperar las grabaciones que su mujer borraba y descubrió que se estaba acostando con otro. Ahí fue donde se decidió a unirse a mi equipo.

—Yo me llevé la moneda, tonto del culo —cortó Solomon—. Entré al depósito de pruebas, cogí la moneda y salí como salgo todos los días. Fui a mi

casa, me tiré a mi mujer por última vez y le di lo que tenía que haberle dado hace mucho tiempo. Zorra de mierda. Luego compré el burrito y me vine a Check con el localizador desactivado.

La puta que los parió a todos. Nos habían tomado el pelo. Habían hecho un paripé ridículo y nos lo habíamos tragado como una virgen haciendo su primera mamada. Tontos del culo.

—¿De verdad creías que se puede pasar a un ser humano de un cuerpo a otro?

—preguntó Jäger.

—Es lo que parecía, joder. —Fue todo lo que pude contestar. Me sentía el tipo más gilipollas en la faz de la Tierra. De la Luna. Bajo la Luna. Mierda.

—El sistema más fácil de *hackear* es el cerebro humano, Sebastian —explicó Jäger—. Como ya te dije, estamos deseando que nos mientan. Nos encanta creer la explicación más bella. Dile a la gente que es una mota de polvo en el universo que ha evolucionado del mono y te mirarán raro. Diles que son la creación de un ser todopoderoso, hechos a su imagen y semejanza, y que hay un cielo al que ir cuando se mueren y te creerán a pies juntillas. Es más hermoso. Nos encanta que nos cuenten mentiras ridículas si con ello la vida es más bella. La explicación de que un *hacker* ha pasado su conciencia a otro cuerpo nos encanta. Nos la creemos. Creo que se podría llegar a hacer. Todo eso del alma y demás sandeces no va conmigo, pero es más fácil hacerlo como lo hemos hecho. Los trucos de magia son esto. No pasas a una paloma de un lugar a otro. Aplastas la paloma en un lado y había una paloma en el otro. Más sucio, pero real.

—Como la puta vida —tercié comprendiéndolo todo—. Cuando pensaron que era Solomon quien estaba en el cuerpo de Jäger, te soltaron. No se deja a un guardia en el talego.

—¡Eso es! —exclamó aplaudiendo—. ¿Para qué fugarte si puedes hacer que te suelten? Ya te digo que la máquina más fácil de *hackear* es el cerebro humano.

Nos creemos cualquier cosa mientras sea más bonita que la realidad y, perdona que te diga, pero casi cualquier cosa lo es.

—¿Por qué nos metiste en virtual? —pregunté para cortar el rollo que me estaba metiendo.

—Para poder torturaros dos veces —explicó Jäger—. Si no soltabais prenda, podía sacaros de allí y volver a torturaros en la vida real. Sabiendo lo que os esperaba, seguro que cantabais antes. Por suerte, no hizo falta. Tu amigo soltó toda la información muy pronto, claro que nos cebamos un poco con él. Fumbe tenía unas cuantas deudas pendientes con el chinito.

—Tengo —cortó la negra.

—Ya hablaremos de eso, cariño —replicó Jäger mirándola—. Así que ahora estamos seguros de que no tenéis ni idea de lo que vamos a hacer y podemos seguir adelante sin preocuparnos por la puñetera policía de Ilarki.

—Esa gente es muy buena, payaso —solté—. En todo el tiempo que hemos estado aquí, seguro que ya han encontrado la manera de cortarte los cojones.

—Ay, pobre Sebastian —suspiró Jäger mientras negaba con la cabeza—. Quince a uno. ¿Recuerdas? Esa es la proporción entre el tiempo real y virtual. No ha pasado tanto como a ti te ha parecido. No tienen ni idea. No te van a encontrar. No hay nada que puedas hacer. Vais a morir todos.

Se me vino el puto mundo encima. No sabía cuánto tiempo había pasado en el mundo real, pero debían haber sido uno o dos días. Estaba jodido. Estábamos todos jodidos.

—Soltadles y que puedan estar erguidos, pero id con cuidado —dijo Jäger retirándose—. Ya habéis visto que este cabrón es muy listo. Que no se repita lo de la última vez.

—Te dije que te iba a arrancar los huevos, Krieg —grité a su espalda. Se detuvo y giró la cabeza para mirarme de reojo—. No vas a salir de esta ciudad con ellos puestos.

—¿Sabes? —dijo meneando el dedo índice—. Me gusta tu estilo. Me gusta mucho. Una pena que vayas a morir aquí como todos. Tu mujer ha estado a punto de joderlo todo. Tiene más recursos que toda la policía de Ilarki junta. Habríais sido dos buenos fichajes, pero voy a tener que mataros.

Y se largó. El muy hijo de puta se largó y me dejó pensando en qué cojones habría hecho Bianca. Aquella mujer era incapaz de estarse quieta, joder. Si le habían tocado un pelo, me los cargaría a todos. ¡Qué coño! Si no se lo habían tocado, también.



EL VALOR DE UNA MUJER

01:26:12

Antes de atreverse a soltarme, me inyectaron algo en el cuello que me dejó paralizado. No podía mover ni un puto musculo. Se me caía la baba y aquello les hacía gracia. Fumbe se acercó, me cogió la cara con su manaza y me lanzó unos cuantos besos.

—Pero qué guapetón es el niño —soltó acercando su cara a la mía—. Mucho mejor con las dos orejas.

Aquello desató una carcajada entre el resto de las mujeres de la habitación. Solomon negó de nuevo con la cabeza y se largó cerrando la puerta. Me soltaron, me llevaron a una silla muy parecida a aquella en la que me habían torturado y me ataron las manos a la espalda y los tobillos a las patas. Cuando tuvieron todo listo, se alejaron un paso y se me quedaron mirando.

—¿Creéis que Jäger se enfadará si nos los follamos? —preguntó la rubia de uniforme. Era igual que en la realidad virtual. Salvo por lo del cuello, claro.

—Seguro que no —contestó Fumbe—. Ni siquiera sé por qué los mantiene vivos.

—Por si necesitamos rehenes —contestó una mujer muy morena de piel—. Lo ha explicado mil veces.

—Siempre pensando en que las cosas pueden salir mal, joder —explotó Fumbe—. Hay que ser más positivos en esta vida.

—Dejad de coméroslo con los ojos y ayudadme con el chino —terció la rubia. Parecía ser la experta en aquellos temas.

—Eres una aburrida, Sherry —replicó Fumbe antes de soltar una sonora carcajada.

Iba a decir que no era chino, que era un cuarto de japonés. No sé por qué iba a decirlo. No filtro. Por suerte, no podía mover ni la boca, así que me ahorré la tontería, ponerlas de mala hostia y, probablemente, algún guantazo. Con Chick tardaron un poco más. No debía tener tanta experiencia reciente en pasar a virtual y estaba muy atontado. Solemne tontería, porque, en cuanto pareció estar de vuelta, le inyectaron lo mismo que a mí y le ataron a una silla que colocaron enfrente de la mía.

—Pues yo me voy a tirar al chinito —dijo Sherry. Se desnudó con movimientos rápidos y cogió una jeringuilla que contenía un líquido azul. Se acercó a Chick y le pinchó aquello en el muslo. Él seguía atontado, pero su polla empezó a ponerse dura a toda velocidad.

—No es chino. Es un cuarto de japonés —explicó una voz conocida a mi espalda. La puta Yuk estaba también allí. No era un invento de la realidad virtual.

—Para mí sois todos lo mismo, china —contestó Sherry untándose algo entre las piernas. Supongo que era lubricante. Luego le pasó un dedo por los labios a Chick, que seguía más atontado que otra cosa, y se puso a horcajadas encima de él.

—Por suerte, a la parte que no es japonesa le ha tocado un buen rabo —dijo Fumbe frotándose las manos.

—Muy bueno —contestó Sherry entre jadeos.

Casi no podía ver la cara de mi compañero y lo agradecí. Cuando empezó a ser consciente de lo que le estaban haciendo, su cara dibujó una mueca de asco, luego de impotencia y después de ira. No pude ver más porque Sherry le

plantó las tetas en la cara mientras seguía cabalgándole. El resto de las chicas la jaleaban e incluso la de la piel morena le dio unos cachetes en el culo. Todas reían, silbaban y gritaban mientras la rubia gemía cada vez más alto. Todas menos Yuk, que permanecía en silencio detrás de mí. Así que aquello era una violación en grupo. Chick fue recuperando la movilidad y aquello fue peor. Intentaba moverse, pero no valía de nada. Intentó incluso darle un cabezazo a Sherry. Ahí la morena le cogió del pelo para echarle la cabeza hacia atrás mientras la rubia seguía a lo suyo.

—Me corro, joder —gritó Sherry. Todas empezaron a dar palmadas rítmicas animándola. Los movimientos se hicieron más violentos hasta que se detuvieron con un gruñido final—. Menudo polvo, joder. Lo necesitaba.

Acababan de violar a mi compañero delante de mis ojos y lo que hizo el resto fue ponerse a aplaudir y chocar los cinco con la violadora cuando se quitó de encima de Chick.

—Me toca —dijo la morena. Antes de soltarle el pelo, le escupió en la cara. Pude ver que Chick estaba llorando con los dientes apretados. Eran lágrimas de pura rabia.

—Dale duro, Grace —animó Fumbe—. Yo me voy a tirar al otro.

Se acercó a mí y se quitó las bragas. Tenía cicatrices incluso entre las piernas.

—Ni lo sueñes, puta —dije entre dientes.

—Mira, capullo —contestó agarrándome la polla con una mano mientras con la otra se untaba lubricante—. Podemos hacer esto de dos maneras. Puedes trempar tú solo o te puedo hacer trempar con esa mierda azul. Tú eliges.

Puso su frente contra la mía y empezó a hacerme la paja más chapucera de la historia. Aquella zorra no tenía ni puta idea. Yo no estaba como para tener una erección y, además, aquella tipa me daba mucho asco, así que no había peligro. Por las buenas no iba a ser. Cada vez me masturbaba más fuerte y temí que me la fuera a arrancar. Se estaba poniendo de muy mala hostia y me

alegré. Luego pensé que tenía mi polla en la mano y dejé de alegrarme. Detrás de ella nos llegaban los gemidos de Grace violando a Chick. Por fin, Fumbe se dio por vencida y me abofeteó tras soltarme.

—Muy bien —dijo la negra—. Por las malas.

—Espera, Fumbe —dijo Yuk poniéndose delante de mí—. No hace falta drogar a un hombre para poder follárselo. Tú mira y aprende.

Cuando la vi, se me vino el mundo encima. Llevaba puesto un vestido blanco de Bianca. No le quedaba tan bien como a mi mujer. Aquel vuelo hacía que siempre creyeras que ibas a ver un poco más arriba, pero no terminaba de subir y te podías pasar horas mirándola caminar. Se puso de espaldas a mí y bajó la cremallera de la espalda muy despacio. Al dejar caer uno de los tirantes, giró la cabeza para mirarme y sonrió. Mi polla seguía blanda como un muñeco de goma. Dejó caer el vestido y vi que había cambiado aquellas bragas infantiles por un tanga blanco transparente. Juraría que también era de Bianca. ¿Por qué llevaba la ropa de mi mujer? ¿Qué habían hecho con ella?

Se giró y se puso muy cerca de mí, con las tetas delante de mi cara. Si se ponía a tiro, le arrancaría una de un puto mordisco. Metió la mano bajo el tanga y empezó a masturbarse muy despacio. Su pecho subía y bajaba cada vez con más fuerza.

—Agarradle la cabeza, por favor —dijo Yuk con la voz entrecortada. No sé quien fue la que me cogió del pelo obligándome a tener la cabeza recta y quieta.

Yuk se quitó el tanga y me lo puso en la boca. Olía a ella. A su coño, vamos. Olía muy fuerte. Aquella tipa estaba cachonda. Yo la había dejado quedarse en mi casa y resulta que quería follarme. Estas cosas no te pasan cuando tienes veinte años y estás soltero. Se puso a horcajadas encima de mí y acercó su boca a mi oreja.

—Así no podrás morderme, cariño —susurró—. Sé que podemos pasarlo bien

juntos. No sería la primera vez.

¿Qué coño quería decir con aquello? Intenté preguntar, pero sus bragas me lo impidieron. Ella me respiraba en la oreja mientras seguía masturbándose a pocos milímetros de mi polla. ¡Joder! Incluso me estaba mojando la punta. Aquella tipa era un manantial.

»No te resistas, cariño —volvió a susurrar en mi oreja entre jadeos—. Cuando me colé en tu cama, te gustó. Te gustó mucho. No tardaste nada en correrte. Me puse tan cachonda que, cuando volví a la cama con tu mujer, yo también me masturbé y me corrí en un momento. Allí tumbada junto a Bianca y corriéndome. Fue una pasada. Solo recordar el tacto de tu polla en la mano me volvió loca.

Tras cada oración, soltaba un jadeo. Cada vez eran más fuertes y me estaba poniendo muy cachondo. Muchísimo. No hay nada que me excite más en esta vida que tener a una mujer pegada a mí recibiendo placer. Todo lo demás había desaparecido. No oía a Chick ni a la que le estuviese violando en aquel momento. No sentía las manos reteniendo mi cabeza. Solo podía oír a Yuk, sentir su cuerpo desnudo pegado al mío, sus flujos en mi polla y la sensación de que con cada palabra suya perdía el control un poco más. ¡Su puta madre! Había conseguido que se me pusiese dura como una piedra. Me había contado que me había engañado para que le fuese infiel a Bianca y ni siquiera aquello me había hecho recuperar un poco el dominio de mí mismo.

»Desde que te vi aquella noche en el Colors, bailando borracho, supe que serías mío —siguió susurrando entre gemidos. Me abrazó por detrás del cuello y nuestros cuerpos quedaron totalmente pegados. Cogió mi polla y empezó a pasársela por el clítoris—. Me moría de ganas de tocarte, de lamerte, de que me besaras y me follaras.

Hizo amago de metérsela dentro y el shock fue tal que estuve a punto de correrme. Volvió a su clítoris y dejó de hablar porque su respiración era tan

trabajosa que le iba a resultar imposible.

»Sí, Seb —gimió a mi oído—. Me corro, cariño. Oh, sí.

Y se corrió como una bestia. Por suerte, soltó mi polla y se enganchó a mi cuello con ambas manos mientras tenía lo que parecía un puñetero ataque de epilepsia pegada a mí. Sentí un chorro mojarme en una de aquellas convulsiones. Cuando volvió en sí, acercó de nuevo su boca a mi oído.

»Si te corres ahora, no podrán hacer que se te ponga dura ni con esa droga —susurró mientras empezaba a masturbarme contra su coño empapado—. Solo tienes que dejarte llevar y te librarás.

Sacudí la cabeza lo poco que pude. No iba a correrme. La otra vez no lo había sabido, pero si me corría en las manos de aquella hija de puta, sí que le estaría siendo infiel a Bianca. Recordé a mi mujer. Sus ojos. Su voz. Sus labios sonriéndome. Su melena rubia. Paré. Aquello no valía para dejar de ponerme cachondo. Recordé a Fumbe y su cuerpo lleno de músculos y cicatrices. Mi fiel soldado abandonó la posición de firmes. Le iba a montar un puto consejo de guerra si se le ocurría volver a desobedecerme. Había estado muy cerca. Yuk se rindió, cogió sus bragas de mi boca y se las puso.

—Ni en un millón de años, zorra —dije con la boca libre al fin.

—Peor para ti, chico —dijo recogiendo el vestido del suelo y marchándose.

Entonces me di cuenta de que en la habitación solo quedábamos Chick, la persona que me sujetaba la cabeza y yo. Mi compañero había caído inconsciente en su silla, pero la polla seguía dura como un poste. No sé cuántas de ellas le habrían violado, pero parecía que no se había enterado de todo. Me alegré por ello.

Fumbe apareció delante de mí cuando me soltó la cabeza. Lo había visto todo. Sabía que se me había puesto dura con aquella china y no con ella. Esperaba que estuviese furiosa, pero parecía más triste que otra cosa.

—Así que te van las mosquitas muertas, ¿eh? —preguntó vistiéndose—. Pues

a mí se me han pasado las ganas. Eso que te pierdes.

—¿Que yo me lo pierdo? —solté como un gilipollas. Ya he dicho que no filtro.

—Yo soy una mujer de verdad —soltó Fumbe cruzándose de brazos—. Me defiendo sola. No engaño. No me escondo. Soy una luchadora, pero tú prefieres a esa niñata. Eres un hombre débil.

—Tú eres un puto monstruo —dije arrepintiéndome al instante.

—Todos los hombres sois iguales —replicó ella negando con la cabeza—. Incapaces de disfrutar con una mujer tan fuerte como vosotros. Sois todos unos cabrones infieles. Unos débiles incapaces de apreciar lo que tenéis delante.

—La culpa es tuya, hija de puta —expliqué con una sonrisa torcida—. Si solo te juntas con hombres que te desprecian, creerás que todos somos así. Cada hombre que te haya valorado, seguro que te lo has quitado de encima. Como siempre. Como todas.

—Muchos hombres me han apreciado, blanco —contestó mirándome fijamente. Se señaló las cicatrices que cubrían todo su cuerpo—. Antes de que mi marido me hiciese esto, era una mujer muy hermosa. Docenas de hombres me pretendían.

—Pero tú elegiste al que te acabó haciendo eso —repliqué—. Lo que te digo. Solo te juntas con los cabrones, como ese tal Jäger.

—Jäger me valora como guerrera, no como mujer —explotó ella en un grito—. Me valora y yo le soy leal.

—Pero te dejó tirada en Chicago. —La grieta. Allí estaba la grieta. Había que hacer presión.

—Fui yo quién le dijo que no me esperase si me cazaban —dijo Fumbe con un rastro de duda en los ojos.

—Tú no le habrías dejado atrás. —Otro empujón. La grieta se agrandaba.

—No. Yo no le habría dejado atrás —concedió—. Pero yo soy mejor que cualquier hombre que haya conocido.

Se giró para marcharse. Se me había escapado viva. Tal vez hubiese perdido mi oportunidad. Me jugué la última carta.

—Espero que, al menos, lo matases —grité a su espalda. Ella se detuvo y giró muy despacio hasta volver a quedar de cara a mí.

—¿A quién? —preguntó arqueando una ceja y volviendo a cruzar los brazos.

—A tu marido —expliqué. De verdad lo esperaba—. Al hijo de puta que te hizo eso.

Fumbe se acercó muy despacio y se inclinó hasta mirarme a los ojos con nuestras narices tocándose.

—Lo maté —contestó muy seria. Justo después, una enorme sonrisa se instaló en su cara y percibí algo de aquella belleza que ella decía haber tenido—. Me llenó el cuerpo de cicatrices porque temía que le fuera infiel. Cuando vio el resultado, dejó de desearme. Un día le pedí que me llevara en coche al desierto para quitarme la vida. Llevé una garrafa de gasolina para quemarme viva. El muy idiota se lo creyó. Cuando estábamos allí, me desnudé y le di una patada en los huevos con tanta fuerza que se quedó de rodillas. Le eché la gasolina por encima y le prendí fuego. Una de las cosas más bonitas que he visto en mi vida fue su cuerpo retorciéndose y sus manos buscándome para que le ayudara. No podía parar de reír.

No aparté los ojos ni un puto segundo de los suyos. Joder. Aquella zorra asesina me estaba cayendo bien.

—Bien hecho —dije sonriendo de corazón.

Ella se retiró asintiendo, me dio dos palmadas en el hombro y salió de la habitación. Noté que no caminaba tan tiesa como de costumbre. Iba más suelta, más tranquila. Más mujer.



¿QUÉ CLASE DE HOMBRE ERES?

00:47:23

Chick seguía sin reaccionar. Había pasado un buen rato desde que nos dejaron a solas y no había levantado la cabeza. Tal vez se estuviera haciendo el dormido o a lo mejor aquella droga era muy potente. A través de la puerta me llegaba el sonido de personas corriendo de un lado para otro y me temí que estaban preparándose para algo. Para algo malo, seguro. Aquellos cabrones no se dedicaban a vender galletas de las *girl scouts*

—¡Chick! —grité en voz baja. Lo sé: es una estupidez. Si quieres gritar, mejor hacerlo alto o no te oirán. Decidí que, con el jaleo que tenían, no se iban a enterar y grité a pleno pulmón—. ¡Chick! Estamos solos. Despierta, joder.

El tipo levantó la cabeza muy despacio mientras echaba miradas furtivas a su alrededor. Cuando estuvo seguro de que no había nadie más con nosotros, me miró a los ojos. Estaba descojonado.

—¿Se han ido ya? —preguntó con un hilo de voz.

—Se han largado, sí. Estamos solos —confirmé—. ¿Estás bien, compañero?

Echó la cabeza atrás y empezó a reírse. Aquella carcajada era la de un hombre al que no le hacía ni puta gracia lo que la provocaba. Se estaba desquiciando, joder. Después de las torturas y la violación, no era de extrañar. Su risa se cortó de pronto y me miró con una sonrisa torcida.

—Estoy jodido, Seb —susurró—. Estoy muy jodido. Al menos, todo lo que me

cortaron lo vuelvo a tener, pero a ver cómo explico que me han violado tres locas terroristas cuando vuelva a casa.

Me di cuenta de que ni por un segundo se había planteado que fuésemos a morir allí. No había dicho si vuelvo a casa. Había dicho cuando vuelva a casa. Habría dado todo mi dinero por tener tanta presencia de ánimo como aquel tipo.

—Será nuestro secreto, Alex —dije con un guiño—. Nuestro y del psicólogo del departamento, claro.

Ahí sí que arrancó a reír de verdad. Me alegré de haber conseguido aquello después de ver cómo le habían machacado.

—Solo mi madre me llama Alex —replicó poniéndose serio—. Bien pensado, puedes llamarme como quieras siempre que tengas una buena idea para salir de aquí.

Abrí la boca para decirle que no, que no tenía ni la más mínima pista de lo que podíamos hacer, cuando se abrió la puerta. Fumbe y Sherry entraron con dos montones de ropa. Reconocí mi chupa en uno de ellos. Dejaron un bulto delante de cada uno de nosotros y se pusieron a nuestras espaldas.

—Voy a soltarte para que puedas vestirte —dijo Fumbe a mi oído—. Si haces media tontería, te rajo el cuello. Solo necesitamos un rehén, así que no te la juegues. Es una pena tapar ese cuerpo, pero no se puede viajar en pelotas. ¿Entendido?

Ví que Sherry estaba hablando al oído de Chick. Él me miró levantando una ceja. Aquel loco quería aprovechar el momento para escapar. Negué con la cabeza. Yo estaba de frente a la puerta y podía ver a dos tipos con pistolas esperando para meternos un tiro. Chick cerró los ojos con fuerza y asintió. Esperaríamos.

No intenté nada raro. Cuando Fumbe soltó las ataduras de mis tobillos y muñecas, empecé a vestirme muy despacio. Quería pensar. Quería que se

distrajeran. Quería que alguien llamara a aquellos dos tipos de la puerta. Ni de broma. No pasó nada que me permitiese tomar la iniciativa. Hay que saber esperar el momento. Hay que mantener la calma y que crean que estás acojonado. Si ellos son los que tienen las armas, solo te queda el factor sorpresa. Chick no lo sabía. Chick no les veía. Chick hizo el gilipollas.

Cuando ya estaba casi completamente vestido, dio un tirón al cinto de sus pantalones y, en el mismo movimiento, giró sobre sí mismo para sacudir a la rubia en la cara. De inmediato sentí el acero del cuchillo en mi cuello y los dos tipos de la puerta se pusieron en movimiento con aquellas extrañas pistolas de plástico apuntando a mi compañero. Entonces Chick también los vio y se dio cuenta de por qué yo me había negado a ayudarlo.

Sherry escupió sangre y se puso en pie. Echó mano a su espalda y de un golpe violento le clavó una jeringuilla en el cuello a mi pobre compañero de fatigas. No ganaba para hostias. En tres segundos, Chick se desplomó en el suelo.

—¡Teníamos que haberlos sedado desde el principio, joder! —soltó Sherry llevándose la mano a la boca.

—No tengo ninguna gana de vestir yo a estos dos hombretones —contestó Fumbe retirando el cuchillo de mi cuello—. Ya son mayorcitos. Que se vistan ellos.

Sherry estaba cabreada de verdad. Lo pude ver en sus ojos. Por suerte, en la puerta apareció la figura de Jäger y la pelea murió allí.

—¿Ya habéis tenido problemas con uno? —preguntó antes de soltar una risita—. Imaginaba que, si alguien daba problemas, sería el grandullón. Llévadle a la lanzadera y esperadme allí. Yo me quedo con Sebastian.

Fumbe cargó a Chick sobre su hombro como si no pesase nada y salió por la puerta acompañada de Sherry. Cuando los dos tipos iban a seguirlos, Jäger les pidió las pistolas. Se guardó una a la espalda y me apuntó con la otra.

—¿Venís? —preguntó Fumbe mirando a su jefe con cara de no entender nada.

—Ahora enseguida —contestó Jäger—. A nosotros nos queda una última cosa que hacer antes de volver a casa.

Aquello no me gustó nada. El cabrón de Jäger tenía una sonrisa de suficiencia en la cara que me daba mala espina. La peor espina. Aquello solo podía significar problemas para mí, pero también la oportunidad que había estado esperando.

—Podemos quedarnos contigo —propuso Fumbe con el ceño fruncido. Aquello no le olía bien.

—Una de las razones por las que te quiero tanto es que no tengo que decirte las cosas dos veces, Fumbe —explicó Jäger. Había perdido la sonrisa—. Coge a ese puto chino, llevadlo a la lanzadera y esperadme allí.

La negra agachó la cabeza y cumplió la orden. Nos quedamos los dos solos.

—No es chino —dije sin poder evitarlo—. Es un cuarto de japonés.

—¿Qué demonios me importa a mí de qué país era la puta que lo engendró? —explotó él. Volví a apuntarme con la pistola.

—La información nunca sobra —contesté encogiéndome de hombros—. ¿Qué es eso que nos queda por hacer?

—Ahora enseguida lo verás —contestó Jäger recuperando la sonrisa de sádico—. Es algo que a mi gente no le habría gustado ver, pero te lo debo. Has sido un jodido grano en el culo, Sebastian. Te debo esto.

No me gustó cómo sonaba aquello. No me gustó una mierda.

—¿Crees que se rebelarían si ven la clase de hijo de puta al que siguen? —pregunté cruzándome de brazos.

—No lo creo —respondió—. Lo sé. Por eso les mando por delante y yo zanjo mis asuntos en la Luna antes de que volvamos todos a casa como una familia feliz. A la gente le entran dudas si ven según qué cosas.

Los ruidos se habían ido apagando poco a poco. Jäger dio un par de pasos atrás sin quitarme ojo y salió al pasillo. Miró a un lado y a otro antes de

hablar.

—Ven aquí, Sebastian —dijo cogiendo la pistola con las dos manos. Me acerqué con los brazos en alto y él se fue retirando para no quedar a poca distancia de mí. Era probable que no me matase de un tiro, pero no quería jugármela—. Sigue por el pasillo. Segunda puerta a la izquierda.

Llegué hasta donde me había dicho y me planté delante de la puerta. Le miré con una ceja levantada. Asintió.

—¿Abro? —pregunté. No quería abrir. Tal vez eran mis últimos segundos de vida. Asintió con la cabeza y lo que vi me dejó la sangre helada en las putas venas.

Había una silla. En ella estaba sentada Bianca. Sus tobillos estaban amarrados a las patas y tenía las manos a la espalda. Supuse que también estarían atadas. Llevaba una mordaza en la boca. A su lado, tirada en el suelo, estaba Lucy. Tenía el hocico amarrado con una brida al igual que las patas. Cuando me vio, intentó ponerse en pie y su cola empezó a agitarse. Jodida perra. Estaba asustadísima, pero no podía evitar alegrarse de verme. Una vez leí que lo que siente un perro al ver a su humano es lo mismo que siente un humano cuando se enamora. Mi pobre chica... Bianca había abierto los ojos como platos e intentaba decir algo. No parecía que la hubiesen golpeado, pero tenía los ojos hinchados. Supuse que de llorar.

—Antes de que marchemos, quiero saber qué clase de hombre eres —dijo Jäger a mi espalda. Sentí el cañón de la pistola en la nuca. Momentos después, sentí cómo me ponía la otra pistola en la mano—. Una de ellas morirá cuando toda la ciudad se vaya al carajo, pero a la otra la matarás tú.

—No voy a matar a nadie, puto enfermo —repliqué entre dientes.

—Si no lo haces, te pegaré un tiro aquí mismo, me follaré a tu mujer y luego la mataré —siseó en mi oreja. Seguro que tuvo que ponerse de puntillas—. La mataré de la manera más dolorosa posible y mataré también a la perra. Dejaré

que se desangren entre terribles dolores antes de que esta puta ciudad quede reducida a escombros.

—Cabrón de mierda —contesté. Sentía que la vista se me nublaba por las lágrimas. Lucy lloriqueaba en el suelo y Bianca negaba con la cabeza tan fuerte como podía mientras intentaba gritarme.

—¿Qué clase de hombre eres, Sebastian? —preguntó Jäger—. ¿Eres la clase de hombre que valora el amor de una mujer? ¿O tal vez eres de los que saben que nadie te querrá como te quiere tu perro?

Me vino un chispazo. ¿Y si aquello era realidad virtual otra vez? ¿Y si aquel cabrón seguía jugando conmigo? No me la podía jugar. ¿O sí? Tenía tal lío en el cerebro que no sabía distinguir lo real de lo virtual.

Las miré a las dos. Bianca estaba aterrorizada por lo que vio en mi cara. Lucy se sacudía en el suelo. Bianca. Lucy. Bianca. Lucy. Lucy... Me quedé mirando a aquella perra a la que había salvado de ser sacrificada hacía poco.

—Lo siento mucho, cariño —dije mirando a mi niña—. Al menos te di unos días más de vida.

—¿Qué clase de hombre eres? —repitió Jäger.

No podía apartar los ojos de Lucy. Bianca empezó a moverse como si estuviera poseída mientras sus intentos por gritar iban a más. Aquella puta loca prefería que la matase a ella. Bajé la pistola para amartillarla con la otra mano y tomé aire.

—Joder —solté.

—¿Qué clase de hombre eres? —insistió el puto psicópata que me obligaba a comportarme como un monstruo, como el monstruo que él era.

Confíé. Confíé en muchas cosas. Confíé en la diferencia de altura para que la bala pasase por debajo de mis pelotas y diese en las suyas. Confíé en que el dolor no le hiciese apretar el gatillo y me matase allí mismo. Confíé como no había confiado nunca en nada. Confíé en mi puta suerte, esa que me había

fallado siempre. Confié en poder cumplir la promesa que le hice de arrancarle los huevos si tocaba a mi compañero. Apreté el gatillo.

Justo después del primer disparo, sonó el segundo, el que provenía de su pistola. El dolor le había hecho disparar sin siquiera pensarlo. Por suerte, el mismo dolor le había hecho encogerse y la pistola ya no estaba en mi nuca. La bala me rozó el hombro antes de incrustarse en la pared. Un segundo después, oí el cuerpo de Jäger cayendo al suelo y me di la vuelta.

Estaba hecho un ovillo, agarrándose las pelotas o lo que quedase de ellas. Su boca se abría tanto como le daban las mandíbulas, pero no salía sonido alguno. Eché una rodilla a tierra y acerqué mi boca a su oreja.

—¿Quieres saber qué clase de hombre soy? —susurré—. La clase de hombre que se lleva a sus chicas a casa.



GIRAR Y GRITAR

00:33:54

Comprobé las pistolas, pero solo tenían un tiro y ya lo habíamos usado. Pistolas caseras. Menuda mierda. Rebusqué en la ropa de Jäger y conseguí encontrar una pequeña navaja. Fui corriendo hasta Bianca y corté sus bridas tan rápido como pude.

—¿En serio ibas a pegarle un tiro a Lucy? —preguntó roja de ira cuando se quitó la mordaza.

—No os he pegado un tiro a ninguna—respondí cortando con cuidado las ataduras de la perra. Estaba muy nerviosa y no quería rajarle una pata o el hocico. En cuanto tuvo la boca libre, se dedicó a lamer mi mano mientras liberaba sus patas traseras. Las chicas de mi vida no eran de ponerme las cosas fáciles.

—Pero la has mirado antes de amartillar —insistió Bianca con las manos en las caderas—. Ibas a matarla.

—Le he pegado un tiro al malo, ¿vale? —respondí abandonando por un momento mi tarea—. No iba a mataros a ninguna.

Bianca bufó y se agachó a mi lado para calmar a Lucy mientras yo terminaba de soltarla. Para mí que no se había quedado muy convencida. Cuando por fin se vio libre, la perra se tiró encima de mí y me lamió la cara mientras lloriqueaba.

—Y, aún así, te quiere —dijo Bianca antes de resoplar—. Las mujeres somos tontas.

—Yo también te he echado de menos, peluda. —Sin pensarlo, estaba poniendo una ridícula voz aguda para hablar con mi perra. Lo cierto era que la había echado de menos. No llevaba mucho tiempo con ella, pero sabía cómo ganarse tu corazón.

—¿Y a mí no me has echado de menos? —preguntó Bianca enfadada. Supongo que la tensión la tenía desquiciada, porque estaba más tocapelotas que nunca. Me acerqué a ella de rodillas.

—Te he echado de menos, Bianca —dije pegando mi frente a la suya mientras la miraba a los ojos—. Cada puto segundo.

Entonces vi que era la tensión la que la había tenido tan rara. Me cogió la cara con las manos y me dio un beso tan fuerte que me hizo daño en los labios contra los dientes mientras dos lagrimones caían por su cara.

—Vamos a largarnos de aquí, por favor —dijo tras unos segundos.

—Me queda algo por hacer —negué—. Ve buscando nuestros pads mientras yo intento sacarle algo.

Jäger estaba en la misma postura. Se agarraba los huevos y apretaba los dientes tumbado de costado en el suelo. Le sacudí, pero fue como menear un muñeco de trapo. El muy cabrón había caído inconsciente. Hurgué en sus bolsillos y conseguí dar con un pad. Mostraba un reloj en cuenta atrás. 00:29:18. Quedaba menos de media hora para lo que fuese a pasar. Intenté desbloquearlo, pero me fue imposible. Ni siquiera sabía por dónde empezar. El mío se abría si ponía mi dedo encima. Probé con los dedos de Jäger. Nada. Lo acerqué a sus ojos. Nada. Pulsé un montón de veces. Nada.

—Los tengo —dijo Bianca—. Había unos cuantos más. Toma el tuyo.

Dejé el pad de Jäger en el suelo. 00:27:33. Llamé a Kurt y contestó en un par de segundos.

—¿Seb? —preguntó con un grito—. ¿Eres tú?

—Soy yo, Kurt —respondí. No le di tiempo a meter baza—. Luego te lo cuento todo. Tengo al puto Krieg tirado en el suelo con las pelotas arrancadas. Está inconsciente. Llevaba un pad que dice que en veintisiete minutos va a pasar algo.

—¿Dónde estás? —Kurt se había dado cuenta de que no era momento para preguntas tontas.

—Ni puta idea —contesté—. Localízame. No puedo desbloquearlo para parar lo que vayan a hacer. El resto de la banda ha ido a la lanzadera. Si descubro algo, te cuento.

Colgué. 00:26:19. No quería seguir perdiendo el tiempo con aquella mierda. Si el tipo era tan buen *hacker*, su pad sería casi imposible de desbloquear. Entonces recordé lo que me dijo mientras estábamos en virtual y me daba su puta charla. “Haciendo que se menea como una peonza parándose”. Aquellas habían sido sus palabras. Tuve una idea y busqué en mi pad hasta encontrar el contacto llamado “GaspodePadre”. Yo era así. Si tenías perro, te quedabas sin nombre. Eras la familia de tal o cual perro. Marqué.

—¿Diga? —contestó el hombre. No debía tener mi contacto apuntado o no me recordaba.

—Hola —contesté fingiendo alegría—. Soy Seb Damon, el dueño de Lucy. Nuestros perros han jugado alguna vez en el parque.

—¡Por supuesto, señor Damon! —exclamó el tipo—. ¿Le importa que le llame Seb?

Como si me llamas Peter. Calla un poco, joder.

—Por supuesto —contesté—. Creo recordar que usted trabajaba en algo relacionado con la gravedad de Ilarki.

—Eso es. —Parecía sentirse muy orgulloso—. Trabajo en el centro de...

—Necesito hacerle una consulta urgente —solté cortando la chapa que iba a

meterme con su puto trabajo—. Si alguien quisiera hacer que la ciudad se menease como una peonza parándose, ¿qué tendría que hacer?

Pasaron unos segundos de silencio. Iba a preguntarle de nuevo cuando oí su voz.

—Supongo que eliminando el sistema de repulsión magnética —contestó. Casi podía oírle pensar—. Ilarki gira dentro de un cilindro y ambos se repelen para evitar rozamiento. El equilibrio de peso dentro de la ciudad no es perfecto, por lo que hay un sistema que va equilibrando la intensidad de la repulsión para que la distancia con las paredes externas sea constante.

Como si me hablaba en chino.

—Si eso falla o se apaga, ¿qué pasa? —pregunté yendo al meollo de la cuestión.

—Ilarki empezaría a golpear contra las paredes, destrozándose por la enorme velocidad que lleva —explicó—. Iría perdiendo velocidad y se convertiría en un enorme montón de escombros.

—Gracias —grité. No necesitaba más explicaciones—. ¿Dónde está ese sistema?

—Por todas partes, como le he intentado decir —repuso. Se le notaba molesto—. La central de procesamiento está situada en la zona de servicio. Le mando ubicación. ¿Qué está pasando?

—No puedo decirle nada —contesté—. Por si acaso, dele un mimo a su perro y dígale a su familia que les quiere.

Colgué. 00:23:06. Me llegó la ubicación. Aquella cosa, fuera lo que fuese, estaba encima del cielo de Brooks. Mi barrio. Llamé a Kurt.

—Dime que tienes algo. —Ni hola ni hostias.

—Me han mandado la localización de un sistema de repulsión magnética o algo así —solté de corrido—. Es lo que quieren joder. Está encima de Brooks, en la zona de servicio. ¿Habéis mandado a alguien a la lanzadera?

Silencio. Mire el pad. Mostraba que no tenía servicio. No había visto aquel icono en mi puta vida.

»¿Kurt? —grité, como si hablando más alto aquel trasto fuera a funcionar. Nada—. Bianca, llama a Kurt con tu pad, que el mío no va.

Ella pulsó unas cuantas veces con el ceño más fruncido a cada segundo.

—Dice sin servicio —contestó ella—. No entiendo nada.

No sabía si Kurt habría podido oírme. No sabía si iban a mandar a alguien. Me tocaba a mí ir hasta allí. Probablemente el cabrón de Jäger había desactivado las comunicaciones para estorbar a la policía. Debía haberlo dejado preparado, porque no parecía estar para mucho teclear mientras se desangraba inconsciente en el suelo. Miré mi ubicación en el pad. Estábamos en Check. Aunque Kurt lo supiera, no iba a llegar el séptimo de caballería a por nosotros. Tocaba correr.

—Hay que ir al ascensor de Brooks a toda hostia, cariño —dije mirando a Bianca—. ¿Te ves como para correr? Igual mejor te quedas aquí hasta que pase todo.

—Ni lo sueñes —contestó—. Vamos los tres. —Llegó a la puerta, me miró y dio dos palmadas—. ¡Vamos!

El pad de Jäger marcaba 00:20:41.



NO VOLVERÉ A MIRARTE A LOS OJOS OTRA VEZ

Debíamos ser un grupo digno de ver. Una mujer preciosa, un hombre renqueante y una perra corriendo a toda pastilla por el barrio de Check. Nos miraban raro, pero la presencia de Bianca era el mejor salvoconducto que alguien pudiera tener. Llevar un perro de cincuenta kilos también ayudaba, claro. No vi un solo maglev en movimiento, ni siquiera cuando llegamos a Brooks. Mi plan de ir más rápido se había ido al carajo. No estaba en forma, aquello estaba claro. Tampoco Bianca tenía muy buena cara. Solo Lucy parecía fresca como una rosa. La idea de ir montado en perro hasta el ascensor se me pasó por la cabeza. Si es que no filtro, joder.

Cuando llegamos al ascensor, el pad de Jäger marcaba 00:14:22. Menos de un cuarto de hora. Mientras esperábamos para poder subir, volví a comprobar mi pad. Nada. Sin servicio. Me pareció una eternidad lo que tardó en bajar aquel trasto, pero fueron unos veinte segundos. Nos metimos dentro y pedí ir al área de servicio. No tenía autorización para ello, pero el ascensor empezó a moverse a un ritmo que me parecía desesperantemente lento. Los ascensores son incómodos. Allí estábamos una mujer, una perra y yo escuchando aquella ridícula *bossa nova* mientras la ciudad iba haciéndose más pequeña a nuestros pies. Cuando una amable voz nos dijo que habíamos llegado a nuestro destino, el marcador del pad de Jäger decía 00:12:03.

La localización que me habían mandado estaba a medio kilómetro. Otra vez a correr entre cables. Lucy saltaba con facilidad, pero yo tropecé varias veces. Solo me faltaba torcerme un puto tobillo. Fue entonces cuando me dio por pensar al fin. ¿Qué iba a hacer si encontraba el sitio? Si había una bomba, seguro que no tenía un cable negro y otro rojo para que te la jugases a cara o cruz. Eso en el caso de que fuera una bomba, claro. Joder. Necesitábamos informáticos y artificieros, no un puto agente expulsado y una stripper. Seguro que hasta Lucy era de más utilidad.

Llegamos por fin a un bloque metálico del que salían tuberías de gran grosor. Seguro que eran cables que se esparcían por toda la ciudad, como me había dicho el padre de Gaspode. Empecé a buscar una manera de entrar y di con una puerta. Una puerta soldada. Alguien se había tomado la molestia de sellar aquello para que nadie pudiera entrar. La puta que parió a Jäger. 00:07:31.

Busqué por todas partes algo con lo que hacer palanca, aunque sabía que no me iba a valer de nada. Abrí una exclusiva en el suelo por si había otro acceso por debajo, pero solo vi la ciudad allí abajo. Una ciudad a la que le quedaban cinco minutos de vida. Como a mí. Como a Bianca. Apreté los dientes e intenté romper las tuberías. No les hice ni un rasguño. Si lo hubiera conseguido, me habría cargado Ilarki, pero no estaba para pensar. Vi a Bianca sentada en el borde de la esclusa que había abierto con los pies colgando en el vacío. Su cara era de derrota. Mire el pad de Jäger. 00:01:16. Me senté al lado de Bianca. A nuestros pies, muy abajo, estaba mi ciudad. Mi barrio. Mi casa. Nuestra casa. Parecía todo tan pequeño como si fuera el juguete de un crío. Llegué a plantearme que no fuera real, que estuviese viviendo en virtual de nuevo y todo aquello no llevase a ninguna parte. Deseché aquella idea. Íbamos a palmarla.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo ella apoyando la cabeza en mi hombro.

—Hasta aquí hemos llegado —confirmé pasando un brazo por su espalda para

apretarla contra mí. Dejé el pad a mi lado. 00:00:53. Lucy se tumbó con la cabeza encima de mi muslo. Parecía tranquila después de tanto jaleo.

—No ha estado mal —suspiró Bianca—. Se me ha hecho corto, pero ha sido divertido vivir contigo, Seb Damon.

La apreté un poco más sintiendo que los ojos se me empezaban a llenar de lagrimas. No quería morir llorando.

—Supongo que no da tiempo a uno rapidito —dije para romper la tensión. Soy gilipollas.

—Ni siquiera hemos consumado el matrimonio. —Suspiró con una risita triste. 00:00:16—. Me habría gustado.

—Te quiero, Bianca —dije apretándola más fuerte mientras con la otra mano acariciaba la cabeza de Lucy. Necesitaba decirlo. Necesitaba que fuera lo último que escuchara antes de morir. Necesitaba que fuera lo último que saliera de mi boca. Necesitaba sentir a mis chicas cerca cuando llegase el final.

Ella no contestó. Se puso muy tensa y la oí llorar. 5, 4, 3, 2, 1...

00:00:00



PEQUEÑA CHICA DE CHINA

En un primer momento, no notamos nada. Seguro que aquello era algo gradual. El pad de Jäger seguía parpadeando con el 00:00:00 en rojo. En un segundo momento, tampoco pasó nada. Ni en un tercero. Nada. ¿Qué cojones era aquello? Debimos pasar tres o cuatro minutos abrazados como dos gilipollas hasta que asumimos que no íbamos a morir. Bianca se soltó de mi abrazo y empezó a darme puñetazos por todo el cuerpo.

—¡Hijo de puta! —gritó como una loca. Tuve miedo de que fuera a caerse por la esclusa. Intenté agarrarla, pero ella seguía golpeándome.

—¿Qué coño te pasa? —pregunté mientras intentaba atrapar sus manos.

—¡Hijo de la gran puta! —Estaba fuera de sí.

—¡Tranquilízate, joder! —grité yo también cuando conseguí atrapar sus muñecas por fin. Lucy giraba y ladraba alrededor de nosotros como si fuera un juego. Me tumbé encima de mi mujer para inmovilizarla. Todavía acabaríamos cayendo por la puta esclusa alguno de los tres.

—¿Vas y me dices que me quieres, cabrón? —preguntó Bianca entre dientes. Estaba llorando a moco tendido.

—Joder, cariño —contesté intentando entender qué le pasaba. Debía ser la tensión vivida—. Se supone que es bueno.

Parecía que estaba más tranquila, así que la solté y me senté a su lado. No bajé la guardia. Se le podía ir la olla otra vez. Se sentó ella también.

—¿Que es bueno? —preguntó mirándome con odio—. Crees que vamos a

morir y me dices que me quieres. Solo porque crees que vamos a morir. Pues ahora te jodes, Seb. Me lo has dicho y no hemos muerto. Vas a tener que vivir con eso.

Me palmeó el pecho con fuerza y puso una mueca de dolor.

—¿Te has hecho daño? —pregunté como un gilipollas. No, claro. Pone esa cara porque tiene hambre, no te jode.

—¿Qué demonios llevas ahí? —Preguntó acariciándose la palma de la mano —. Pincha.

Me palpé el pecho y noté que había algo. En el bolsillo superior de la chaqueta había un bulto. Yo nunca guardaba nada allí. Era un puto adorno. Abrí la cremallera y saqué un pequeño trozo de metal, chips y cables del tamaño de una nuez. No tenía ni puta idea de lo que podía ser. Volví a hurgar en el bolsillo y encontré un papel. Ya nadie usaba papel, joder. Aquello era cada vez más raro. Lo fui desdoblado hasta que pude ver unas letras escritas a mano. Unas letras horribles, por cierto.

“Hola, Seb. Estarás preguntándote qué es eso que tienes en la mano. Es el chip de detonación de la bomba que habíamos colocado en el sistema de repulsión inteligente. Sin ese chip, la bomba no explota y la ciudad no es destruida. ¡Felicidades! No vas a morir. Por cierto: soy Yuk Chu, por si no lo habías imaginado.

En realidad, no soy ninguna pobre chica que buscaba un futuro mejor. Pertenezco al servicio de inteligencia chino y me mandaron a Ilarki para conseguir información y colaborar con cualquier intento de sabotaje. Supimos que la gente de Jäger estaba reuniéndose en Ilarki y queríamos ayudarles. Me gané su confianza gracias a mis conocimientos sobre vuestra ciudad y acabaron aceptándome en la organización. De hecho, ayudé a colocar esa bomba. ¡Sorpresa!

Ahora mismo estarás hecho un lio. Pongo esa bomba y luego la desactivo. No

solo la desactivo, sino que sueldo la puerta para que no puedan comprobar si está todo bien. Lo sé. Es muy raro. Ni siquiera sé cómo se lo voy a explicar a mis mandos. En estos momentos, estaré camino de mi ciudad a través del tren que me trajo aquí. Seguro que esa salida no la habéis cerrado. Cuando llegue, tendré que dar muchas explicaciones, pero no daré la verdadera. Esa se queda para mí. Y para ti. La razón de que todos sigáis vivos eres tú, Seb.

No creo en el amor a primera vista. No creo en el amor y punto. Sin embargo, hay algo en ti, en tu manera de hablar, de mirar, de comportarte... No sé definirlo con palabras, lo siento. Me colé en tu cama porque no podía evitar la atracción que sentía por ti. Necesitaba sentir tu cuerpo pegado al mío.

Cuando estabas atado a aquella silla y te negaste a correrte, supe que era por Bianca. Porque a ella la amas aunque te lo niegues a ti mismo. No hay sitio para mí ahí en medio, pero no quiero que mueras. No quiero que el enfermo de Jäger se salga con la suya. Cuando vi lo que os había hecho en virtual, desactivé la bomba y sellé la entrada. Cuando vi lo que sentías por ella, supe que había tomado la decisión adecuada. Espero no haberme equivocado.

Esta tontería que siento se pasará con el tiempo, así que no me voy a poner sentimental. Sé que no es tu estilo. Tan solo recuerda que eres un tipo genial. Tan genial que te ha valido para salvar más de cien mil vidas. No volveremos a vernos, pero te deseo lo mejor. Intentaré saber qué tal le va al famoso Seb Damon en Ilarki. Tienes una vida extra. No la desaproveches.

Wong Yuk Chu”

Tardé un rato en reponerme y asimilar lo que acababa de leer. Aquella puta china estaba loca, pero loca de atar. Por suerte, el tornillo que le faltaba nos había salvado la vida a todos. Bianca seguía dándole vueltas al chip entre sus manos.

—Es de Yuk —dije para explicarme—. Era una espía china.

—¡No me jodas! —soltó Bianca con los ojos como platos—. Si es que soy tonta de remate...

—Ella desactivó la bomba. Quitó eso —expliqué señalando sus manos—. Creo que estaba enamorada de mí y por eso nos hemos salvado.

—Maldita zorra —masculló Bianca entre dientes—. La meto en mi casa y se enamora de mi hombre.

—Eso nos ha salvado, Bianca —dije releendo el final de la carta. Estaba pasmado.

—Me da igual, cielo —contestó cruzándose de brazos—. Si vuelvo a verla, le arranco la cabeza.

—Te quiero —dije mirándola a los ojos y doblando la carta.

Ella perdió toda la fachada de mujer indignada en un segundo y, de pronto, pareció una niña pequeña mirándome con aquellos enormes ojos.

—¿Por qué? —preguntó Bianca. Parecía perdida. Al ver mi cara, aclaró—. ¿Por qué me quieres?

—No sé —contesté bajando la mirada. No me esperaba aquella pregunta. Nadie se esperaba aquella puta pregunta—. No tengo ni idea. No hay ninguna razón. Supongo que, si la hubiera, no sería amor.

Se quedó pensativa y pareció dar mi respuesta por buena. Me acerqué a ella y le di un beso. Uno tierno en los labios. Ella me pasó los brazos por el cuello y se apretó contra mi cuerpo. El pad empezó a sonar, pero no le hice ni puto caso.

—Te quiero —susurró Bianca a mi oído sin separarse ni un milímetro.

Nos quedamos muy quietos, abrazándonos. Habían sido unos días jodidamente duros y tener al otro al lado nos hacía mucha falta. Abrazarnos y parar. Que se encargue otro. El pad seguía sonando y nosotros no nos soltábamos.

—Tu perra está cagando, tío —dijo una voz a pocos metros de nosotros. Levanté la cabeza sin soltar a Bianca. Era Kurt. Era Kurt calvo. ¡Joder!

—¿Qué le ha pasado a tu pelo, tío? —Como si no hubiésemos estado a punto de morir todos. Lo primero, el puto pelo.

—Ha sido por culpa de la rubia. —Se pasó una mano por la cabeza pelada. Miré a Bianca, pero ella hizo un gesto indicando que ya me lo contaría todo.

—¿Cómo nos has encontrado? —pregunté sin entender muy bien todo aquello.

—Han vuelto las comunicaciones y te he localizado. Te he llamado al pad, pero no contestabas. Me esperaba lo peor —contestó encogiéndose de hombros—. ¿Qué cojones ha pasado?

Pensé en contarle la verdad. Tal vez otro día, uno en que llevásemos unas cuantas cervezas en el cuerpo y hubiese pasado el tiempo para que pudiese mirar todo aquello con otros ojos. De lejos, todo parecería más normal. De cerca era una jodida locura.

—La bomba está desactivada —expliqué mientras Bianca le enseñaba el chip que nos había regalado Yuk—. No va a pasar nada. Se acabó.

—Vas a tener que explicarme eso mejor, Seb —dijo Kurt dejando que sus hombros cayesen al liberar la tensión acumulada—. Vas a tener que explicárselo a mucha gente. Te llevo a comisaría y acerco a la rubia a casa, ¿de acuerdo? Eso si no tiene que declarar ella, claro.

—Conmigo os vale —repliqué.

—Muy bien —dijo Kurt dando por buenas mis palabras—. Pero vuestra perra ha cagado en esas tuberías. Deberíais recogerlo.

—Yo ya he salvado el puto día, Kurt —contesté con una sonrisa torcida—. Que la mierda la recoja otro.



LO TOMAS O LO DEJAS

Estuve tres horas en comisaría. Tres putas horas. Por suerte, no me trataron como a un delincuente y Kurt fue el encargado de recoger mi testimonio. Me contó que, en cuanto todo empezó a irse al carajo, la alcaldesa me dio autorización para poder moverme por toda la ciudad. Gracias a aquello, había podido llegar a la bomba y desactivarla. Los cojones la desactivé, pero no necesitaban saberlo. Me contó que había dejado fuera de combate a nuestro viejo amigo Lars partiéndole un palo en la cabeza. Le dije que al final le saldría un tumor y nos denunciaría. Si volvíamos a encontrarle, habría que darle en otro sitio. Conté todo con pelos y señales. Conté que me habían secuestrado y metido en virtual. Conté la cantidad de bestialidades que nos habían hecho allí. No me ahorré nada, tan solo la carta de Yuk y el hecho de que era una espía. No necesitaban saber aquello. Tampoco dije nada de la violación de Chick. Una promesa es una promesa.

Habían colado a un tipo de incógnito para ir hasta el edificio abandonado en el que nos habían retenido. Tenían que encontrar a Jäger sí o sí. Estaba muerto cuando llegaron hasta él gracias a la localización que Kurt obtuvo de mi padre antes de que se fuesen al carajo las comunicaciones. Murió desangrado. Me había cargado a una persona. Ahora sí. De verdad. Mi primer muerto. La verdad era que no podía imaginarme mejor candidato para ese puesto. Le debía muchas.

El resto de la banda cayó acercándose a la lanzadera. El equipo de la aduana

iba bien armado y, a pesar de que llevaban acreditaciones en regla, les trincaron rápido. Llevaban un chino inconsciente, joder. Eran fáciles de reconocer. Un cuarto de japonés, me corregí. Se me había quedado en la puta cabeza. Tres estaban heridos, pero el resto se había arrugado sin intentar pelear siquiera. Putos cobardes... Eran muy valientes cuando estabas atado y las armas las tenían ellos. Me aposté cien tokens conmigo mismo a que uno de los heridos era Fumbe.

Chick estaba sano y salvo. Eso me dijeron. Con lo que había vivido aquel tipo, dudaba mucho que su cabeza estuviese sana. Le vi aparecer por la puerta y acercarse a mí.

—No sé cómo lo has hecho, compañero, pero nos has salvado a todos —dijo mientras se acercaba a mí con la mano extendida. Se la estreché de buena gana.

—Los de Chicago sois muy flojos —respondí palmeándole el hombro—. Hace falta un tipo de Brooklyn para arreglar esta mierda. Creo que tu hombre la ha palmado.

—Me alegro —concedió Chick sin pestañear siquiera—. Y me alegro de que fueras tú el que le volase las pelotas. Ya no voy a tener que seguir persiguiéndole por todas partes, joder. Es muy cansado.

—¿Qué tal lo llevas? —pregunté en voz baja. No dije el qué. Los dos lo sabíamos. Negó con la cabeza.

—Mal —contestó—. El tiempo lo curará todo, pero ha sido muy fuerte lo que hemos pasado estos días. Tiempo y los postres de mi tía. Si no se cura con eso, no se cura con nada.

Hacía bromas. Buena señal.

—Si algún día voy por Chicago, recuérdame que me pase a probar esos postres —dije socarrón.

—Si algún día pasas por Chicago, te voy a hinchar a *brownies* y cerveza, no lo

dudes —replicó agarrándome del hombro—. Te debo la vida, Seb. Gracias.

—Ni gracias ni hostias —contesté—. Si no estamos para esto, ¿para qué coño estamos?

Rompió a reír y le seguí con ganas. Me volvió a estrechar la mano y marchó con su mierda a cuestas. Aquel tipo iba a tenerlo jodido para volver a ser normal. En la puerta se cruzó con White, el puñetero secretario de la alcaldesa. Justo la última puta cara que quería ver. Todo se complicaba cuando él aparecía. Ni siquiera pregunté. Cogí mi chupa y le seguí. Era hora de hablar con la jefa.

—Así que nunca se escapó —decía la alcaldesa mientras yo me removía incómodo en la silla—. Nos hizo creer que su mente se había fugado para que le soltásemos. Qué cabrón más listo.

Casi parecía que le admiraba. Era el malo, joder, Ruzz. Céntrate.

—Yo mismo confirmé que era Solomon el que estaba en la cárcel —expliqué—. La cagada fue mía.

—No, no, no, no —negó ella sacudiendo la cabeza—. Si te pudo engañar fue porque yo te elegí para que entrases en la prisión por tu experiencia. Si hubiéramos metido a alguien sin experiencia, no habría podido hacerlo. El fallo es mío.

—El fallo es de todos —resumí—. Muchos fallos por todas partes y un cabrón que sabía cómo aprovecharse de los fallos que íbamos a cometer. Punto.

Ella reordenó los papeles de su escritorio. Papeles. Jodida loca. De todos modos, estaba seguro de que no hacía falta ordenarlos. Estaba ganando tiempo para hacer algo que no le apetecía una mierda hacer.

—Lamento mucho todo lo que has tenido que pasar —dijo al fin—. Lamento todo lo que ha tenido que pasar tu esposa. Intenté evacuarla, pero se negó a marchar sin ti.

Rompí a reír. No pude evitarlo. ¡Qué coño! Tampoco quería evitarlo. Jodida rusa cabezota.

—Eso suena como Bianca, sí —asentí—. Lo ha pasado mal, pero hemos salido de esta. Diría que hemos salido de cosas peores, pero me da que lo de Jäger se lleva la palma.

—La cosa es que me siento en deuda con vosotros —dijo Rose Mary—. Os ha caído encima algo más grande de lo que podíais manejar. Habéis salvado toda la ciudad. Miles de vidas. Billones de tokens.

—No es algo más grande de lo que podemos manejar —corregí—. De hecho, lo hemos manejado muy bien.

Fue el turno de la alcaldesa para reírse mientras me señalaba con un dedo.

—Cierto, cierto —concedió—. Otra vez eres el héroe y otra vez no puedes llevarte la gloria.

—Lo suponía —dije entrecerrando los ojos—. Cuando uno trata con usted, nunca puede llevarse la gloria.

—Esto no puede saberse, Seb —explicó ella muy seria—. Si se sabe que la ciudad entera ha estado a punto de ser destruida por un enajenado, nos hundimos. Nadie querría venir a vivir aquí. Nadie querría venir a pasar unos días. El terrorismo ahuyenta el dinero.

—Entonces...

—Entonces te vuelves a quedar sin fama ni gloria —contestó ella—. Pero tienes el eterno agradecimiento de esta administración.

—El agradecimiento no paga las facturas —repliqué.

—Ni las palmadas en la espalda. Lo sé —terció—. Te hemos ingresado treinta mil tokens en tu cuenta por los servicios prestados. White ha estudiado tus honorarios habituales y viene siendo el doble. Sin embargo, me gustaría darte un agradecimiento más personal.

—¿Se me está insinuando, señora Reginald? —bromeé.

—Ya te gustaría a ti —respondió riendo—. Soy una mujer poderosa y muy rica. Querría hacer algo por ti. Espero que no pidas otro perro.

Me quedé pensando y no se me ocurrió nada. Lo único que deseaba era irme a casa y abrazar a mi mujer hasta que se nos olvidase toda la mierda que nos había tocado comer aquellos días. De pronto, recordé algo.

—Quiero un anillo —dije—. Una alianza de matrimonio. Bueno, quiero dos. Uno para mí y otro para mi mujer. El mío que sea normal, pero el de ella tiene que ser espectacular. Y caro. Y brillante. Usted es mujer. Seguro que entiende de esto.

La alcaldesa resopló negando de nuevo con la cabeza.

—Seguro que puedo encontrar a alguien que sepa de estas cosas. Te los haré llegar pronto. ¿Algo más?

Levanté un dedo para pedir que esperase y marqué el contacto de Bianca en el pad.

—Hola, cariño —dije cuando contestó—. Estoy con la alcaldesa. Que no va a poder saberse que hemos salvado a toda la puta ciudad, pero me pregunta si queremos algo a cambio. Te la paso.

Le tendí el pad a Rose Mary, que se había puesto pálida. Supuse que Bianca también, pero me dio igual. Aquellas dos mujeres eran de armas tomar. Que se entendiesen entre ellas.

—Buenas tardes, señora Kaneva —dijo la alcaldesa muy envarada—. Un placer volver a saludarla.

—Así que otra vez le quitan el mérito a mi marido, ¿verdad? —escupió Bianca. Aquella era mi chica. Ni hola, ni buenas tardes ni hostias. Directa a la yugular—. Y ahora querrá comprarnos con alguna tontería como dejarle tener otro perro.

—Le he dicho que pida lo que quiera y... —empezó a decir. Yo hacía aspavientos con las manos mientras gritaba “no” sin hacer sonido alguno—. Y

él ha creído que usted sabría elegir mejor.

Hubo un silencio en la línea de varios segundos. No era buena señal que Bianca pensase. Nada bueno podía salir de allí.

—¿Sabe, señora Reginald? —empezó Bianca. Me temí lo peor—. Estoy casada con ese hombre, pero no hemos tenido viaje de novios. Quiero que nos paguen un viaje a la Tierra de un mes. Quiero visitar a mis padres, quiero visitar la ciudad donde nació Seb. Quiero visitar Paris y ver las pirámides. Ya le facilitaré el itinerario. Todo en hoteles caros, por supuesto. Con todos los gastos pagados.

—¿No está pidiendo mucho? —preguntó la alcaldesa.

—Menos de lo que vale su maldita ciudad —contestó mi chica—. Menos de lo que vale la vida de cien mil personas. Menos de lo que vale su vida.

Rose Mary esperó unos segundos. Apretaba tanto los labios que casi habían desaparecido. Si había una persona capaz de sacar a aquella mujer de hielo de sus casillas, esa era Bianca.

—De acuerdo —asintió al fin—. Yo me encargaré de que tengan su luna de miel.

—Más bien sería una tierra de miel, ¿no? —Tenía que soltarlo, joder. Llevaba mucho tiempo callado, pero aquello se me escapó.

—Y ahora devuélvame a mi marido, por favor —dijo Bianca ignorando mi broma—. Tenemos muchas cosas que hacer.

—En media hora lo tiene usted en casa —contestó Rose Mary. Había sonado servil. Acojonante—. Buenas tardes.

—Buenas tardes —se despidió Bianca. Colgó.

La alcaldesa se quedó mirando el pad como si fuera un rompecabezas imposible durante unos segundos.

—Estás casado con una mujer extraordinaria, Seb —soltó devolviéndomelo—. No la dejes escapar o no encontraras a otra como ella.

—No me atrevería —contesté guardándome el pad y poniéndome en pie—. Hasta la vista, señora Reginald.

—Mi secretaria se encargará de los anillos. No queremos hacer esperar a esa mujer. Nos vemos, Seb —contestó ella devolviendo la mirada a sus papeles. Salí de allí dándole vueltas a lo que acababa de vivir. ¿Qué cosas teníamos que hacer Bianca y yo? Solo me faltaba que quisiese ponerme a ordenar y limpiar.

Abrí la puerta de casa con la mano metida en el bolsillo donde tenía dos pequeñas cajas: una con mi anillo y otra con el que iba a darle a Bianca. He pasado por persecuciones, tiroteos, torturas, expulsiones, asesinatos virtuales... Nada de eso te prepara para entregarle un anillo a una mujer. Estaba de los putos nervios. Lo primero que noté fue la música. Bianca nunca usaba el sistema de sonido global. Se ponía auriculares o lo hacía sonar en su cuarto. Sin embargo, *Moon on Bourbon Street* inundaba toda la casa. Lo segundo que noté fue que Lucy no venía a saludarme. Malo. Mal asunto. Silbé, pero nadie acudió a mi llamada. Entré en la cocina con pies de plomo. No me veía con presencia de ánimo para otra pelea o lo que pudiera esperarme. Vacía.

—Hola, cariño —saludó Bianca desde la puerta del pasillo.

Me giré y la vi allí plantada. Llevaba puesto un larguísimo collar de perlas, unos zapatos de tacón alto y un pequeño tanga negro. Y ya. No pude devolverle el saludo y me quedé plantado con la boca abierta y cara de gilipollas. Era preciosa. Puso una mano a cada lado del marco de la puerta, un pie delante de otro y echó la cabeza atrás para que pudiera verla a gusto.

—¿Dónde está Lucy? —pregunte. ¡Joder! Soy idiota. Me lo perdonó.

—Está en casa de Héctor —respondió volviendo a mirarme—. Se va a quedar allí todo el fin de semana.

Seguí recorriéndola con la mirada desde la punta de los zapatos hasta su larga melena rubia. No podía creerme que aquella mujer estuviese vestida así en mi casa. Para mí. Se me había cerrado la garganta.

—Entonces...—empecé.

—Entonces, tienes que tomar una decisión, Sebastian Arnold Damon — interrumpió ella clavando sus ojos en los míos—. Llevamos mucho tiempo casados, pero no has consumado el matrimonio. He aguantado mucho. He aguantado más de lo que creía que podría aguantar, pero, o consumas hoy mismo, o lo nuestro se ha acabado.

Volví a mirarla mientras aquel sonido de trompeta se me clavaba en el vientre.

La miré. Sonreí. Me olvidé de los anillos.

Y consumé. Vaya si consumé.

FIN

UNA BREVE EXPLICACIÓN DE LA EXISTENCIA DE UNA CIUDAD EN LA LUNA

Como ya he dicho, este libro no es ciencia ficción dura. No me detengo a explicar detalles tecnológicos como hacen los maestros del género. Por un lado, no me pega con el estilo de la historia, que gira más al realismo sucio o la novela negra. Por otro lado, no creo que fuese capaz. Es por ello que incluyo aquí esta explicación para que los amantes del género de ciencia ficción tengan al menos una pequeña dosis de su droga.

Durante la tercera década del siglo XXI se consiguió, por fin, poner en funcionamiento un reactor de fusión nuclear. La contaminación de dichos reactores es infinitamente inferior a los anteriores (de fisión) y su eficiencia es muy superior. Físicos de todo el mundo llevaban décadas intentando lograr que funcionase sin fundir las paredes del reactor. Este hecho, ya de por sí determinante en el desarrollo de la raza humana, fue decisivo para retomar el programa de exploración y colonización lunar. Nuestro satélite está lleno de Helio 3, el combustible ideal para este tipo de reactores. De un día para otro, la Luna se había convertido a ojos de la humanidad en la gasolinera más grande del sistema solar.

La Organización de Naciones Unidas se puso manos a la obra para crear un reglamento que rigiese la explotación y colonización de la Luna antes de que todas las potencias se lanzasen como chacales. Se determinó que la Luna pertenecía a la humanidad y, por lo tanto, nadie podía reclamar la propiedad de ella total o parcialmente. Cualquier decisión sería tomada por la O.N.U.

Uno de los aspectos más importantes fue la necesidad de tener humanos trabajando allí arriba. Para esto hacían falta asentamientos, desde luego. Estos asentamientos tenían un coste altísimo, por lo que su creación y gestión se dejó principalmente en manos privadas. Tan solo China, que tenía el programa lunar muy avanzado, compró una de las licencias para establecer una colonia permanente. La ciudad en la que se desarrolla la novela, Ilarki, fue erigida por un conglomerado de empresas de toda índole que recibió el nombre de Moon Colonization Company (Compañía de colonización lunar), MCC o, como la llamaban despectivamente algunos, MoCoCo.

La construcción en sí se realizó en un cráter cercano al famoso cráter Shackelton, donde se proyectaba erigir una gran instalación astronómica. Se enviaron nanobots en una nave no tripulada para que se encargasen de todo. Estos nanobots pasaron meses dedicados única y exclusivamente a construir otros nanobots destinados a las diferentes tareas necesarias. Pasado ese tiempo, había más de tres millones de dichos nanobots en el cráter, contruidos con los materiales propios de la Luna. Para suplir los elementos ausentes en nuestro satélite, se utilizó la propia sonda en la que viajaron y se fueron enviando más de manera regular. Cuando estuvieron listos, empezaron a vaciar un cilindro de algo más de dos kilómetros de diámetro y diez de profundidad. El material que extraían se compactaba y se usaba para recubrir el cráter e ir creando toda la estructura interna. Cuando se pudo habilitar un hábitat seguro, se envió la primera expedición humana para encargarse de supervisar la construcción del reactor y ponerlo en marcha mientras se creaba lo que en la novela llaman flanera, pero que, más bien, sería una coctelera. Un cilindro de dos kilómetros de radio por diez de profundidad a cuyas paredes vivirían pegados los habitantes. La estructura debería girar 0,6 veces por minuto para generar el efecto de gravedad contra su cara exterior. Dicha cara, está inclinada hacia fuera para contrarrestar la gravedad lunar, que es un sexto de

la terrestre. Los edificios son bajos, de no más de tres plantas, para evitar diferencias evidentes en dicha gravedad artificial. Debo agradecer a Tristán Valenzuela y Carlos Ayerbe Gayoso por haberme soportado durante réplicas y contrarréplicas hasta encontrar un sistema de generación de gravedad viable. No mucha gente tiene a dos físicos a su disposición para las mierdas que se le van ocurriendo.

Una vez puesto a girar el conjunto, tan solo hay que intentar que no exista rozamiento. En esto ayudaron los electroimanes que mantienen la ciudad un poco levantada sobre el lecho del cráter y separada de sus paredes. Existen tres ascensores que te llevan al centro del complejo, donde se encuentra el reactor y no hay gravedad artificial, para poder realizar la entrada y salida de personas y materiales. La capa de tres metros de regolito lunar que cubre la estructura la mantiene a salvo de radiación e impactos de meteoritos, y también ayuda a mantener la temperatura en unos agradables 24 grados centígrados de forma estable.

El resultado es una ciudad de unos ciento veinticinco kilómetros cuadrados de superficie con una densidad de población similar a la de Boston. Su perímetro es de algo más de doce kilómetros y su anchura de diez. Se dividió la misma en distritos o barrios. Se les asignaron colores, pero pronto fueron adquiriendo nombres como Check, Brooks o Ritz por parte de los propios habitantes de Ilarki.

Al haber sido creada por un conglomerado de empresas privadas, la gestión de la misma es enteramente privada. La O.N.U. solamente puede regular algunos aspectos fundamentales, mientras que el funcionamiento interno queda en manos del denominado alcalde, que es en realidad un gerente puesto por el consejo de MCC. La ley, los permisos y todo que sucede bajo la capa de regolito que cubre Ilarki está regido por ellos. Sin embargo, deben permitir una presencia permanente de agentes de la O.N.U. dentro de sus muros y

cumplir con la legislación básica, entre la que se encuentra la obligación de no alterar la masa de la Luna. Cuando se reciben dos toneladas, hay que enviar dos toneladas a la Tierra o al espacio. La Luna siempre debe pesar lo mismo para evitar variaciones en su órbita. Puede parecer que los materiales no tendrían gran importancia, pero, a largo plazo, se podría acabar generando un problema de proporciones planetarias.

La función principal de Ilarki es residencial. Es la mayor urbe en la faz de la Luna. No está destinada a un objetivo concreto más allá de tener gente dentro. Los ingresos proceden, principalmente, del turismo. Ninguna otra colonia está pensada para que los turistas puedan ir a jugar al casino fuera de la Tierra. También se puede visitar el observatorio Shackelton, se pueden realizar excursiones lunares... Todo un abanico de posibilidades. Asentamientos agrícolas, mineros y de investigación pagan por poder mandar a su gente a Ilarki de vez en cuando y que así dejen de vivir en sus colonias mucho más funcionales e incómodas. Los astilleros de la cara oculta también envían a sus operarios con regularidad para evitar problemas psicológicos. Ilarki es, por tanto, una ciudad de servicios que obtiene todo lo que necesita de otras colonias lunares o directamente de la Tierra.

El agua siempre ha sido el gran problema. Se obtiene de la Tierra principalmente, pero también se ha podido conseguir en la Luna, aunque en pequeñas cantidades por el momento. Todo líquido se recicla en Ilarki para perder la menor cantidad posible dentro de la colonia. Esto hace que el agua del grifo provenga de todo desecho líquido que se haya podido generar, debidamente tratado. A los nuevos habitantes les produce incomodidad o, directamente, asco, pero con el tiempo aseguran que te acostumbras.

Con estas bases fue fundada Ilarki, nombre cuyo origen se explica en la novela, el 22 de Agosto de 2032. En el momento de la acción de la novela, la ciudad tiene dieciséis años. Existen ya un total de quince asentamientos

habitados en la Luna, que cuenta con una población de alrededor de un cuarto de millón de personas. Casi la mitad viven en Ilarki.

AGRADECIMIENTO

No daba un token por volver a escribir el agradecimiento de una novela. No daba un token por que tú fueras a leerlo. Sin embargo, aquí estas, leyendo este ratito para ti y para mí al final de una nueva aventura de Seb. Deberíamos haber apostado por ello y estaríamos forrados.

Han pasado muchas cosas desde la primera novela de Seb Damon. En solo nueve meses, mi vida ha cambiado muchísimo y es posible que la tuya también. Pero aquí estás y me parece increíble. Como ya dije, en todo esto de la literatura, las dos únicas piezas imprescindibles somos tú y yo, lector y escritor. Mil millones de gracias por seguir ahí. No me faltes nunca o se va todo al carajo. Eres lo que da sentido a seguir escribiendo.

Muchas personas me han ayudado con Seb. Mucha gente maravillosa que lo ha recomendado, difundido y ayudado a crear esta segunda entrega. Mucha gente me ha dado ánimo y apoyo, me ha ayudado a saber qué podrían estar comiendo Seb y Bianca, me han dado una buena patada en el culo en los momentos malos... No voy a nombrar a ninguno. Ellos saben lo agradecido que estoy porque se lo he dicho en privado y en público. Es a ti y solo a ti al que quiero nombrar y agradecer. Gracias, lector. No sé tu nombre, pero tenerte aquí es lo mejor que le puede pasar a un escritor. Que sigas en la segunda novela, es demasiado bonito para ser cierto. Te debo una. No, te debo dos.

Si te ha gustado esta novela, te pido por favor que me lo hagas saber. Puedes mandarme un correo electrónico a martinmccoy1810@gmail.com o buscarme en Facebook en <https://www.facebook.com/martin.mccoy.3323>. También puedes dejar tu reseña en Amazon para que todo el mundo pueda saber lo que te ha parecido esta novela. Las opiniones de los lectores en Amazon son la mejor herramienta de promoción para nosotros, los autores independientes.

Sea como sea, te ruego que me lo hagas saber. Sin tu opinión, no puedo mejorar. Sin tu opinión, escribir se convierte en un trabajo solitario y triste.

Si no te ha gustado la novela, lo que te pido es perdón. He intentado mejorar, atreverme a hacer cosas que al novato que escribió Seb Damon 3 14 (y que me temo que sigo siendo) le aterrorizaba intentar. Prometo seguir luchando por mejorar, pero necesito tu ayuda. Necesito saber lo que no te gusta para cambiarlo. Necesito saber. Échame un cable, por favor.

Habrán más novelas de Seb Damon. Pase lo que pase, es algo que no puedo evitar. Intentaré sacar al menos una al año mientras sigo con otros proyectos. No voy a olvidar a Seb. No voy a dejarlo caer en el olvido. Confío en tenerte ahí cuando salga la siguiente.

Si te ha dejado frío el final, lo siento mucho. Esas dos oraciones estaban claras en mi cabeza antes de escribir la primera línea de esta novela. Sé que cuento escenas muy fuertes y dejo en un fundido en negro el momento más esperado. Para mí, ese momento les pertenece a ellos, a Seb y Bianca. Se lo han ganado después de todo lo que les he hecho pasar. Es como el *capuccino* de El gran halcón. Toda la novela esperando para eso. Se lo debía.

Y ahora te dejo que sigas ya con el siguiente libro. Ojalá sea de un autor independiente. Hay auténticas joyas en este mundillo. Recuerda que necesitamos que nos lean, nos reseñen y nos recomienden. Ninguna feria del libro o suplemento dominical cuenta con nosotros. Solo nos quedas tú.

Nos vemos en la siguiente aventura de Seb Damon.

Un abrazo

Martin McCoy

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

Como ya advertí al principio, esta es la segunda aventura de Seb Damon. Deberías haber leído Seb Damon 3 14 antes, pero, como nos conocemos, igual has tirado por la calle del medio y ahora tienes ganas de hacerlo bien. Aquí te dejo el enlace a la primera aventura de nuestro chico.



Sinopsis:

¿Imaginas vivir una historia digna del cine negro en una ciudad de la Luna? Tal vez te cueste imaginarlo, pero puedes leerlo.

Cuando a un policía le echan del cuerpo, su primera opción es hacerse detective privado. Siempre ha sido así y, en el año 2048, sigue siéndolo. Da igual que vivas en una ciudad subterránea en la Luna con más de cien mil almas. Un brutal asesinato ha quedado sin resolver y la familia de la víctima quiere encontrar al culpable. Para ello contratan a Seb Damon, un detective

privado novato que acaba de salir de la cárcel tras ser expulsado de la policía.

Una historia a medio camino entre la novela negra y la ciencia ficción. Un viaje por lo peor del ser humano en la piel de un detective diferente. Una investigación trepidante en un mundo que no existe. Todavía.

ⁱNombre con el que la gente de Brooklyn designa a Nueva York.

ⁱⁱLuke Sullivan: uno de los personajes de la saga Chicago Cops, de Sara Halley. Si crees que en la novela romántica no hay sitio para investigaciones policiales, bandas callejeras, humor y mucho más, es que has leído los libros equivocados. Echa un ojo a esta saga y deja que se te abra un mundo de posibilidades. Ya me lo agradecerás cuando termines.